

The Glory of the Lord
LA GLORIA DE JEHOVÁ

August Pieper

LA GLORIA DE JEHOVÁ

August Pieper

David Haeuser, Traductor

Misión del Sínodo Evangélico Luterano en el Perú

2005

Publicaciones Multilingües

Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin

www.wels.net/mlp

“LA GLORIA DE JEHOVÁ”

August Pieper

Al poner entre comillas el título de este artículo queremos señalar desde el principio que no es nuestra intención tratar de la verdadera gloria de la naturaleza de Dios. El concepto de la gloria de Dios, que ocurre con tanta frecuencia en la Escritura, es tan amplio que resume todas las perfecciones de su esencia y confronta todo lo creado con su absoluta trascendencia como un incentivo a la adoración y para ser objeto de la adoración. Aun en todo lo que Dios hace, en sus planes, en su mente, en sus pensamientos, también en su consejo de salvación y su ejecución en detalle y como una totalidad, Dios es tan “glorioso”, tan absolutamente exaltado y trascendente, que ninguna criatura en sus limitaciones finitas puede comprenderlo. Compare sólo Isaías 40:12-25; Romanos 11:33-36. De hecho, también los ángeles desean mirar el misterio del consejo de Dios en cuanto a la salvación, sin embargo no lo comprenden (1 Ped 1-12).

Moisés ya había visto la gloria de Dios en una manifestación especial en el Sinaí (Éxo 24). Se nos dice en Éxodo 33:11: “Y hablaba Jehová a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero”; sin embargo, Moisés ruega (v. 18): “Te ruego que me muestres tu gloria” (33:18). Lo que hasta entonces había conocido acerca de Dios y sus caminos por medio de palabra y figura no le satisfizo. Quería percibir más, ver el rostro de Dios, mirar en los mismos ojos de Dios, penetrar en los rincones mas internos de su corazón, y discernir los detalles y la razón de los planes de Dios acerca de Israel. Pero el Señor le dice: “No podrás ver mi rostro: porque no me verá hombre, y vivirá”. Está dispuesto a permitir que pase ante él su bondad, mientras él mismo proclama su nombre, o sea, que él dispensa su gracia y su misericordia en libre determinación. También está dispuesto a permitir que su gloria pase, protegiendo y sosteniendo a Moisés mientras tanto. Luego debe mirar detrás de él, “mas no se verá mi rostro”, o sea la perfección divina, descubierta, sin velo, de su gloria.

Pablo habla en el mismo sentido del conocimiento de Dios, 1 Corintios 13, con referencia a la revelación del consejo de Dios de salvación por medio de la palabra. En otras ocasiones habla en términos exuberantes de la gloria de la revelación y del conocimiento que se nos da. Pero a las dos cosas, nuestro entendimiento actual y nuestra proclamación del misterio del evangelio, las llama parcial frente a lo que en el futuro será perfeccionado (esto, también, se entiende de manera relativa).

También el conocimiento que se nos imparte por medio de la palabra humana no nos revela de manera descubierta la gloria de Dios. Toda habla humana con sus conceptos, con su estilo y sentimiento es sólo un espejo débil, oscuro, un retrato imperfecto de la realidad que está presente en Dios. Algún día veremos a Dios “cara a cara”; lo veremos como él es (1 Juan 3:2), en la mañana de la resurrección. Justificados con la justicia de Cristo, veremos el rostro de Dios y estaremos gozosamente satisfechos por la semejanza de Dios (Sal 17:15). Pero es y permanece una imagen celestial (Hebreo, *th'munah* — forma) adaptada a nuestro ojo glorificado en que nuestra alma encontrará satisfacción — Jesucristo en gloria celestial. Y cuando se dice de los ángeles que “siempre ven el rostro de mi Padre que está en los cielos” (Mat 18:10), luego éstas y palabras semejantes no anulan ni la afirmación de Juan 1:18, “a Dios nadie le vio jamás” ni la afirmación de Pablo (1 Tim 6:16): “el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver”. La esencia de Dios como tal es invisible para toda criatura, también para las celestiales. Es incomprendible para ellas como seres finitos, sí, es un fuego consumidor. Por esta razón encontramos tan frecuentemente la idea errónea en el

Antiguo Testamento de que cada manifestación de Dios — que después de todo todavía fue alguna imagen terrenal creada o una revelación perceptible a los sentidos — significaba muerte para el hombre pecador.

Entre las varias manifestaciones donde Dios se reveló al hombre, la manifestación que la Escritura en forma estereotipada designa como “la gloria de Jehová” (en hebreo *Khabodh JHWH* y en griego *δοξα κυριου*) tiene una posición especialmente eminente y notable. Al menos la encontramos mencionada y utilizada en toda la Escritura desde Génesis 15 hasta el Apocalipsis de San Juan. Con especial frecuencia e importancia se nos presenta en el Pentateuco en la historia de la marcha a través del desierto, especialmente en la revelación en el Sinaí, luego en Ezequiel y varias veces en la historia de la vida de Jesús, mientras el Apocalipsis de San Juan está edificado casi totalmente sobre ella.

Su forma no es siempre igual en todos los detalles. El más docto de los judíos medioevales, Maimónides (1135-1204) la describe muy correctamente según su esencia como “*splendor quidam creatus, quem deus quasi prodigii vel miraculi loco ad magnificentiam suam ostendendam alicubi habitare fecit*”. Su forma más sencilla fue una llama de fuego envuelta en humo o una nube, producida sobrenaturalmente por Dios en cualquier lugar dado, a veces también sólo visible como una nube luminosa o como un simple fuego. Así la encontramos ya en Génesis 15 en la consumación del pacto de Dios con Abraham y también en la zarza ardiente cuando Moisés fue llamado para sacar a Israel de Egipto (Éxo 3). Pero también en esta forma sencilla está unida a una revelación simultánea mediante la palabra. Ésta ocurre con muchas otras circunstancias que la acompañan en las revelaciones divinas en Sinaí. En Ezequiel su forma es tan compleja que es muy difícil interpretarla correctamente en todos sus detalles. En el Apocalipsis de San Juan los detalles de Ezequiel en parte son empleados para profecías nuevas especiales, en parte cambiados, en parte amplificados en varios puntos, de modo que el lector frecuentemente está confuso acerca de su interpretación.

En general su interpretación no es difícil. Es, en el grado en que se desenvuelve, una imagen más o menos completa de la verdadera gloria, de la trascendencia absoluta e infinita de Dios sobre todas las criaturas según su presencia que todo lo penetra, su poder que domina todo, su gracia infinita, y su santidad que consume todo. Es un símbolo de su soberanía absoluta, del Señor único verdadero y perfecto, a quien todas las criaturas deben rendir obediencia voluntaria y servicio gozoso, y ofrecer adoración, alabanza y gloria sin fin.

Y en donde aparece esta manifestación constituye una proclamación por medio de un acto — no sólo de que el Señor Dios está allí presente de manera especial, sino también que está a punto de entrar en acción de modo sobrenatural, que hará algo especial, algo que no se revela de otra forma pero es de mucho peso. Y lo que así se anuncia pertenece invariablemente al plan de salvación del pecado que hizo en Cristo y que va a llevarse a cabo por medio de él. Pertenece al establecimiento, a la edificación, a la preservación y al cumplimiento aquí en el tiempo del reino eterno, futuro de Dios.

Dios no juega con ello, ni permite que se juegue con ello. Ningún hombre, ningún ángel lo puede producir. Por otro lado, Dios libremente lo emplea, cuando y en donde él desea. Le sirve como un auxilio para su revelación mediante la palabra. Proclama la gracia y la ira, inaugura el juicio y la liberación, constituye una instancia donde ley y evangelio se ponen en efecto en este orden mundial temporal. Es una débil reflexión del gran Dios y nuestro Salvador Jesucristo. Él es la imagen visible del Dios invisible, en quien mora toda la plenitud de la deidad corporalmente, el primogénito de toda

criatura. Por él y para él fueron creadas todas las cosas. Por medio de él subsisten todas las cosas. Él es el misterio de Dios, quien en esta época presente ha sido presentado para nuestra fe en una palabra enigmática, pero será revelado en forma completa en el día final cuando aparecerá visiblemente, ya no en un Verbo prefigurado sino en su verdadera gloria celestial, rodeado por todos los santos ángeles, sentado en el trono de su gloria como juez de los vivos y los muertos. Él es la bienaventurada esperanza de nuestra gloria futura (Mat 25; Tit 2).

Vale la pena considerar este retrato de la gloria de Dios en más detalle en sus manifestaciones históricas individuales y notar su forma y la trascendencia de cada instancia. Por supuesto no podemos considerar en detalle todas las manifestaciones; tenemos que limitarnos a las más importantes.

En vista de que esta manifestación ocurre con frecuencia en la época del Antiguo Testamento del reino de Dios entre Abraham y Cristo, es impresionante el hecho de que nunca la encontramos en la época antediluviana, ni tampoco en la de los descendientes de Noé. Es evidente que no ocurra durante el tiempo del Paraíso. Presupone la entrada del pecado y la promesa de salvación. Pero aun después que había ocurrido la caída, que ciertamente tenía una importancia sobresaliente para la forma futura del reino de Dios, aun cuando la primera promesa y la maldición fueron puestas sobre la vida terrenal del hombre, no aparece ningún *kabhodh JHWH*; no en el nacimiento de los primeros seres humanos, no en la ocasión del primer fratricidio, no entre la obstinación de Caín y el desafío blasfemo de Lamec. Aquí en todas partes el Señor interviene directamente sólo con la palabra o no dice nada. Entre la generación piadosa de los descendientes de Set se establece la proclamación de Cristo en el tiempo del nacimiento de Enoc (Gén 4:26); pero aun después de la apostasía universal y la corrupción moral de esta generación y su resistencia dura de cerviz contra el Espíritu Santo (Gén 6), sí, aun después de que la tierra se había llenado de violencia, Dios no interviene dejando ver su gloria, sino inmediatamente decide eliminar a toda la raza humana y, aunque preserva la única familia piadosa de Noé, lo lleva a cabo.

La primera apariencia, que no se designa como tal y sin embargo se identifica claramente como una manifestación del *kabhodh YHWH*, nos confronta en Génesis 15 en la historia de Abraham. Antes no se encuentra en ninguna parte. Al mundo primitivo en la persona de los primeros padres se les había anunciado el Redentor bajo la designación de “la Simiente de la mujer”; pero al mismo tiempo se les había impuesto en su vida terrenal la maldición de la muerte como una disciplina para conducirlos al prometido. No leemos que la promesa se hizo más detallada o concreta. Fue suficiente para obtener el perdón de los pecados y la vida eterna, así como también para el verdadero temor de Dios y la piedad. La Escritura nos da una larga lista de padres piadosos que sucedieron uno al otro, y se pone especial énfasis en Set, Enoc y Noé como creyentes en la promesa.

Luego vino la entremezcla con el mundo impío y con ello la apostasía universal, la violencia y la lascivia carnal, y — el juicio. Oímos de testimonios especiales de la gracia de Dios para Noé y de la liberación de su familia en el arca, pero todavía no oímos ninguna palabra de una manifestación como la “gloria de Jehová” para anunciar ninguna de las dos cosas. Después de la destrucción del mundo primitivo, Dios hizo un nuevo pacto con Noé y sus hijos. Pero no trataba directamente del Salvador prometido; fue también un pacto con todos los animales, los cuales, después de ser rescatados con Noé del diluvio habían salido del arca. Fue un pacto de la bondad y la paciencia de Dios con la raza pecaminosa también en cuanto a su existencia terrenal — teniendo como su contenido: “No exterminaré ya más toda carne con aguas de diluvio, ni habrá más diluvio para destruir la tierra” (Gén 9:11).

El motivo para este pacto tanto como su contenido positivo ya se mencionan al final del capítulo anterior. “No volveré más a maldecir la tierra por causa del hombre; porque el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud; ni volveré más a destruir todo ser viviente, como he hecho. Mientras la tierra permanezca, no cesarán la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, y el día y la noche”(Gén 8:21,22). En su misericordia, muy complacido con la ofrenda de acciones de gracias de Noé, ya que la motivó su fe en el Salvador prometido, Dios de una vez para siempre decidió y ordenó que ningún juicio universal de ira vendría sobre la tierra para destruir la raza humana, sino que la bendición original de la creación continuaría y se renovaría hasta el día en que juzgara al mundo por medio de aquel hombre a quien había ordenado (Hech 17:31). Éste es el pacto de la paciencia de Dios de la cual habla Pablo en Hech 12:30), que trataba de la ignorancia a la cual Dios cerró sus ojos y por virtud de la cual “en los tiempos pasados permitió a todas las naciones andar en sus propios caminos” (Hech 14:16), a pesar del pecado que hasta ahora había quedado bajo la paciencia de Dios (Rom 3:23), de lo cual también trata 2 Pedro 3:9. Sin embargo, no aparece ninguna “gloria de Jehová” para confirmar el pacto con Noé, sino: “Mi arco he puesto en las nubes, el cual será por señal del pacto entre mí y la tierra” (Gén 9:13).

En el mundo apóstata de los descendientes de Noé no encontramos, por tanto, ningún juicio similar al que fue llevado a cabo sobre el primer mundo por medio del diluvio, ni siquiera un juicio de aniquilación ejecutado sobre un pueblo entero. Durante el período siguiente Dios más bien hizo los preparativos para poner en efecto la bendición y las profecías de Noé acerca del destino futuro de sus descendientes. En esta bendición estaba incluida la preservación de las tres grandes familias de las naciones compuestas de descendientes de Noé. Hasta la construcción de la Torre de Babel vivían unidos como un solo grupo grande. Pero cuando, con orgullo y desafío de Dios similar al de los tiranos y hombres poderosos antes del diluvio (Gén 6:4), pretendían asaltar el cielo, Dios intervino desde allí, pero no por un juicio renovado de destrucción, sino con una confusión de sus lenguas y su dispersión sobre la tierra.

El resultado fue el desarrollo de los descendientes de Noé en naciones como se nos informa en Gén. 10. Los jafetitas se tornaron hacia el norte y noreste desde Babel-Sinar; los camitas según sus tribus separadas en parte permanecieron en Sinar y las regiones circundantes, en parte se establecieron en la costa occidental del mar Mediterráneo, en parte tomaron posesión de las costas del sur de Arabia y también del norte de África, en parte se extendieron hacia el oriente. Sin embargo, las tribus camitas en su mayor parte se quedaron en la región de los dos grandes ríos Tigris y Éufrates, la cuna del mundo de los descendientes de Noé, hasta que Dios por medio de Abraham, conforme a la promesa dada a Sem, dio comienzo a un nuevo orden entre las naciones de la tierra.

Dios con mucha paciencia permitió a las naciones de la tierra andar en sus propios caminos. Las dejó probar su bondad y les dio lluvia del cielo y estaciones fructíferas y llenó sus corazones con comida y felicidad (Hech 14:16-17). Les “ha fijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación; para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle” (Hech 17:26-27). Pero siguieron corrompiendo sus caminos en esfuerzos de cultura humana semejantes a los de la raza antediluviana (Gén 6:11-12), con el resultado final que Pablo describe en Romanos 1:18sig. También la familia de Taré de la rama semita de las naciones andaba, al menos en parte, en el camino de la corrupción ante la paciencia de Dios. “Vuestros padres habitaron antiguamente al otro lado del río, esto es, Taré, padre de Abraham y Nacor y servían a dioses extraños” (Jos 24:2). Solamente acerca de un hombre de la familia

de Taré, Abraham, no se dice esto.¹

Con él Dios comenzó una nueva dispensación de su eterno consejo de salvación que comenzó con la profecía de la Simiente de la mujer. Taré y su familia tenían que servir para este fin. Moraban en Ur de los caldeos, al lado oriental del Eufrates, no muy lejos de su unión con el Tigris. En él Dios despertó la resolución de emigrar junto con su familia a la tierra de Canaán en el mediterráneo. Sin embargo, se detuvo en su migración en Mesopotamia Superior, en Harán. Esto otra vez estuvo de acuerdo al consejo de Dios. Según su intención, esta tierra no fue para Taré y su familia como una habitación permanente, sino para Abraham y la simiente de Abraham, ya que ahora quería emprender un curso totalmente nuevo poniendo en efecto sus planes de salvación.

Característico de este nuevo orden es que Dios ahora restringe externamente su esfera de acción por su gracia y Espíritu a un hombre, a una familia y a un pueblo. Y dentro de esta esfera angosta o limitada ahora está activo con mayor energía que antes, está activo con gran celo, véase Isaías 9:7; 2 Reyes 19:31.

Cuando se compara la actividad de Dios en beneficio de su salvación en el período pre-abrahamítico con la del abrahamítico y post-abrahamítico, entonces Dios aparece — tanto en la plenitud con que revela su plan de salvación y en cuanto a la realización práctica — como relativamente inactivo en aquél, mientras en éste aparece como un hombre que labora sin fatigarse día y noche, para terminar su tarea en el tiempo señalado. Allí en medio de una revelación limitada cubre todo el mundo de las criaturas con un solo juicio calmado pero devastadoramente universal. Luego en el pacto de su paciencia suavemente aparta su Espíritu de las naciones de la tierra y les permite — cada una a su propia manera necia — emprender su bancarrota cultural hasta la plenitud del tiempo. Aquí con gran poder espiritual toma (Isaías 41:9, texto original —*hechesaqtikha*) un hombre “de los términos de la tierra”. Lo lleva junto con su familia, aunque no tiene ningún indicio del propósito de Dios, en el viaje de 800 km a Harán. Allí se detiene el cumplimiento de los planes de viaje de Taré y a Abraham le ordena expresamente dejar su país, su parentela y la casa de su padre e irse a un país desconocido que él le mostrará.

Al mismo tiempo Dios le da una promesa de una grandeza tan inaudita que su misma magnitud no podría haber suscitado en Abraham otra cosa sino la incredulidad, si el Espíritu de Dios no hubiera obrado al mismo tiempo una fe en él que estaba en conformidad con la grandeza de la promesa. En cuanto a la grandeza de la fe, Abraham es único en la historia del reino de Dios; en esto sobrepasa a todos los creyentes antediluvianos y postdiluvianos, sí, también a todos los creyentes del Antiguo y del Nuevo testamento que han tenido fe después de él. Por lo tanto, en la Escritura del Antiguo y Nuevo Testamento se le llama el padre de los creyentes y el padre de muchas naciones (léase particularmente Gén 12:3; 17; Rom 4; Gál 3). Y así como sus descendientes físicos se jactan de tenerlo a él como su padre, la Escritura lo presenta a toda la simiente espiritual como un modelo y ejemplo de la fe. Dios quería hacer esto de él y lo hizo revelando la promesa, probándolo hasta el límite de lo que el hombre es capaz de soportar, repitiendo constantemente la confirmación del pacto de gracia que había hecho con él, y por último certificando el pacto con un juramento solemne.

¹ En muchos de nuestros colegios parroquiales se ha transmitido una presentación que lo representa como si también Abraham haya sido idólatra antes de ser llamado. Sin duda se hace para resaltar su indignidad y la libre gracia de Dios. Sin embargo esto no se dice en ninguna parte de la Escritura y no sirve para el propósito, sino sólo puede hacer daño porque no es verdad. En la historia de su vida, desde el comienzo hasta el fin, la Escritura conoce a Abraham sólo como un ejemplo de la piedad.

En la consumación formal y solemne de este pacto aparece por primera vez la manifestación de “la gloria de Jehová”. Dios no sólo se contentó con la promesa que dio a Abraham en una ocasión en palabras que todavía eran muy generales. Abraham de hecho la había creído en toda sencillez y en vista de ella había cumplido ciegamente el mandato de viajar. Cuando llegó a Siquem, el Señor fue más específico en su promesa y le aseguró, en primer lugar, que ésta era la tierra que daría a su simiente.

Con una fe llena de gratitud Abraham presenta una ofrenda al Señor. En Betel repite la acción de gracias y proclama² el nombre de Jehová. Eso ciertamente fue fe y confesión de fe. Pero el hecho de que también la fe de Abraham todavía se podría probar al parecer se puede concluir por su viaje a Egipto en la hambruna de Canaán y por la aventura que tuvo con Faraón (Lutero, por supuesto, toma también esto como una acción de fe). Al regresar a la tierra de la promesa y ser separado de Lot, el Señor por tanto repite la promesa tanto de la tierra como de la simiente numerosa con confirmaciones detalladas, específicas y llenas de seguridad (13:14sig.). Sí, ahora es un verdadero héroe de la fe en su expedición militar contra Quedorlaomer. Pero el hecho de que sentía ansiedad después de esta misma victoria sobre los enemigos de la tierra que se le había dado, enemigos que de hecho eran derrotados pero no destruidos, se puede concluir ya por las palabras con que el Señor buscó fortalecerlo “después de estas cosas” (15:1).

“No temas, Abraham; yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande” (15:1). Y ahora salen a la luz las ansiedades que lo acechaban. Viene al Señor con la lamentación de que todas las bendiciones terrenales que había derramado sobre él necesariamente tienen que caer en manos extrañas, ya que no le da un hijo como heredero. Entonces recibe la garantía firme y definitiva: “Un hijo tuyo será el que te heredará” (15:4). Su simiente sería tan numerosa como las estrellas del cielo. Y Abraham “creyó a Jehová, y le fue contado por justicia” (15:6).

Y cuando el Señor ahora por tercera vez había confirmado para él la posesión de esta tierra, con la afirmación solemne de que era él quien lo había guiado desde Ur en Caldea, el corazón de Abraham, anhelando una garantía aun mayor, pregunta de nuevo: “Señor Jehová, ¿en qué conoceré que la he de heredar?” (15:8). Este hombre de fe todavía no cree con suficiente firmeza. Y el Señor es condescendiente a su debilidad y le da la garantía externa más firme para el cumplimiento de sus promesas que Abraham, criado como caldeo, conoció: también concluyó externamente con él un pacto de sangre al estilo caldeo, que significaba una lealtad mutua inamovible para los dos partidos del contrato o la muerte a manos del otro partido.

Se nos describen las ceremonias en el capítulo 15:9,10, 17. El Señor mismo le ordena: “Tráeme...” Es su pacto; él lo origina, no Abraham. Sin embargo, es un pacto con Abraham, establecido por causa de él como garantía de las promesas recibidas y de la eterna amistad de Dios. Abraham debería tomar tres animales sacrificiales limpios de entre sus rebaños, matarlos, dividirlos a la mitad, y ponerlos frente uno al otro de tal manera que podrían pasar los dos partidos que hacían el pacto, con antorchas levantadas, por en medio de las varias mitades de los animales. Además debería poner una tórtola al

² Así Lutero invariablemente traduce la frase hebrea *wayiqra' bshem Adonai* con plena validez; mientras los traductores modernos lo reproducen también invariablemente como “e invocó el nombre de Jehová” sin validez. Esto sigue incontrovertiblemente de Éxodo 33:19 y 34:5, en donde en las dos instancias *qara' bshem* se pone en boca de Jehová mismo y el significado “invocar el nombre de Jehová” lleva al absurdo de que Jehová invocó su propio nombre. Por esta razón las traducciones modernas también traducen *qara' b* con “clamar” en estas dos instancias, pero no es preciso, ya que al menos en el último ejemplo el Señor no sólo clama su nombre, sino da un discurso sobre él (34:6,7).

lado derecho y una paloma al izquierdo, los dos sin dividirse — como símbolos de la sencillez y sinceridad en que los dos partidos se entrarían en el pacto. Lo anterior señalaba que era un pacto de vida y muerte, y era una señal de la consumación del contrato del pacto pasar por en medio los partidos que lo contraían con antorchas levantadas entre las aves muertas y los animales divididos.

Sin embargo, antes de llegar a la consumación, sucedieron todavía algunas cosas extrañas. “Y descendían aves de rapiña sobre los cuerpos muertos, y Abraham los ahuyentaba” (15:11). Aquí no se puede ir con seguridad más allá de ciertos límites para interpretar estos sucesos evidentemente importantes. Pero es incuestionablemente claro que las aves de rapiña que descendían sobre los cadáveres son imágenes de los enemigos que buscarían obstaculizar la consumación o la implementación del pacto que se iba a concertar. ¿Significan las naciones cananeas contemporáneas? ¿Es el faraón egipcio, así como en la interpretación de la figura siguiente, o debemos pensar en enemigos posteriores de Israel, o inclusive en todos los enemigos de la iglesia juntos? El que Abraham los ahuyente obviamente significa que los enemigos no lograrían obstaculizar ni destruir el pacto. El pacto y las promesas resultarán victoriosos en Abraham y su simiente espiritual. Es como Mateo 16:18 acerca de las puertas del infierno.

El detalle siguiente, el profundo sueño que sobrecogió a Abraham, junto con el terror y las profundas tinieblas que invadieron su alma, el Señor mismo lo interpretó como una referencia a la servidumbre futura de los descendientes de Abraham en Egipto y su liberación por medio de Moisés. La simiente de Abraham experimentaría por primera vez el cumplimiento de la promesa de la tierra cuando la iniquidad de los amorreos, que habitaban y controlaban “esta” tierra hasta ese tiempo, clamaría por su propio exterminio. Mientras tanto, él mismo iría a sus padres en paz, sería sepultado en buena vejez. Abraham debería saber que el pacto de Dios con él no devolvería ni a él ni a todos sus hijos el paraíso terrenal perdido por medio del pecado; trae cruces. Sin embargo, es un pacto de gracia por medio del cual los creyentes pueden vivir en paz con Dios, experimentar muchas bendiciones de Dios, e ir al sepulcro en paz.

Pero el día pasó, llegó la noche sin consumarse el pacto. ¿No habría consumación? ¿O había sido sólo una fantasía parecido a un sueño profundo? Porque el Señor había omitido lo último que era necesario para la ratificación de la unión del pacto, el mandato de que ahora debería pasar por en medio de los cuerpos de los animales que yacían allí con una antorcha ardiente. Abraham mira la fila de cuerpos muertos, y — “se veía un horno humeando y una antorcha de fuego que pasaba por entre los animales divididos” (15:17). Fue Jehová, quien con el fuego y humo pasaba por en medio de la doble fila de cuerpos muertos y con esto visiblemente selló el pacto que hizo con Abraham y lo explicó con las palabras: “A tu descendencia daré esta tierra, desde el río de Egipto, hasta el río grande, el río Éufrates” (15:18).

En esta ratificación del pacto Dios sobretodo iluminó su consejo de salvación con gran claridad y con gran énfasis. “Por gracia... por medio de la fe; y eso no de vosotros: es don de Dios” (Efe 2:8). Todo lo que Dios hizo con Abraham, desde el tiempo en que lo sacó de Ur hasta su sepultura al lado de Sara en la cueva de Macpelá, la posesión que compró en el campo de Efrón heteo, fue totalmente libre gracia, el don y la obra de Dios. Dios no se esforzó tanto con la personalidad de ningún otro hombre como lo hizo con él. Prometió y dio a él y a su simiente cielo y tierra (Luc 16:22sig.; Rom 4:13); no perfeccionó a ningún otro creyente en la fe y en la obediencia de la fe en la misma medida como lo hizo con él, el padre de los creyentes. Nadie más entre los pecadores se llama el amigo de Dios (Is 41:8; Sant 2:23). No ha dado a nadie, excepto a él, un nombre tan grande. Y todo esto no es de él, sino sólo de Dios.

La apariencia de la gloria de Jehová pone en manifiesto este punto al consumarse el pacto con Abraham. Abraham no contribuye en nada, excepto que por mandato de Dios contribuye las cosas externas para las ceremonias de los abundantes bienes terrenales que Dios le había dado.

Cuando sucedió la ratificación del pacto, sólo la gloria de Jehová pasó entre los cuerpos de los animales, hablando y prometiendo, no Abraham; él ni recibió una invitación para hacerlo. Solamente ve al Señor paseando en forma de fuego y humo y oye sus palabras de promesa. No promete nada, no dice palabra: sólo ve y oye y — cree, abrumado por el Señor. Ahora sabe en quien cree; ahora ve el día de Cristo y se regocija; ahora el Señor puede guiar a él y a su simiente a través del terror y las grandes tinieblas. Pone atención a la palabra y se encomienda totalmente en su mano, seguro de que Dios puede levantar aun de entre los muertos, que su simiente poseerá las puertas de sus enemigos: “por gracia ... por medio de la fe; y esto no de vosotros: es don de Dios: no por obras, para que nadie se gloríe” (Efe 2:8,9). Este orden de salvación ahora se debe dar a conocer al mundo entero en Abraham por medio de este pacto que hizo con él y confirmó con la manifestación de la gloria de Jehová.

Ahora el Señor también vigilaba este orden de salvación con un celo tan incansable que su plan de la salvación determinó el destino de todas las generaciones futuras. “Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré” (12:3). Eso tenía que cumplirse en todas las naciones que llegaran a tener contacto con Abraham y su simiente. Y llegó a cumplirse en ellos y sigue cumpliéndose a diario y seguirá mientras dure el tiempo de gracia. Tenía también que cumplirse sobre el mismo pueblo que salió de su cuerpo; sí, se cumplió en cada generación, y en cada individuo entre esa nación, aun antes que viniera la Simiente única que realmente era la intención de la promesa.

Con tanto celo Dios había estado absorto en Abraham para poder derramar sobre él todas sus bendiciones, igual de celoso estaba todo el tiempo después preservando esta bendición para su pueblo, la simiente física y espiritual de Abraham. La forma en que Israel fue guiado en toda su historia con beneficios abundantes de misericordia, tales como Dios no derramó sobre ninguna otra nación (Sal 147:20), sus castigos, que eran frecuentemente espantosos, y su rechazo final tienen su explicación sólo en las dos afirmaciones de Isaías: “El celo de Jehová de los ejércitos hará esto” (9:7); “ni con todo esto ha cesado su furor, sino que todavía su mano está extendida” (9:12,17,21; 10:4).

Esta manifestación que siempre recurre, que la Escritura llama *khabodh JHWH*, la gloria de Jehová, es una señal de este celo del Señor por su evangelio desde el tiempo de Abraham en adelante. En dondequiera que Dios considere necesario confirmar de nuevo la gracia que juró a Abraham y a su simiente, siempre que se blasfeme, que su dispensación de gracia sea pisoteada y esté en peligro de obstaculizarse el cumplimiento de sus pensamientos de salvación, aquí, advertir y castigar no basta para Dios. Es probable que aparezcan este fuego y la nube, anunciando la presencia de Dios y su intervención con una obra. Proclama que el pacto de gracia establecido con Abraham sigue inalterablemente en efecto, y también que es santo e inviolable. El Señor de gloria ha puesto de antemano el sello sobre la palabra final del gran Hijo de Abraham: “El que creyere y fuere bautizado será salvo; mas el que no creyere será condenado” (Marcos 16:16).

Ahora queremos dirigir toda nuestra atención a algunas de las apariencias principales de la “gloria de Jehová”.

La segunda sucede en el llamamiento de Moisés (Éxo 3). Como la primera, también le falta la designación como tal, pero por su forma y otras circunstancias que la acompañan se puede reconocer inmediatamente como tal. Los 400 años de aflicción para los descendientes de Abraham en una tierra extraña, que se predijeron en la primera aparición, habían terminado. Abraham y su simiente prometida, Isaac, después de permanecer en la tierra de la promesa, hacía tiempo habían ido en paz a sus padres. Al heredero de Abraham de la segunda generación, el hijo de Isaac junto con 70 hombres y sus esposas, los habían llevado a Egipto bajo circunstancias maravillosamente preparadas, para que llegaran a ser una gran nación en la parte más fructífera de la tierra bajo protección del Faraón, el gobernante más poderoso del mundo de ese tiempo (véase Is 54:4).

“Y los hijos de Israel fructificaron y se multiplicaron, y fueron aumentados y fortalecidos en extremo, y se llenó de ellos la tierra” (Éxo 1:7). Pero bajo los faraones que siguieron comenzó la opresión, que finalmente llegó al violento asesinato de todos los niños varones israelitas. “Y los hijos de Israel gemían a causa de la servidumbre, y clamaron; y subió a Dios el clamor de ellos por motivo de su servidumbre. Y oyó Dios el gemido de ellos, y se acordó de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob. Y miró Dios a los hijos de Israel, y los reconoció Dios” (Éxo 2:23,24). Había llegado el momento cuando el Señor cumpliría la palabra que había dicho a Abraham: “mas también a la nación a la cual servirán, juzgaré yo; y después de esto saldrán con gran riqueza” (Gén 15:14).

El Señor ya había preparado quien llevaría a cabo su juicio y liberaría a su pueblo. De una manera sencilla, sin embargo maravillosa, de niño escapa del decreto asesino de Faraón, lo capacitan en su corte en toda la sabiduría y artes de los egipcios. Después de ser culpable de asesinar a un capataz egipcio en devoción ardiente a su propio pueblo, tiene que huir de la tierra y lo recibe el sacerdote madianita Reuel, que también se llama Jetro. Luego llega el día cuando al desempeñarse como pastor de sus ovejas llega al monte Horeb bajo la guía de Dios.

Allí se le aparece la gloria de Jehová. Literalmente el texto dice: “Y se le apareció el ángel de Jehová en una llama de fuego en medio de una zarza; y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego y la zarza no se consumía” (Éxo 3:2). No se dice nada aquí, como en la primera aparición, acerca de humo; pero no habrá faltado por completo, así como más tarde la nube sin el fuego y el fuego sin la nube aparecen en tal forma que uno impregna al otro. Pero no puede haber dudas sobre esto, que aquí tratamos con una aparición del *kabodh JHWH*. Esto se concluye con seguridad del hecho de que el ángel de Jehová o el Señor mismo habla con Moisés de la llama del fuego, y que en los versículos 6-8 vincula esta visión con la primera a Abraham.

El tiempo no nos permite considerar la pregunta especial aquí, si fue un ángel ordinario, quien sólo representaba a Dios en su persona, o Dios mismo quien aquí apareció a Moisés. Sería bueno consultar el comentario de Keil sobre este punto, o también el de Delitzsch, sobre este pasaje y el de Génesis 15. El último está de acuerdo con Lutero de que es un ángel, el primero considera que es Dios. Al final, la diferencia no es esencial ya que los que propugnan la primera opinión admiten que realmente fue Dios quien habló por medio del ángel. En otros pasajes la decisión puede ser difícil.

El que escribe piensa que este pasaje no admite una interpretación en términos de un ángel ordinario; por una parte la afirmación en el versículo 6: “Yo soy el Dios de Abraham, etc”, es demasiado fuerte para un mero ángel; y en la primera visión (Gén 15), no se dice nada de un ángel. En todo el Antiguo

Testamento la designación “el ángel de Jehová”, cuando no se aplica específicamente a un ángel ordinario, sin excepción es una designación del mismo Señor Cristo, del ángel o mensajero de Dios por excelencia, de la segunda Persona de la divinidad, por medio de la cual toda la Santa Trinidad generalmente se revela y en particular en la “gloria de Jehová”. Jesucristo, quien en su persona como el Dios-hombre es el *τιχον*, la imagen visible del Dios invisible (Col 1:15), la roca espiritual que les seguía, que era Cristo (1 Cor 10:4), es él mismo la “gloria de Jehová” personal, encarnada. Por tanto él personalmente se presenta y se revela a Abraham en el pasado, a Moisés aquí, y en esta manifestación en el Antiguo Testamento y todavía en el Nuevo Testamento — el “Verbo” encarnado (Juan 1:1,14).

La trascendencia de Cristo generalmente en el plan de Dios también tiene relevancia en cada una de estas manifestaciones que están escritas para nosotros, extendiéndose desde el primero hasta el último libro de la Biblia, excepto que cada manifestación también tiene su importancia específica. Lutero también lo afirma en su sermón sobre pasajes de Éxodo, en donde se opone a la interpretación papista que aplica la zarza ardiente a María como la virgen inmaculada. Pero la zarza ardiente también se ha interpretado como aplicándose a otras personas: al pueblo de Israel en Egipto, y a Moisés mismo. Sin embargo, cada interpretación que no está de acuerdo con la palabra de Lutero es falsa: “por tanto esta zarza flameante y encendida es una figura de Cristo”. (St. L III,747,4)

Lo que significa específicamente la manifestación aquí está en el texto. Lo primero que dice a Moisés el que se le apareció es no acercarse a la visión sino a quitarse las sandalias. También los sacerdotes que hacían su servicio en el santuario debían estar descalzos y con los pies lavados en señal de reverencia hacia el Señor que moraba allí. Cada lugar en donde aparecía el Señor era santo y amenazaba con destruir a los irreverentes. Así aquí: “el lugar en que tú estás, tierra santa es” (3:5).

¿Y por qué es santo? Esto se indica con las palabras que siguen: “Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, etc.”. Como tal, sin embargo, fue el Dios de toda gracia, como lo demuestra su historia. A causa de su gracia debemos santificar a Dios, el inviolable; a causa de su gracia Cristo es el santo de Dios, ante quien también los demonios tiemblan, porque como tal es la luz del mundo y un fuego consumidor para el que desprecia esta gracia. Véase el “santo” en Isaías 40:25, el santo triple de los serafines en 6:3: el “no os engaños; Dios no puede ser burlado” (Gál 6:7), y “si descuidamos una salvación tan grande” (Heb 2:3). Esto es cierto del Dios de la ley pero aun más del Dios de la gracia, aparte de quien hay sólo “una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios” (Heb 10:27).

El evangelio de gracia también es el mensaje final de juicio y condenación (Juan 3:18 sig.). Ante esta divina santidad que aquí se revela en el Dios de gracia, Moisés esconde su rostro y teme mirar a Dios. Con el fuego en la zarza Dios indica lo que expresan sus palabras habladas. Él ha descendido, o sea, se presenta en esta manifestación, para indicar su intención de liberar a su pueblo de la mano de los egipcios, guiarlos a la tierra de promesa, y “juzgar” al pueblo a quien tenía que servir, así como había jurado a Abraham al establecer el pacto. La visión de la zarza ardiente es una garantía para la ejecución de esta obra doble, porque el que aparece aquí en un fuego de gracia para Israel y un fuego de juicio para Egipto estará con Moisés. En este mismo lugar Moisés y su pueblo, cuando los haya sacado, con alabanza y acciones de gracias servirán al Señor como el libertador de su pueblo y el juez de sus atormentadores.

Es cierto que la tarea que se asigna a Moisés parece ser imposible por completo. Moisés, que ahora

tiene 80 años, un fugitivo de la justicia egipcia, pastor de un sacerdote madianita por 40 años, y quien como morador en el desierto estaba muy alejado de todas las ramificaciones de la civilización, debía privar a la potencia más poderosa del mundo de entonces, que tenía lo que se consideraba una organización militar invencible, de un pueblo esclavo de más de 600,000 hombres, que la nación egipcia fácilmente explotaba porque se había hecho rica, orgullosa e imperiosa.

No nos sorprende que Moisés se rehusara y finalmente exclamara en desesperación: “¡Ay, Señor! Envía, te ruego, por medio del que debes enviar” (4:13) — pero que yo no. No nos extraña que en la conciencia de su potencia que dominaba el mundo el Faraón poderoso respondiera a la exigencia pretenciosa de Moisés, cuando primero se dirigió a él, con el insulto desdenoso: “¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz y deje ir a Israel?” (5:2). Pero quien se había aparecido a Moisés en la zarza ardiente estaba con él, el “que habitó en la zarza” (Deu 33:16), y que le había prometido: “Yo estaré contigo” (Éxo 3:12), y “Yo te he constituido Dios para Faraón” (7:1). El “que habita en la zarza” sacó a Israel de Egipto con una mano “fuerte”, “alzada” (3:19; 6:1; 13:3,14; 14:8), y “con brazo extendido, y con juicios grandes” (6:6).

Apenas había salido Israel de Sucot, cuando también apareció otra vez la gloria de Jehová, no sólo a Moisés sino al pueblo entero. “Y Jehová iba delante de ellos de día en una columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en una columna de fuego para alumbrarles, a fin de que anduviesen de día y de noche” (13:21 sig.). Se había cambiado algo la forma de la apariencia. La antorcha ardiente e humeante en el caso de Abraham y la zarza ardiente de Moisés se adapta a las circunstancias y se divide en una columna de nube para viajar de día y una columna de fuego para viajar de noche, porque ahora era tiempo de viajar día y noche sin parar. Pero Jehová les precedía de esta forma como un líder seguro y una protección para su pueblo al cual había librado de la tiranía de Faraón.

Luego se presentó la gran necesidad a orillas del mar Rojo. El faraón los había perseguido con toda su fuerza militar y los había alcanzado. La gente clamó al Señor y riñó con Moisés, el cual buscó tranquilizar al pueblo indicándoles la promesa del Señor. Mientras tanto Moisés mismo está delante de Dios en una súplica muda. Luego resuena la voz del Señor: “¿Por qué clamas a mí? Di a los hijos de Israel que marchen y tú, alza tu vara y extiende tu mano sobre el mar y divídelo... y yo me glorificaré (*w'ikkab'dah*, la misma palabra como verbo en nifal que se encuentra como un sustantivo en *kabhodh JHWH*) en Faraón, y en todo su ejército, en sus carros y en su caballería” (14:15 sig.).

Otra vez se cambia la forma de manifestarse. El “ángel de Dios”, o sea, Cristo, quien precedía el campamento de Israel se quitó y se puso detrás de ellos, lo mismo la columna de nube, y se colocó entre los dos campamentos, cubriendo como un velo al pueblo de Dios para esconderlos de los egipcios en forma de una nube muy oscura, a la vez que como una luz brillante iluminó la noche para el campamento de Israel: “Y en toda aquella noche nunca se acercaron los unos a los otros” (14:20). Luego siguió el camino seguro de Israel por en medio del mar y la derrota de los egipcios. Para Israel el *kabhodh JHWH* había llegado a ser un libertador, y un vengador para los egipcios. “Así salvo Jehová aquel día a Israel de manos de los egipcios; y vio Israel aquel grande hecho que Jehová ejecutó contra los egipcios; y el pueblo temió a Jehová, y creyeron a Jehová y a Moisés su siervo” (14:30,31).

El cántico de Moisés en el siguiente capítulo describe aquí la exitosa glorificación del Señor a su majestad delante de las naciones. Y toda la literatura sagrada de Israel que sigue está llena de alabanza de esta obra del Señor. El hecho de que Israel salió de Egipto, que no se puede negar como una realidad

histórica, aun hoy es un problema incapaz de solucionarse para cualquier estudio científico.

Los hijos de Israel salieron de Egipto el 15 del Nisán con la protección de la gloria de Jehová. Apareció de nuevo solamente 30 días después, en el desierto de Sin entre Egipto y Sinaí. Una vez antes, después de pasar por en medio del mar, la gente ya había comenzado a murmurar, cuando después de tres días sin tener agua habían encontrado en Mara sólo agua muy³ amarga que no era apta para tomar. El Señor pacientemente había pasado esto por alto y había hecho el agua potable (15:25). Al mismo tiempo, sin embargo, había aprovechado la oportunidad para advertir a la gente contra futuras murmuraciones. Justamente la falta de comida y agua en el viaje a través del desierto “grande y terrible” (Deu 1:19; 8:15), les dio mucha oportunidad y muchas ocasiones para hacerlo. Por tanto, el Señor los amonestó a confiar por completo en su guía y a obedecer estrictamente sus ordenanzas futuras (15:26).

Por supuesto, en su próxima estadía, elim., no les dio oportunidad de murmurar; porque en este extenso y hermoso oasis tenían todo en abundancia. Sin embargo, apenas habían llegado al siguiente lugar de descanso en el desierto de Sin cuando comenzaron de nuevo a murmurar y reprocharon a Moisés y Aarón con tanta amargura como cuando expresaron su consternación acerca del ejército de Faraón delante del mar Rojo (16:12). Los víveres que llevaron consigo se habían terminado; los amenazaba la muerte por hambruna. Luego Dios habló a Moisés; y tiene que anunciar al pueblo que en la tarde sabrán que Jehová su Dios los ha sacado de Egipto y que en la mañana verían la gloria de Jehová. Luego en la tarde reciben codornices; y en la mañana, cuando Aarón habla, ven “la gloria de Jehová en la nube” (véa 16:6-10), y encuentran el maná.

Es difícil establecer si en el versículo 7 significa la verdadera gloria de Jehová, o como en el versículo 10 su presentación física. En toda la presentación el texto parece haberse corrompido. Pero el versículo 10 no permite ninguna duda de que nuestra aparición se realizó en la tarde. Por medio de Aarón, el Señor convocó a todo el pueblo para comparecer delante de él. Y mientras Aarón todavía hablaba, la congregación se volvió hacia el desierto, o sea, hacia el oriente, desde donde esperaban la aparición de Dios, y he aquí, apareció “la gloria de Jehová” en una nube.

Ésta es la primera vez que se le llama “la gloria de Jehová” y se dice que “apareció”. Más tarde se repite con más frecuencia esta aparición y es el término técnico que se da a esta forma de aparecerse. Aquí otra vez llamamos la atención a las formas diferentes de aparecerse. Con Abraham se muestra en forma de fuego y humo; con Moisés de una llama encendida; ante el mar Rojo es una luz y una nube oscura en forma de una columna de nube y una columna de fuego; mientras que aquí (16:10), se habla de ella como “la gloria de Jehová... en una nube”, no en una columna de nube. Más tarde, o sea, en el tabernáculo, aparece frecuentemente como una nube que cubre el exterior del tabernáculo, mientras ilumina el interior.

Estas variaciones especiales las consideramos secundarias y sin significado; sólo se adaptan a diferentes circunstancias externas, o hasta tal vez no tengan intención. Lo esencial es la brillantez en las tinieblas de la nube y el humo, que retrata la gloria de Dios en medio de su inescrutabilidad.

³ La traducción de Lutero, “fast”, es decir, muy (amarga) en 15:3 no es traducción sino interpretación, tomada del contexto. La amargura de las fuentes en el lado occidental de la Península de Sinaí se debe al fuerte contenido alquilino del agu. Aun las fuentes de Elim no están completamente libres de ello actualmente.

La impresión que su aparición aquí en el desierto de Sin en particular debería causar a la gente otra vez se debe concluir por las circunstancias especiales. El capítulo 15:26 es una amonestación a la obediencia general hacia Dios, y al estricto cumplimiento de todas las ordenanzas que están a punto de recibir. A pesar de esto, vuelven a murmurar en Sin. Por eso Moisés les informa que Dios se glorificará en la tarde produciendo carne y en la mañana proveyendo pan en abundancia.

A la mañana siguiente, mientras el maná ya cubre la tierra, se convoca a toda la congregación ante Dios y luego aparece inmediatamente el Señor en una luz y una nube. Moisés lo explica diciendo: “Es el pan que Jehová os da para comer”, y al último vienen las ordenanzas del Señor acerca de recoger el maná, con reglamentos especiales para el sábado, del cual la gente no había oído hasta entonces. Con estas ordenanzas Dios quería probar la obediencia de su pueblo. “Para que yo lo pruebe, si anda en mi ley o no” (16:4).

De este resumen, especialmente de la convocatoria a toda la congregación para que pudiera ver la gloria de Jehová que pronto se aparecería, es muy evidente que Dios está muy en serio acerca de su aparición. Por un lado está la seguridad de que no abandonará a su pueblo, al que él ha guiado hasta allí, en ninguna necesidad durante su viaje por el desierto, particularmente que les proveerá abundantemente comida y bebida y los llevará salvos a la tierra prometida. Por otro lado está toda su legislación futura, a la cual espera obediencia voluntaria y estricta, de la cual deben dar un ejemplo obedeciendo sus ordenanzas acerca de recoger el maná y la celebración del sábado. Aquí los codornices y el maná son arras de su repetición en cualquier carestía de comida futura, así como lo había sido el agua en Elim, y el agua en Refidim fue eso, en cuanto a cualquier falta futura de agua.

La legislación en Sin es un prelude a la legislación en Sinaí, y por obediencia a estas ordenanzas deberían demostrar que obedecerían esas leyes imponentes y numerosas. La solemnidad limitada de la aparición de la gloria de Jehová aquí en Sin es un prelude de una mucho mayor en el Sinaí. El desierto de Sin señala totalmente a Sinaí. A esto se debe la aparición de la gloria de Jehová con especial solemnidad.

II.

Entre su partida del desierto de Sin y su llegada al monte Sinaí, los hijos de Israel otra vez establecieron su campamento, esta vez en Refidim, un valle ancho al noroeste del monte Horeb (Éxo 17). Se nos narran los acontecimientos de este lugar para poner énfasis en la paciencia y la bondad del Señor hacia su pueblo.

El primer suceso fue la murmuración del pueblo debido a la falta de agua. La murmuración es tan vehemente que Moisés clama al Señor: “¿Qué haré con este pueblo? De aquí a un poco me apedrean” (Éxo 17:4). No aparece “la gloria de Jehová”, pero el Señor manda a Moisés pegar a una roca en Horeb y proveer agua para el pueblo. Ha pasado la necesidad, pero el lugar recibe el nombre “Masah y Meriba”, tentación y riña, en recuerdo de este pecado contra el Señor y Moisés.

Compare este incidente con el similar en Cades Barnea (Núm 20), en donde, sin embargo, apareció “la gloria de Jehová”. Pablo basa I Corintios 10:4 sobre estas dos situaciones: “Porque bebieron

(espiritualmente) de aquella roca espiritual que les seguía: y aquella roca era Cristo”. Aquí en Refidim el Señor ni siquiera castigó al pueblo, sino sólo alivia la necesidad.

Y en la victoria sobre Amelec, la “cabeza (la más potente de aquel tiempo y la primera de oponerse a Israel, llena de odio mortífero e inapagable) de las naciones” (Núm 24:20), el Señor, mediante las manos extendidas de Moisés, les dio una demostración tan obvia y maravillosa de su todopoderosa protección que Moisés tiene que anotarla para que se recuerde después como garantía de que a Amelec se le exterminará por completo. Al altar de acciones de gracias que se construyó lo llama “Jehová Nissi”, Jehová es mi estandarte. En cualquier necesidad Israel debe aprender a creer y confiar en el Dios que los ha rescatado de la mano poderosa de Faraón, los ha guiado maravillosamente por las profundidades del mar, y ahora también ha derrotado a Amelec.

Pasamos por alto el capítulo de Jetro (18), y ahora volvemos a esa parte de la historia de Israel en que la “gloria de Jehová” se manifiesta con la mayor potencia. Se incluyen los capítulos 19 y 20 de Éxodo, luego los capítulos 24, 32, 33, 34, y el capítulo final, el 40. Para hacer justicia a las apariencias individuales, será bueno repasar los acontecimientos en el Sinaí en su secuencia y contexto propios. En el Sinaí ocurre uno de los sucesos más importantes en la historia del mundo y en la historia de la salvación: el pacto del Señor con Israel.

Dividimos esta historia como sigue:

1. Las preparaciones para el pacto, capítulo 19.
2. La entrega de la ley del pacto, capítulo 20 y hasta cierto punto 21 y siguiente.
3. La ratificación del pacto, capítulo 24.
4. El quebrantamiento y la renovación del pacto, capítulos 32 al 34.
5. La confirmación del pacto, capítulo 40.

Tomaremos nota del papel que “la gloria de Jehová” desempeña en cada sección.

Como en toda la historia de Israel, así también en las preparaciones para la ratificación del pacto, Jehová es quien trata con Israel, y Moisés sólo es su instrumento. Tres meses después de salir de Egipto, después de una marcha de un día de Refidim, acampó el pueblo cerca del Sinaí en la gran llanura de la cordillera más meridional de Horeb.

Luego el versículo 3 nos dice: “Y Moisés subió a Dios”. Subió a la montaña como Dios le había mandado, tal vez ya en su llamamiento (3:12), o si no en una revelación posterior, separada. En todo caso, la nube se hizo presente (según 13:21 sig.; 19:9, y como después apareció sobre el arca del pacto, 25:22; 30:6,36; Núm 7:89; 10:33-36; 11:25, y frecuentemente) sobre la cumbre de la montaña, indicando la presencia del Señor.

Al acercarse Moisés a Dios, él lo llamó: “Así dirás a la casa de Jacob, y anunciarás a los hijos de Israel” (19:3). — “La casa de Jacob” es el nombre del pueblo en cuanto son descendientes físicos de Jacob (Isaac, Abraham); “hijos de Israel” expresa la relación ideal espiritual con el Señor — la fe del

pueblo. En la congregación exterior se encuentra la interior, la comunión de los santos. Todas las acciones siguientes de Dios ocurren por causa de los últimos. Como la cáscara que cubre la pepa, la congregación externa (la nación física) comparte externamente la bendición y la vida de la congregación interna (los creyentes), en la misma forma como la congregación interna tiene que compartir los pecados y los castigos de la exterior; pero la externa también goza de la protección que el Señor da a toda la nación externa.

Con el fin de entender correctamente el pacto de Dios con los hijos de Israel, las siguientes palabras del Señor son muy importantes. Contienen tres cosas. “Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y como os puse sobre alas de águilas, y os he traído a mí” (19:4).

El Señor primero les presenta lo que hasta entonces habían experimentado de su fidelidad: los libró de manera maravillosa de la servidumbre de Egipto, hizo que cruzaran el mar Rojo sin peligro, les proporcionó comida y bebida, les otorgó la victoria en la derrota de Amelec — los llevó como el águila lleva a sus aguiluchos, cuando los expulsa del nido por primera vez, volando debajo de ellos para que no se caigan y se aplasten. El Señor les recordó cómo los trajo a sí mismo, o sea, en su guía y protección particular por medio de la nube y la columna de fuego, cómo los adoptó como su propio pueblo especial en preferencia a todos los otros pueblos de la tierra.

No es algo nuevo lo que ahora tiene en mente para ellos; es el antiguo pacto que ratificó con Abraham y su simiente en medio de la apariencia de “la gloria de Jehová”. Es el pacto que él, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, cumplió con sus padres y ahora en toda fidelidad también con ellos mediante su siervo Moisés, el pacto que ahora quiere confirmar para ellos en una forma debida y que quisiera que ellos confirmaran mediante su consentimiento personal.

En las palabras que siguen, entonces, como asunto secundario aparece la condición que el Señor vincula a la continuación de su cumplimiento del pacto que ha ratificado con Abraham: “si diereis oído a mi voz”. En la ratificación del pacto con Abraham no se dijo nada de esta condición. Lo único que el Señor dijo a Abraham es pura promesa incondicional. Abraham cree, el Señor manda, y Abraham, por supuesto, obedece.

La única palabra en toda la historia de Abraham que pareciera una condición vinculada al pacto es Génesis 17:14. Aquí el Señor, después que instituyó la circuncisión como una señal externa de la relación del pacto, prescribe: “y el varón incircunciso, el que no hubiere circuncidado la carne de su prepucio, aquella persona será cortada de su pueblo; ha violado mi pacto”. Pero ésta solamente es la forma veterotestamentaria de la afirmación del Señor en el Nuevo Testamento: “El que creyere y fuere bautizado será salvo; pero el que no creyere será condenado” (Mar 16:16). Es la exigencia evidente de la promesa sin condiciones que sólo se puede recibir por medio de la fe que es producida únicamente por Dios mediante la promesa. Abraham creyó al Señor, creyó todo sin renuencia; y de su fe fluyó espontáneamente una obediencia inmediata, incondicionada, así como pasó su mayor prueba cuando estaba dispuesto a sacrificar a Isaac. Lo mismo sucede con Isaac y Jacob. También en su historia no hay una palabra acerca de su obediencia como una condición, sino sólo una repetición incondicional de la libre promesa dada a Abraham.

¡Y ahora de repente la condición! Pero aquí Dios ya no está tratando con creyentes individuales

escogidos como ejemplos de la fe — aunque sean muy débiles — sino más bien con una multitud externa, que como “la casa de Jacob” debería compartir los asuntos externos inevitables de la promesa y por tanto tendrían que prepararse bajo la guía externa de Dios si llegara a cumplirse la promesa. Está tratando con un pueblo que también como “hijos de Israel”, como una congregación creyente, todavía eran hijos menores y como tales externamente podrían ser tratados sólo como siervos y por tanto estaban en servidumbre bajo las ordenanzas externas (Gál 4:1-3). Lo evidente en el caso de Abraham, Isaac y Jacob como héroes de la fe, concretamente, la obediencia voluntaria a todo mandato y dirección del Señor, tenía que inculcarse expresamente a este pueblo, quienes en su mayoría eran “duros de cerviz”; los demás de ellos de hecho eran creyentes, pero todavía no maduros.

En cuanto al tercer asunto, la promesa del pacto que Moisés debería anunciar al pueblo: “vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra” — esto es, como ya se ha enfatizado, no algo esencialmente nuevo, sino sólo una repetición adecuada de la promesa que se dio de antemano a la nación (Gén 12; 17; 22:17, compárese Rom 4:13); al mismo tiempo es la exposición concreta de esta promesa. Deuteronomio 5:3, cuando se entiende bien, no contradice esto.

Pero el término particular que Dios aquí utiliza para “mi tesoro”, y la explicación más completa de él en el versículo 6, es de suma importancia para entender la expresión. Con esto la apariencia de “la gloria de Jehová” así como se manifiesta precisamente en conexión con la ratificación del pacto en Sinaí obtiene su más profundo significado. La palabra hebrea para “propiedad” es *s'gullah*, derivada del verbo *sagal*, que originalmente quería decir “guardar” “mantener como un tesoro precioso”.

Cuando el Señor agrega a estas palabras: “porque toda la tierra es mía”, al mismo tiempo declara con esto que todos los pueblos de la tierra son su propiedad, con quienes él, según Daniel 4:35, “hace según su voluntad”, y que según sus propias palabras en Éxodo 33:19: “tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente”. Él ha escogido esta nación, la simiente de Abraham, Isaac y Jacob, como su propiedad especialmente valiosa y preciada para revelar a todas las naciones toda su bondad y su gloria (v 22).

El pueblo es, como Moisés le testifica: “el más insignificante de todos los pueblos” (Deu 7:7), sí, un pueblo duro de cerviz, como el Señor mismo lo expresa con tanta frecuencia. Sin embargo, el Señor los ha traído a sí mismo por su pura bondad (Jer 31:3, la traducción de Lutero “por encima [comparativamente] de todos los pueblos”) por cuanto “Jehová os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres” (Deu 7:8), para que Israel pudiera “conocer, pues, que Jehová tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones; y que da el pago en persona al que le aborrece, destruyéndolo” (v 9,10). Para evidencia visible de esto el Señor aparece en una forma particularmente impresionante en la ratificación del pacto, y después con frecuencia en “la gloria de Jehová”.

Encontramos concretamente expresada y condensada en las palabras del versículo 6 toda la bondad, misericordia y fidelidad de Dios hacia Israel, toda la bendición que se contenía en el pacto que estaba a punto de ratificarse: “y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa”. La traducción de Lutero: “un reino sacerdotal”, no pone en manifiesto como es debido el sentido del hebreo. El hebreo literalmente dice: “un reinado (no reino) de sacerdotes”. Esto no quiere decir un dominio en el cual el Señor reina sobre sacerdotes como ciudadanos, sino como Pedro reproduce la Septuaginta, una “*basileion hierateuma*, un sacerdocio real”, o sea, una asociación de sacerdotes que consiste en su

totalidad de reyes, o como se ha expresado sencillamente en Apocalipsis 1:6 y 5:10: “Nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra”.

Las dos designaciones, *mamlechet* y *chohanim*, designan la dignidad y el poder. El pueblo de Israel ciertamente es también un reino, un dominio del poder del Señor. Sin embargo esto no es expresado aquí en conexión con este pacto especial de la gracia, sino más bien que todos ellos, cada individuo, por medio de este pacto, serán elevados ante el Señor su Dios como reyes y sacerdotes.

Lutero en su explicación de este pasaje tiene: “todos seréis como sacerdotes y reyes”. Compare su comentario en 1 Pedro. Éste es el significado concreto de *s'gullah*: Israel debe ser un tesoro valioso, precioso, bien guardado de reyes y sacerdotes espirituales, la perla entre todos los pueblos de la tierra. Como mediador sacerdotal debe tener la promesa y la vocación de encomendar las naciones a Dios con intercesión incesante. Como maestro sacerdotal debe dar a conocer las virtudes, la gloria de aquél que les ha hecho sacerdotes. Como reyes sobre todo lo terrenal, inclusive sobre la muerte y el diablo, deben llevar al cumplimiento el reinado mundial espiritual de Cristo prometido a Jacob en Silo, hasta que aparezca en toda su gloria celestial.

“Y gente santa”. Esta oración se interpreta usualmente como una exigencia legal de que Israel debería ser santo, o sea, sin pecado, sin mancha. Pero no es una cláusula independiente. Es solamente otra afirmación acerca de este pueblo, que declara que los sacerdotes-reyes al mismo tiempo son una nación santa. “Me seréis un reino de sacerdotes y gente santa” es una sola oración. La oración es una promesa en los dos elementos del predicado, no sólo en el primero. La nación es santa al Señor (a mí, en el texto *li*) como un sacerdocio real en cuanto y porque consiste solamente de sacerdotes-reyes o sacerdotes reales. “Santa”, al igual que “reino de sacerdotes” es una designación que se atribuye a la nación. De hecho, la nación es santa “a mí”, al Señor, en su estado de gracia. Es santa delante de él, a sus ojos, la considera y la declara y la trata como una nación santa.

Para el significado fundamental de la palabra “santa” indicamos principalmente cómo Isaías usa la palabra, especialmente en los capítulos 1, 6, 10, 40, 41, 43, 45, 48, 49sig., (el Santo de Israel), y Hebreos 7:27 en conexión con Efesios 5:27. Significa la absoluta perfección moral, la pureza brillante, impresionante, sin mancha, radiante entre los moralmente inmundos, los manchados, los sucios, los pecadores, y en medio de una creación que, aunque no es realmente pecaminosa y todavía gloriosa, no tiene excelencia moral. El único absolutamente santo es Dios así como se reveló en pura bondad, misericordia y gracia como Jehová, el “Señor”, a Abraham, Isaac y Jacob. Como tal, o sea, como el Dios de salvación, de la gracia, del perdón de los pecados, de la recepción de los pecadores en el estado de hijos (“os he traído a mí” v. 4) y en su protección y cuidado paternal (“os tomé sobre alas de águilas”), él es “el Santo”, “el Santo de Israel”.

En toda la Escritura nunca se le atribuye a Dios la santidad excepto en conexión con su obra como Salvador, ya sea en la gracia que salva o cuando en su desagrado rechaza y condena. La santidad de Jehová es el mismo corazón de su apariencia en “la gloria de Jehová”. En esta apariencia especial y también aparte de ella, su “gloria” designa su absoluta majestad, sabiduría, bondad y dominio sobre toda la creación (Sal 8; 19; 66:1-8; 93:1-4; 97:1-7; 104; 113), mientras su “santidad” o su “santo nombre”, como explícitamente se llama en el Salmo 99:3; 105:3, siempre tiene como base su obra salvadora.

De esta santidad de su esencia y obra, aquel pueblo al cual él ha escogido dándole preferencia como su propia posesión, tiene el nombre de nación santa, sus santos, la comunión de los santos. Él los ha santificado y los ha hecho suyos por medio de la sangre del pacto de Jesucristo. Han sido “lavados... santificados... justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (1 Cor 6:11). “Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha” (Efe 5:25-27, compárese Col 1).

Esto comienza a materializarse para los Hijos de Israel en Sinaí. El Señor, que ha escogido esta nación para ser su tesoro especial para siempre, es santo, el Santo; por tanto la nación que tendrá comunión con él para siempre también tiene que ser santificada.

La imagen terrenal de esta santidad del Señor y de sus santos es luz. Se cubre con luz como con una vestidura (vea Sal 104:2). Habacuc ve al Señor que viene del sur; ve al Santo cuando viene del monte Parán y dice: “Y el resplandor fue como la luz; rayos brillantes salían de su mano” (Hab 3:4). Como Redentor de su pueblo es la luz de Israel (Is 10:17), y la luz de los gentiles (42:6; 49:6 y frecuentemente). El Señor Jesús se llama a sí mismo la luz del mundo (Juan 8:12; 12:46). 1 Juan 1:5 llama a Dios una luz en la cual no hay tinieblas. Pero también sus creyentes, como gente santa, en sus palabras y conducta son la luz del mundo (Mat 5:14; 2 Cor 6:14; Efe 5:8-9; Fil 2:15). Asimismo Ezequiel describe la forma de “la gloria de Jehová” como una gran nube llena de fuego que brillaba alrededor y afirma que el centro de ese fuego era muy brillante. De esta forma indica la santidad como el mismo corazón de la apariencia.

De esto resulta otro aspecto del concepto de “gente santa” así como se atribuye al sacerdocio real que el Señor ha tomado para ser su propia posesión. Se conecta con el nombre “el Santo de Israel” que ya aparece en los Salmos 78 y 89, y después en el profeta Isaías como la designación normal del Señor en la relación mutua de gracia entre él y su socio en el pacto, Israel. Se ha vinculado con Israel “sea que empeore o mejore su suerte” contra todos los enemigos de él y de ellos dentro y fuera de las posesiones y dominio de Israel. “Bendeciré a los que te bendijeren, y maldeciré a los que te maldijeren” (Gén 12:3). “No temas, Abraham: Yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande” (15:1). “Tu descendencia poseerá las puertas de sus enemigos” (22:17).

Por esta razón después de los capítulos de bendición de Isaías (9-12), siguen en los capítulos 13-23 las profecías de destrucción para todas las naciones que son hostiles a Israel, y en el capítulo 24 la profecía de la destrucción de la ciudad apóstata. Por esta razón Moisés, ya en Deuteronomio 4 y 32, pone delante de la nación todas las maldiciones que vendrán sobre ellos si quebrantan el pacto hecho con el Señor. Todos los profetas están llenos de las más severas amenazas contra los sacerdotes infieles, los reyes impíos y los falsos profetas en su propia nación — todo esto para proteger a su pueblo especial. “Lo guardó como a la niña de su ojo” (Deu. 32:10sig). “No consintió que nadie los agraviase, y por causa de ellos castigó a los reyes” (Sal 105:14). Y a todos los enemigos se les dice lo que está escrito en el versículo 15: “No toquéis, dijo, a mis ungidos, ni hagáis mal a mis profetas”.

Así como se aplica a los profetas, se aplica a todo el pueblo al cual él ha traído a sí mismo sobre la base de su pacto con Abraham; se aplica en su totalidad y en sus miembros individuales en cuanto están y permanecen en el pacto del Señor. También ahora y siempre se aplica a cada cristiano del Nuevo

Testamento. En Isaías 43:3,4 leemos: “Yo Jehová, Dios tuyo, el Santo de Israel, soy tu Salvador; a Egipto he dado por tu rescate, a Etiopía y a Seba por ti. Porque a mis ojos fuiste de gran estima, fuiste honorable, y yo te amé; daré, pues, hombres por ti, y naciones por tu vida”.

Promesas como éstas, si no en las mismas palabras, llenan toda la Escritura, el Antiguo al igual como el Nuevo Testamento. Con Abraham estamos bajo el mismo escudo, protegidos contra todos los enemigos. Todo el que nos aborrece, insulta, calumnia o ataca tiene que tratar con el Dios que nos ha aceptado en su gracia. Como suyos somos santos, sagrados, inviolables.

Por lo anterior naturalmente debemos ser santos por nuestra parte en toda nuestra vida y obra. “Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación” (1 Tes 4:7). “Nos escogió... para que fuésemos santos y sin mancha delante de él” (Efe 1:4). “Sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo” (1 Ped 1:15sig). No ser santos ahora sino andar según las lascivias de la carne, después que Dios nos ha lavado y nos ha hecho sus santos, significaría pisotear al Hijo de Dios, contar la sangre del pacto con la cual fuimos santificados como una cosa inmundicia y agraviar al Espíritu de gracia (Heb10:29). Para cualquiera que actúa de esta forma, la gracia de Dios se convierte en el motivo de su condenación.

Al final de Éxodo 19:6 leemos: “Éstas son las palabras que dirás a los hijos de Israel”. En las palabras anteriores Dios ha expuesto la base, el contenido y las exigencias del pacto que estaba a punto de ratificarse, y había mandado a Moisés presentar estas cosas a los ancianos del pueblo. Moisés lo hizo y volvió al Señor con el consentimiento de todo el pueblo. Luego el versículo 9 nos dice: “Entonces Jehová dijo a Moisés: he aquí, yo vengo a ti en una nube espesa (en la espesura de la nube) para que el pueblo oiga mientras yo hablo contigo, y también para que te crean para siempre”. Con esto se nos dice que el Señor hablará personalmente con la nación de la misma forma como lo ha hecho con Moisés, a saber, desde las tinieblas de la nube que escondió “la gloria de Jehová”, el fuego y el brillo de la luz, de los ojos humanos.

No debían ver al Señor ni en la reflexión de este esplendor de su esencia, sino más bien deberían oír su voz divina y de esto reconocerlo como el Señor y creer en él. Esto prefigura el método y la manera en que quiere obrar la fe en el corazón de los hombres. “Bienaventurados los que no vieron, y creyeron”. “Así que, la fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios (por medio de lo que es hablado acerca de Dios)”. Es una de las enseñanzas de mayor importancia de las Escrituras, la cual ninguno de los padres apostólicos o posteriores de la iglesia ha reconocido en la misma profundidad y claridad y la ha afirmado y escrito en las confesiones de la iglesia como Lutero: “Que Dios no da a nadie su gracia o Espíritu si no es con o por la palabra previa y exterior” (Artículos de Esmalcalda, III, Art. VIII:3. Sobre la confesión). Véase el artículo en toda su exposición.

Desde el tiempo del paraíso hasta el día de hoy, Dios no ha revelado su consejo de salvación de ninguna otra forma sino por medio del habla, del lenguaje, por palabras y conceptos humanos. Es cierto, utiliza para presentar tales cosas también manifestaciones simbólicas tales como la “gloria de Jehová”, sueños, visiones, pero éstos permanecen inseguros a menos que se agregue la palabra de Dios hablada o escrita por Dios en lenguaje humano.

El habla humana, al tomarla Dios en su boca, primero hace inteligible, clara y segura para nosotros los

humanos la imagen que primero la vieron los ojos del cuerpo o del espíritu. Jacob rechaza indignado el sueño de José acerca del sol, la luna y las siete estrellas inclinándose ante él a menos que José pueda presentar una palabra divina que interprete el sueño. Las Escrituras advierten en contra de los que inventan cosas acerca de la palabra de Dios. Aun por medio del asno de Balaam, Dios o su ángel primero tiene que hablar en forma humana para que Balaam sepa qué hacer. La visión del profeta Isaías (cap. 6) primero fue clara a él mediante la palabra hablada del Señor; y cuando Pablo (2 Cor. 12) “fue arrebatado hasta el tercer cielo, donde oyó palabras que no le es dado al hombre expresar”, estas palabras lo beneficiaron. Pero no podía compartirlas con nosotros porque no se le permitió, ni era capaz de expresarlas en lenguaje humano. Rechazaba hablar en lenguas desconocidas mientras no era acompañado con una interpretación para el entendimiento humano natural, *ῥους, φρενες*, por medio de habla humana clara y sin ambigüedad (1 Cor 14). Compare la imagen que se usa en 1 Cor 13 acerca de las melodías claras o inciertas y los tonos de los instrumentos sin vida.

Como si fuera sobre un fundamento externo establecido por Dios mismo — o sea, sobre la claridad gramático-retórica de la palabra de Dios hablada o escrita — así todo nuestro conocimiento y seguridad de la salvación, toda nuestra fe y santificación, todo el consuelo y la fortaleza de los cristianos en la angustia y en la muerte, y toda la unidad de la iglesia descansa sobre esta base humana. Todas las apariencias que afectan los sentidos, inclusive el *kabhodh JHWH*, todas las señales y maravillas sólo pueden y deben fortalecer y confirmar la impresión mental de que la palabra humana hablada es de hecho la palabra del Dios todopoderoso — esto para el consuelo de los creyentes y para privar a los incrédulos y los desobedientes de cualquier excusa.

El poder espiritual que produce la fe, la conversión, la santificación las ha puesto Dios sólo en la palabra humana hablada o escrita por él. Son, es cierto, palabras del lenguaje y habla humana a las cuales Dios se adapta para hacerse entender y accesible. Sin embargo, el sentido de las palabras, los pensamientos, el consejo, el plan de salvación con el gran centro, Cristo, y todos sus detalles — todos éstos son exclusivamente de Dios. Está muy por encima de todo pensamiento humano como lo está el cielo por encima de la tierra; sí, a todos los judíos es un tropezadero y a todos los griegos necedad (1 Cor 1). Es la sabiduría misteriosa, escondida de Dios, la cual Dios ha ordenado para nuestra gloria antes de fundar el mundo. “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Cor 2:9; Is 64:4).

Esta palabra es el poder de Dios para salvación, el fuego de Dios, el martillo de Dios (Jer 23:29)), “viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Heb. 4:12). “No volverá a mí vacía” (Is 55:11). Dios lo ha determinado, y así será, y ha puesto su Espíritu en la palabra. Por esta razón prospera en todo para lo cual Dios lo envía. Por eso nosotros estamos absolutamente obligados a ella.

Aquí en conexión con Éxodo 19:9 la promesa de que Dios vendría a Moisés en la nube espesa y hablaría personalmente con él tenía el propósito adicional de certificar a Moisés delante del pueblo de una vez por todas como su siervo y el mediador nombrado por él, para que le creyeran siempre. De la misma manera la certificación divina del llamamiento que la iglesia nos da no está en señales y maravillas, sino más bien en esto, que permitimos que Dios hable por medio de nosotros.

Ahora se le manda a Moisés santificar y preparar al pueblo para el tercer día cuando Dios mismo

hablará con ellos. Pone un cerco alrededor del monte para que nadie del pueblo lo toque. Deben lavarse la ropa y abstenerse de estar con sus esposas y esperar a que aparezca el Señor.

Cuando llegó la mañana del gran día, “vinieron truenos y relámpagos, y espesa (*khabedh*) nube sobre el monte, y sonido de bocina muy fuerte” (Éxo 19:16). Con este propósito se creó precisamente una tormenta de truenos natural excepto que los truenos (*qoloth*) y los relámpagos (*b'raqim*) fueron demasiado fuertes. A esto se agregó la nube negra especialmente amanezadora que subía sobre la montaña y el toque agudo de una trompeta sobremanera fuerte. Este toque de la trompeta se utiliza más tarde en varias circunstancias: en particular para anunciar el año del jubileo y otras fiestas, luego para señas en la guerra y las batallas, y finalmente en Mateo 24, 1 Corintios 15 y 1 Tesalonicenses 4 como la trompeta del último juicio. (Compare las trompetas de los siete ángeles en el libro de Apocalipsis). Aquí obviamente tenía la intención de fortalecer los efectos de temor y horror producidos por la tormenta que subía y para convocar al pueblo ante el monte. “Y se estremecía todo el pueblo que estaba en el campamento. Y Moisés sacó al pueblo fuera del campamento para recibir a Dios; y se detuvieron al pie del monte” (19:16,17).

Estas apariencias no eran todavía la verdadera “gloria de Jehová”, sino sólo el anuncio majestuoso de su venida, indicando que la revelación inminente de Dios era sumamente seria. Se nos informa de la apariencia de “la gloria de Jehová” por primera vez en el versículo 18 en la forma: “Todo el monte Sinaí humeaba, porque Jehová había descendido sobre él en fuego”. El fuego, la luz, el brillo es el verdadero retrato de la gloria de Dios.

Con la apariencia del Señor en el fuego se hacen más fuertes las señales de terror que la acompañan. Sobre el monte están los relámpagos y los truenos y las altas nubes espesas. Como si fuera encendido con el fuego con el cual descendió el Señor, las nubes de humo de toda la montaña suben hacia el cielo como el humo espeso de una chimenea. Toda la montaña se estremecía como si se despedazara. Parecía como si el cielo y la tierra se fundirían y volverían al caos. Se hizo más y más fuerte el sonido de la trompeta, obviamente para intensificar el terror que se había apoderado del corazón del pueblo.

El versículo 19 sigue diciéndonos: “Moisés hablaba, y Dios le respondió con voz tronante”. Moisés sabe que él es el mediador para el pueblo; sin embargo él mismo está completamente aterrado por los terribles acontecimientos. No sabe cómo y en qué momento debe intervenir y pide que Dios lo guíe. Se le da la respuesta, no mientras Dios está descendiendo, sino sólo después que el Señor ha llegado a la cumbre del monte. Luego cita a Moisés allí para decirle que debe otra vez advertir más agudamente al pueblo en contra de pasar los límites para llegar al Señor.

Moisés se sorprende porque el primer mandato ya lo hizo imposible. Pero la repetición del mandato es totalmente consistente con todos los asuntos aquí escritos. El Señor quiere ratificar su pacto con el pueblo. Quiere proclamar esta ley del pacto, la cual es obligatoria para ellos como individuos y como nación, proclamarla con su propia voz divina en sus oídos en palabras que ellos comprendan. Para ellos el pacto debe ser santo e inviolable en todo detalle. Pero el Señor conoce bien la desobediencia, la inestabilidad, y lo duro de cerviz de esta nación. Sabe de antemano qué tan pronto y con cuánta frecuencia quebrantarán el pacto. Por tanto utiliza todos estos modos para producir en ellos temor y temblor para guardarlos contra la transgresión y la destrucción.

Por esta razón leemos en el capítulo 20:18-20: “Todo el pueblo observaba el estruendo y los relámpagos, y el sonido de la bocina, y el monte que humeaba; y viéndolo el pueblo, temblaron, y se pusieron de lejos. Y dijeron a Moisés: Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos. Y Moisés respondió al pueblo: No temáis; porque para probaros vino Dios, y para que su temor esté delante de vosotros, para que no pequéis”.

Todas estas apariencias, todas estas preparaciones del pueblo (19:10-15) son para grabar en los corazones la santidad de Dios como su Dios de gracia, la terrible seriedad de sus mandamientos, el celo del Señor (20:5-7) por su palabra y su honor, para que sean santos porque él es santo. Por eso también el decreto que prohíbe a los sacerdotes y al pueblo traspasar los límites para llegar a la presencia del Señor, “para que Jehová no les despedace”. (Traducción de Lutero). Sólo Moisés y Aarón deben subir.

De esto se hace evidente por qué en la ratificación del pacto el Señor o “la gloria de Jehová” aparece en una forma que causa tanto terror precisamente en conexión con la proclamación de la ley del pacto. En la historia de Israel, y por cierto en la historia del Nuevo Testamento, nunca volvemos a encontrarla en esta forma. Aquí en el principio, el pueblo — que Dios ha tomado para sí mismo por gracia y por amor a Abraham, para llevar a cabo sus grandes pensamientos de salvación para el mundo entero, — debe aprender a conocer, por encima de todo lo demás, su apariencia que asusta y amenaza. Tiene que aprenderlo porque son hijos menores espiritualmente que se comportan mal, son indisciplinados, duros de cerviz, de modo que sólo una ley de hierro y una amenaza constante de castigo podría limitarlos. De hecho tienen que aprender a conocer a Dios ya ahora como el Dios de toda gracia y misericordia; pero la plenitud de su gracia gloriosa, como se retrata en el *kabodh JHWH*, amanecerá sobre ellos sólo después que hayan experimentado la gloria de la ley de Dios en su corazón. Solamente después en el capítulo 24, después de dar la Ley, se habla de esto.

La apariencia de la gloria de Jehová en la promulgación de la Ley del pacto en Sinaí es, cuando se compara con las apariencias anteriores, deliberadamente sin paralelo en su efecto aterrador para el pueblo que de hecho ya había sido recibido en la gracia, y que como simiente de Abraham, Isaac e Israel estaba tan cerca al corazón de Dios. Con brazo fuerte lo había rescatado de la tiranía de Faraón. Desde entonces lo llevó sobre alas de águila, maravillosamente le había proporcionado comida y bebida, acababa de coronarlo victoriosamente sobre Amelec, y ahora se preparaba para hacerlo el pueblo más glorioso de la tierra como reino de sacerdotes y nación santa, su propia posesión valiosa.

Mediante la ratificación solemne de un pacto ahora quería ponerlo en su brazo fuerte y misericordioso como una *s'gullah* preciosa, para guardarlo con cuidado y preocupación, cumplir todas las promesas a Abraham sobre este pueblo y ejecutar su plan de salvación para todas las naciones como fue comprendido en Cristo, la Simiente de Abraham *Κατ' ἐξοχην*. Ésta desde luego fue una relación de padre e hijo entre el Señor e Israel.

¿Por qué, entonces, señales que dan tanto terror precisamente en la ratificación misericordiosa del pacto? Encontramos la respuesta primero en las palabras del Señor (Éxo 32:9): “Yo he visto a este pueblo, que por cierto es pueblo de dura cerviz”. Desde este tiempo en adelante (la idolatría con el becerro de oro) se mantiene la expresión como un rasgo nacional característico de Israel a través de todo el Antiguo Testamento, inclusive hasta Hechos 7:51 y 17:5, y se repite casi innumerables veces en expresiones similares. En consecuencia de este defecto nacional Israel finalmente pereció (Mat 23:37; Luc 19:41-44). Es notable, sin embargo, que en Éxodo 34:9 Moisés también presenta este rasgo del

pueblo ante Dios como una razón para otorgar más gracia y el perdón de los pecados. A pesar de la terquedad del pueblo, el Señor en persona irá con Israel para que perdone constantemente sus ofensas — *Avonenu* — y transgresiones — *chatthenu* — en contraste con la amenaza de 33:3: “no sea que te consuma en el camino”.

Compare aquí las palabras acerca de la paciencia de Dios frente a la maldad de la imaginación del corazón humano (Gén 8:21). El Señor por su gracia ha adoptado a este pueblo como sus hijos a pesar de que los conocía como duros de cerviz; ahora, si su plan iba a lograrse, tendría también que tener paciencia con ellos como un padre con un hijo de duro cerviz. Y el Señor dice sí y amén a esto (33:14-17), y lo lleva a cabo — por supuesto, con la reservación de 32:34: “en el día del castigo, yo castigaré en ellos su pecado”. La ratificación del pacto tiene señales tan terribles que acompañan la “gloria de Jehová” que asegura la gracia porque para “probaros vino Dios, y para que su temor esté delante de vosotros, para que no pequéis” (20:20), como Moisés dice al pueblo tembloroso para consolarlos.

Ponemos tanto énfasis en este punto porque el entendimiento correcto del pacto ratificado con Israel en el Sinaí, del plan de salvación del Antiguo Testamento en general, sí de toda la historia de Israel, depende de reconocer este mismo hecho, que el Señor en este pacto está tratando con el pueblo de Israel como a sus queridos hijos que están en su gracia. Frecuentemente se contrasta el plan del Antiguo Testamento como plan de la ley con la del Nuevo Testamento como plan del evangelio. Si se piensa que aquí al mismo tiempo se involucra una organización eclesiástica externa, esto tiene su justificación, pero sólo en forma limitada, concretamente, en que los hijos del pacto del Antiguo Testamento, como niños todavía inmaduros en entendimiento, fe y santificación, tenían que ser guardados bajo una disciplina externa mucho más estricta de la que se requiere para los hijos maduros del Nuevo Pacto (Gál 4:1-7).

Aquí tenemos la legislación sinaítica que comienza con los Diez Mandamientos básicos y se extiende a través de los “juicios” — los elementos fundamentales de la constitución teocrática — como los encontramos escritos en los capítulos 21 – 24:2 y luego repetidos en la renovación del pacto en el capítulo 34:1 – 35:3, junto con los reglamentos más precisos y minuciosos acerca de la construcción del tabernáculo y el servicio de Dios, que llevan los capítulos 25 – 31 en su totalidad y el 34 y 35 en parte. Después, se agregan revisiones y ampliaciones de los reglamentos para las condiciones en la tierra prometida que debe ser conquistada. Todo esto, porque ellos eran niños que habían sido recibidos en la gracia pero todavía niños sin capacitación, cuya posición externa bajo la Ley no difería de la de un siervo (Gál 4:1-3). Por tanto, por otro lado tenemos también una intervención mucho más rápida, mucho más frecuente, más severa del Señor con castigo externo tan pronto como su terquedad ponía en peligro los planes de Dios. Así toda la Ley con todas sus ordenanzas externas para ellos llegó a ser un guía para conducirlos a Cristo.

Esto no se aplica a nosotros los hijos del Nuevo Pacto. Por medio de la fe en Cristo quien ha aparecido hemos llegado a ser hijos maduros. Dios ha enviado al Espíritu de su Hijo en nuestro corazón, clamando, Abba, Padre. “Así que ya no eres esclavo, sino hijo” (Gál 4:6-7). La iglesia del Nuevo Testamento, habiéndose madurado, ya no tiene ni una sola forma externa divinamente prescrita, aun cuando se mira a la iglesia en su forma externa, “como aparece en el mundo”. Sólo tiene dones: el evangelio y los sacramentos con la comisión de administrarlos con rectitud; para esto otra vez tiene únicamente dones: apóstoles, profetas, evangelistas, pastores, maestros, capellanes, profesores de escuela y catequistas que deben administrar fielmente sus oficios. Ésta es la ley moral universal de Dios, dada a todos los mayordomos (1 Cor 4:2). Sin embargo, su organización externa en unidades

externas de confesión y trabajo, en congregaciones locales y parroquias, sínodos, iglesias a nivel de estado y nación, no es por institución divina sino es el resultado de la libre obra del Espíritu Santo a través del evangelio en el corazón de los creyentes y la libre adaptación a las condiciones externas. Desafortunadamente, en la practica el pecado que está en nosotros siempre lo perjudica otra vez.

Sin embargo, ya que la organización externa de la iglesia en el Antiguo Testamento tanto como en el Nuevo realmente tiene que ver con los hijos de Dios — allí con menores, aquí con hijos maduros; allí con los duros de cerviz, aquí en cuanto a sí mismos, también como tales; allí entremezclada con gente mala, y aquí también — por tanto, excepto en los puntos mencionados, no hay ninguna diferencia esencial entre el plan de salvación de Dios en el antiguo pacto y en el nuevo, ni en la aplicación de la ley ni la del evangelio. Los hijos del antiguo pacto, al igual como nosotros del nuevo, tenían que ser criados para el reino del cielo por medio de ley y evangelio, y nosotros tenemos necesidad de esto igual que ellos, porque esencialmente tenemos el mismo viejo Adán que tenían ellos.

Según el Espíritu los piadosos del antiguo pacto andaban en las leyes y ordenanzas del Antiguo Testamento con la misma libertad y gozo que los piadosos del Nuevo Testamento en todos los mandamientos de Dios. Compare el Salmo 119. Según el viejo Adán sufrían estas ordenanzas como una carga pesada y suspiraron por la ayuda que vendría de Sión, así como nosotros sufrimos por las imperfecciones de las formas externas de la iglesia y anhelamos que se nos libre de ellas con la perfecta libertad de los hijos de Dios. Los impíos en la iglesia del Nuevo Testamento se rebelan contra el orden divino y humano así como lo hicieron los de la iglesia del Antiguo Testamento. Por último, todo en el Antiguo Testamento tanto como en el Nuevo, la ley al igual que el evangelio, el castigo al igual que las bendiciones, es para los queridos hijos de Dios.

Esto lo vemos particularmente por el tono en que se da la ley (cap. 20). Dios habla estas diez “palabras”⁴ y la primera “palabra”⁵ que procede de su boca es una confirmación de su relación de gracia y paternidad con el pueblo. “Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre”. No hay evangelio más puro, más cariñoso en toda la Escritura que precisamente estas palabras. Se basan en el capítulo 3:13-17. Allí tenemos el significado etimológico del nombre Jehová: el único eterno, inmutable (compárese Heb 13:8; Apo 1:17,18; Rom 9:5; 1 Juan 5:20 como aplicación). Esta designación de sí mismo la vincula con la designación histórica: “Jehová, Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob” (3:15). “Éste es mi nombre para siempre; con él se me recordará por todos los siglos”. Este es el Dios de toda gracia en Cristo, el Dios de la promesa de gracia y del pacto de la gracia con la simiente de Abraham de Israel y de todas las naciones, como se expone este pacto en Génesis desde el capítulo 12 hasta el final.

Como este Dios de gracia se da en promesa a sí mismo al pueblo no sólo antes de la liberación de Egipto, — con frecuencia en una manera fundamental como aquí (Éxo 3) y particularmente en capítulo 6:2-7, — sino a través de la historia de Israel. La mención en particular de la liberación muy reciente de la casa de servidumbre de Egipto — como adición a las palabras: “Yo soy Jehová tu Dios” — sólo

⁴ Esto con frecuencia se ha discutido. La falta aparente de conexión entre 20:1 y el final del capítulo 19 da ocasión para esto. Deuteronomio 4 y 5 y muchos comentarios ocasionales antes del capítulo 10, sin embargo, no permiten dudar de que el Señor en su propia persona habló con voz humana y en lenguaje humano a Moisés y al pueblo en forma intelegible para todos. Esto sigue claramente también pro 20:19,20, y la repetición de la autodesignación de Dios (v. 2) en los versículos 5,7,12 elimina toda duda del asunto para los que creen en las Escrituras.

⁵ En base a Deuteronomio 4:13; 10:4 y otros pasajes los judíos cuentan el versículo 2 como la primera de las diez “palabras” o mandamientos del pacto.

pretende ser otra prueba real de que Dios ya se ha demostrado poderosamente como el misericordioso Dios de Israel. Asimismo la repetición triple de “Jehová tu Dios” en medio de la promulgación de los Diez Mandamientos (6, 7, 12) demuestra el tono paternal al dar la ley. Al lado de la doble amenaza de castigo en los versículos 5 y 7, la triple promesa de bendición se afirma en los versículos 6, 11 y 12.

Al mirar la repetición de la ley en Deuteronomio, particularmente en los capítulos 4 – 11:5, encontramos allí el corazón paternal de Dios, desde el cual fluyó, de una manera que es positivamente asombrosa, toda la legislación. Compara solamente el capítulo 7:9,10: “Conoce pues, que Jehová tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones; y que da el pago en persona al que le aborrece, destruyéndolo; y no se demora con el que le odia, en persona le dará el pago”. Las palabras como las que se encuentran en el capítulo 5:29: “¡Quien diera que tuviese tal corazón, que me temiesen y guardasen todos los días todos mis mandamientos para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre!” — 33:3: “Aun amó a su pueblo”, y el versículo 16: “Que la gracia del que habitó en la zarza venga sobre la cabeza de José”, no dejan ninguna duda de que el Señor habla en los Diez Mandamientos y en toda la legislación como el Dios de gracia a sus queridos hijos. Quiere advertirlos por medio de amenazas contra la apostasía y el pecado y mediante promesas invitar y constreñir al temor de Dios y a la conducta piadosa.

En vista de toda la gracia — de la cual había fluido toda la legislación en Sinaí tanto como los milagros previos y siguientes de bondad del Señor hacia Israel — Moisés clama: “Bienaventurado tú, o Israel, ¿quién como tú, pueblo salvo por Jehová, escudo de tu socorro, y espada de tu triunfo?” (Deu 33:29). En el mismo tono el Salmo 147:19,20 declara: “Ha manifestado sus palabras a Jacob, sus estatutos y sus juicios a Israel. No ha hecho así con ninguna otra de las naciones; y en cuanto a sus juicios, no los conocieron”. Compare Salmo 103:7.

Para resumir: La legislación sinaítica, al igual que toda la legislación posterior no tiene el propósito de que por obediencia a ella Israel primero debería ser justificado ante Dios, perdonado, y recibido como hijo, sino más bien de que como un pueblo que ya era justificado, perdonado y recibido como hijos por el pacto de gracia de Abraham ahora también debería de andar con acciones de gracias y fielmente en los caminos misericordiosos de su Dios misericordioso. La ley de Sinaí tenía precisamente aquel propósito que la Fórmula de Concordia llama el tercer uso de la ley — el *tertius usus legis*.

Con esto no se excluyen los otros dos “usos” de la ley: “Primero, para que por medio de ella se mantenga una disciplina externa y así se repriman las manifestaciones de rudeza y desobediencia de los hombres...; segundo, para que los hombres sean conducidos al verdadero conocimiento de sus pecados” (Fórmula de Concordia, Epítome, VI, 1). Porque el Señor hizo el pacto en Sinaí con toda la simiente física de Abraham e Isaac. Esta simiente creció hasta ser un pueblo grande en Egipto. Dios lo había sacado de Egipto, y debería mantenerse intacto como un pueblo hasta que viniera la Simiente única, Cristo, aunque incluía mucha simiente falsa, muchas personas impías. Conforme a los planes de Dios, Israel también tenía que llegar a ser una nación, una nación teocrática (una teocracia), que mantendría unido este pueblo de Abraham de manera externa. Y a los impíos en Israel la ley se aplicaba con toda naturalidad también conforme a su primer uso. El segundo uso se aplicaba a los impíos y a los piadosos, a los últimos en la medida en que también tenían pecado que se adhería a ellos.

De cualquier forma, sin embargo, tenemos que mantener firmemente que la Ley del Sinaí, y el pacto

del Sinaí basado en ella, en primer lugar era para la simiente piadosa de Abraham, los queridos hijos de Dios. Porque se fundaba en el pacto de Dios de la gracia con Abraham, que de una vez y para siempre claramente reveló el consejo eterno y universal de Dios de salvación acerca de todas las naciones y todos los individuos. Hay sólo uno, y siempre es esencialmente el mismo para todos los pecadores, ya sean judíos o gentiles o lo que fueran. La voluntad de Dios siempre permanece igual, su santa voluntad y su misericordiosa voluntad, su ley y su evangelio.

Cuando hablamos de diferentes usos de la ley, no es como si hubiera diferencias en la naturaleza de la ley. Más bien se trata de la naturaleza diferente o similar de las personas con quienes la ley, que en sí siempre queda la misma, se enfrenta. Esto es evidente ya en la palabra “uso”, que, en fin, no implica otra cosa sino una aplicación a una persona o por medio de ella, que Dios *a posteriore* o desea o no desea que se haga porque una persona es constituida de esta manera, otra persona de la otra. Pero lo que está inherente en la ley misma se aplica a todos los hombres en forma semejante. Para todos los pecadores sin excepción es un freno, un espejo y una regla.

Lo mismo pasa con el evangelio. Predica la gracia a todos los hombres sin distinción, ya sea que la aceptan o la rechacen, a los impíos a pesar de su impiedad, y a los piadosos a pesar de su piedad. Es sólo el uso variado de él que produce la distinción en el juicio subsiguiente de Dios (Mar 16:15-16), mientras su propósito *a priori* y su eficacia inherente nunca es otra cosa que el poder de Dios para salvación.

Así la legislación en el Sinaí con todos sus mandamientos y todos sus fenómenos misericordiosos y amenazadores era para todo el pueblo sin excepción, los impíos y los piadosos. El corazón de Dios era igual hacia todos en su carácter como el corazón de Jehová, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, “¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira y grande en misericordia y verdad” (Éxo 34:6). No es como si la apariencia de “la gloria de Jehová” fuera sólo para los piadosos y los fenómenos amenazadores que la acompañaban para los malvados, sino las dos cosas eran para las dos clases de personas. El hecho de que un grupo usó falsamente, y el otro usó apropiadamente los dos fenómenos determinó su destino diferente.

Lo que quisiéramos establecer con claridad en conexión con la revelación de Dios en el Sinaí, en vista de la apariencia única de “la gloria de Jehová” en un marco tan serio y amenazador, es el hecho de que la gracia es el verdadero y único principio y — *sit venia verbo* — motivo de todos los tratos de Dios en la iglesia y el mundo — si se entendiera esto correctamente.

Conocemos sólo a un Dios revelado. En la medida en que es un Dios escondido no tiene nada que ver con nosotros. Y el Dios revelado es siempre el mismo con toda la gente y bajo toda circunstancia. Nos dice esto en Éxodo 3:14: “Yo soy el que soy”, o “seré el que seré”, o “seré el que soy”, o “soy el que seré”. Estas palabras, de las cuales se forma el nombre Jehová, expresan la naturaleza eterna e incambiable de la esencia divina, del ser absoluto; yo soy el Dios verdadero. Y la designación histórica que se da a este Dios verdadero: “Jehová Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob”, lo caracteriza precisamente como el Dios de gracia.

El Dios eterno, inmutable es el Dios de gracia. Y eso no solamente desde el tiempo de Abraham sino desde la eternidad hasta la eternidad. Nunca fue otra cosa y no lo es ahora y nunca lo será. Fue el Dios

de gracia antes de todos los siglos y lo es durante todo el tiempo y lo será al final de todo tiempo y después de todo tiempo. Esto también se expresa en la palabra de Hebreos 13:8: “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”.

Dios no es principal y esencialmente un Dios de ira sino sólo un Dios de gracia infinita, así como se proclama en Éxodo 34:6. Nosotros los seres humanos por medio de nuestra apostasía hemos convertido su gracia en ira para nosotros, sin que esta gracia en sí llegue a ser otra cosa. Dios ha establecido su gracia como el “juicio” y “la ley” eternamente fijos en su reino, por medio de su siervo Jesucristo (Is 42:1-4). Y esto también en su gobierno del mundo. Este “juicio”, esta “ley” de gracia alcanza hasta los cielos, y su verdad hasta las nubes (Sal 36:5; 57:10; 108:4), y reina hasta que el hombre con su deserción neutralice su dominio.

No habría ira ni castigo en la gran creación de Dios si antes no hubiera habido amor, bondad y gracia de Dios. Primero Dios se acerca a cada persona en bondad y gracia, también al pecador a pesar de su pecado. Aun sus mandamientos para los hombres pecaminosos en sí son, como el mandamiento o la prohibición en el paraíso, pura bondad y gracia, poder y espíritu (Rom 7:7 sig.). Solamente el pecado, la carne en el hombre hace la ley “débil”, impotente, y convierte lo que nos fue dado para vida en algo que trae la muerte (Rom 7:7 sig.; 8:3). Sólo el rechazo de la gracia de parte nuestra lo cambió para nosotros en ira y perdición.⁶

⁶ Ninguna persona con entendimiento considerará esto una mezcla de ley y evangelio. Cuando Pablo presenta ley y evangelio, gracia e ira, como opuestos uno frente al otro, sólo se preocupa de la justificación del hombre que ha caído de la gracia y es culpable y sujeto a la ira, preocupado para que el hombre sea restaurado a la gracia. La justificación no viene por las obras de la ley que el hombre no espiritual hace, ni por el remordimiento, “arrepentimiento” o mejoramiento que el hombre mismo hace. Los cristianos necesitamos saber que la gracia no puede ser ganada por nosotros los seres humanos que tenemos tanto antagonismo hacia la gracia. Esto en primer lugar porque el mismo deseo de ganar la gracia no es otra cosa que el rechazo de la gracia. Porque las obras y la gracia son opuestos conceptuales y morales que se excluyen mutuamente (Rom 11:6).

En segundo lugar, esto también es el caso porque entre la gracia y el que debe ser justificado no hay lugar para ganar la gracia. Porque antes de cualquier ganar o deseo de ganarla de su parte, la gracia ya está allí para el que debe ser justificado. Finalmente es la misma cosa. Todo el que quiere ganar la gracia convierte a Dios en un Dios que por naturaleza es duro y cruel, y convierte en mentiroso al Dios salvador que invita a todos los que están trabajados y cargados a él mismo. Sin embargo, no es un mentiroso. Él es la Verdad y la Vida. No vino para condenar al mundo, sino para que el mundo fuera salvo por él (Juan 3:17).

A Dios nunca se le llama ira en la Escritura, pero la Escritura sí dice: “Dios es amor” (1 Juan 4:16). Es misericordioso y piadoso, longánime y abundante en gracia y verdad (Éxo 34:6) y sigue siendo fiel y no puede negarse a sí mismo (2 Tim 2:13). Si somos juzgados y finalmente condenados, no es porque el Dios misericordioso se ha convertido en un Dios airado — no, Yo soy el que soy, y seré lo que soy — Jesucristo, el mismo ayer, y hoy y por los siglos (Heb 13:8) — sino nosotros mismos hemos preparado y ganado para nosotros plenamente la ira y condenación porque no quisimos ser salvos por la gracia.

La gracia estuvo tan cerca de nosotros como nuestro propio piel, sí, mediante la palabra estaba en nuestros oídos, nuestra boca y nuestro corazón (Rom 10:8). La respiramos en el aire que nos rodea; llena cielo y tierra (Sal 108:4). Es tan omnipresente como Dios, como Jesucristo mismo. Nos persigue y nos busca, se impone a nosotros y no nos deja. Sólo no debemos echarle la espalda sino volvernos directamente hacia ella. Sólo ella logra todo. La gloria de Jehová se viste en un fuego brillante y relámpagos y truenos y en el sonido de una fuerte trompeta cuando quiere asustar, impresionar a los corazones y mentes con su inviolabilidad, y advertir contra la apostasía; y está entronado en el sereno esplendor del cielo cuando quiere consolar y fortalecer. “Porque Jehová es bueno; para siempre es su misericordia, y su verdad por todas las generaciones” (Sal 100:5). Dice a todo el que busca la gracia: ¡Aquí estoy, sólo cree!

La gracia — Jesucristo y su congregación — antes de todo el tiempo fue el primer pensamiento y plan de Dios (Col 1, Juan 1, Heb 1, Apo 1), el Alfa y la Omega de todos sus caminos. De su gracia, en la gracia, para la gracia Dios creó el mundo — como la esfera del dominio del hombre a quien crearía. De su gracia creó al hombre a su imagen, y lo puso como su representante soberano (*Untergott*) sobre la tierra. De su gracia lo colocó en el paraíso y le prohibió el árbol del conocimiento del bien y del mal. Sólo cuando había pecado contra esta gracia, vino — no la ira — sino la promesa misericordiosa de la Simiente de la mujer y luego la maldición sobre toda la existencia terrenal del pecador y su morada futura como una cruz misericordiosa. Ésta como una ley constantemente efectiva debería empujarlo a Cristo a causa de su depravación pecaminosa. Y mientras esta maldición para los que gozan de la gracia por la fe se convierte en una bendición por la gracia, *la gracia despreciada* resulta en el rechazo de los descendientes de Caín.

Y así procede la historia siguiente: gracia siempre nueva, y sólo entonces, a causa de la gracia que es despreciada, el rechazo de las generaciones — no a causa de su transgresión de la ley, porque en la eterna Simiente de la mujer, Jesucristo, que en el futuro aparecería en la carne, su transgresión de hecho no fue imputada contra los pecadores, sino ya había sido perdonada desde la eternidad. Gracia para Noé y su familia, paciencia y tiempo de gracia para la demás gente, y luego el diluvio porque ya no querían que el Espíritu de gracia reinara entre ellos. Gracia para los descendientes de Noé y después su rechazo porque ellos despreciaron la gracia; nueva gracia hacia Israel en Egipto y en el Sinaí y el rechazo final de Israel — ¿Por qué? “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, ...cuantas veces quise juntar a tus hijos ... y no quisiste! He aquí vuestra casa os es dejada desierta” (Mat 23).

Todos los profetas desde Moisés y la ratificación del pacto en el Sinaí proclaman su Dios antiguo en su gracia antigua a Israel, ningún Dios nuevo con otra disposición diferente a la que se había revelado al padre Abraham. No llegaron a Israel en ninguna otra forma sino en el nombre de aquel que se había revelado a la nación escogida por medio de Moisés con el nombre de Jehová — “el Señor”. Sus credenciales y su mensaje en todo tiempo y en toda ocasión fue “así dice Jehová”, “la boca de Jehová lo ha declarado”, “Jehová ha dicho”, “oíd palabra de Jehová”.

Éste fue el nombre antiguo del Dios de gracia, que no abandonó su posesión valiosa sobre la cual había derramado en abundancia su gracia hasta que este pueblo incorregiblemente se endureció contra la gracia que fue puesta sobre ella siempre en mayor riqueza y urgencia. Y cada nueva revelación en Israel fue una nueva demostración de gracia en promesa, mandato, amonestación, advertencia, amenaza, invitación. El que quisiera aprender a conocer en palabras resumidas concisamente la ley que se observa por el Dios revelado en su reinado en la tierra, sólo tiene que juntar el principio y el final del libro de Isaías: “Crié hijos, y los engrandecí, y ellos se rebelaron contra mí” (el Dios de gracia) (1:2). Sí — “su gusano nunca morirá, ni su fuego se apagará, y serán abominables a todo hombre” (66:24).

Y “el Señor” ha observado esta misma regla en el nuevo pacto: nueva gracia, luego rechazo a causa del desprecio a la gracia. Juan el Bautista, el Señor encarnado (Jehová) mismo, y los apóstoles — el endurecimiento de sus corazones contra la gracia de parte de los judíos y luego — Tito. Y aquí citamos la palabra conocida de Lutero acerca de la palabra y la gracia como “un aguacero pasajero, que no vuelve a donde había estado” en su escrito: *A la nobleza de todas las ciudades de Alemania para que establezcan y mantengan escuelas cristianas*.⁷ Escribió las palabras como una seria advertencia a sus hermanos alemanes en la fe porque el desprecio de la gracia que él había predicado se extendía como

⁷ LW 45:352

una inundación. “Y ustedes los alemanes no deben pensar que lo tendrán para siempre (el aguacero de la palabra y la gracia); porque la falta de gratitud y el desprecio no permitirán que se quede”.⁸

Así sucedió, y tenía que suceder así. El Dios de gracia lo había dicho: “no os engaños; Dios no puede ser burlado” (Gál 6:7). “Lo que se fue, se fue”. En la iglesia ahora quieren el compromiso con todo pecado y toda clase de incredulidad, y en su país tienen la “paz” de Versalles y la agresión mutua de los partidos así como los judíos en Jerusalén durante el sitio de los romanos.

Se aplica la palabra a nuestra iglesia en América también, y a nuestro país. Hemos tenido la lluvia de la palabra de gracia por casi cien años. La falta de gratitud y el desprecio, el pecado contra la gracia, avanza rápidamente y no permitirán que se quede. “La gloria de Jehová” — Jesucristo — todavía brilla para nosotros en su luminosidad celestial de la palabra pura. Pero esta gloria para nosotros está rodeada hoy y siempre como en el Sinaí de las señales amenazadoras para una advertencia: “para que su temor esté delante de vosotros, para que no pequéis” (Éxo 20:20). De hecho, la situación todavía no es *Icabod*, porque el arca del testimonio, la pura palabra de gracia, todavía no se nos ha quitado. Pero si no se puede frenar el desprecio de la gracia, entonces — tan seguro que es que la palabra de Dios es la palabra de gracia — el arreglo universal del reino de Dios se cumplirá también contra nosotros: “y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin” (Mat 24:14). Esto es lo que la forma especial de “la gloria de Jehová” en el Sinaí nos predica.

III

“Y vieron al Dios de Israel; y había debajo de sus pies como un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno... y vieron a Dios, y comieron y bebieron”. (Éxo 24:10-11).

Ahora volvemos a varios fenómenos muy significativos de “la gloria de Jehová” en el Sinaí.

Después que el Señor en medio de aquellas señales aterradoras con su propia voz había proclamado los Diez Mandamientos como la ley fundamental del pacto que debería ratificarse con el pueblo, “Moisés” — y Aarón con él (19:24) — “se acercó a las tinieblas espesas en donde estaba Dios”, desde donde Dios había hablado al pueblo (19:9,16,18).

Lo que Moisés allí recibió leemos en 20:22-26 y en los capítulos siguientes 21 – 23, que debe incluir los primeros dos versículos del capítulo 24. Las palabras en 20:22-26 son muy generales, válidas para todo tiempo en el futuro, pero también se refieren al altar que Moisés debería construir inmediatamente para la ratificación del pacto (24:4 sig.). Los *mishpatim* que están escritos en los capítulos 22 – 24:2 son las leyes fundamentales de la organización nacional de Israel — su constitución como nosotros diríamos. Comienzan con la forma general en que el Señor quiere que Israel lo adore, del 21:1 – 23:13 tratan de la conducta del pueblo del pacto unos con otros, enseñan en 23:14-19 los reglamentos

⁸ LW 45 352.353.

fundamentales religiosos incluyendo las tres grandes fiestas y sacrificios, y terminan con advertencias serias contra la infracción y con promesas de bendición para la obediencia.

Luego Moisés bajó al pueblo, le contó todas las palabras del Señor, concretamente todos estos “juicios”, y de inmediato recibió la respuesta: “haremos todas las palabras que Jehová ha dicho” (24:3). Luego Moisés escribió todas las palabras del Señor en un libro, y así todo estuvo listo para *la ratificación formal del pacto*.

Según 24:1-11 consistía de las siguientes acciones: 1. Moisés edifica un altar como un lugar de la presencia del Señor y, probablemente alrededor de él, coloca 12 columnas como una representación simbólica de la presencia de las doce tribus — una representación del Señor y de Israel como los partidos que contraen el pacto. 2. La presentación de los holocaustos y ofrendas de paz de becerros, los primeros para expiación (Lev 1:1-9) o absolución del pueblo que ahora debería ser recibido en la comunión del Santo y que debería obligarse a él para servicio santo, la ofrenda de paz (Lev 3:1-3) como una evidencia de acciones de gracias por ser recibidos en la comunión con Dios. La sangre de las dos ofrendas en parte fue rociada contra el altar como señal de que ahora toda la vida de los que traían las ofrendas pertenecía al Señor en cuerpo y alma. 3. La lectura pública del libro del pacto y el consentimiento del pueblo, representado por los ancianos, a las exigencias y bendiciones del libro que les fue leído. 4. La aspersion del pueblo, representado por los ancianos presentes, con la otra mitad de la sangre sacrificial, como un acto que verdaderamente limpiaba la culpa del pecado y lo recibía en la comunión con Dios, junto con la aceptación misericordiosa de la ofrenda de paz como “olor grato”. 5. *La comida del pacto*, que seguía en relación inmediata a la ofrenda de paz.

En la ofrenda de paz el animal expiatorio no se quemaba completamente, como en el holocausto (Lev 1:9), sino sólo la grasa interna (Lev 3:3-5; 9-11; 14-16), mientras el pecho y el brazo derecho eran para el sacerdote, quien, después de presentar las primeras partes y la preparación apropiada de las dos, junto con su familia y su casa también podía comerlas en otros lugares “limpios” aparte del altar (Lev 10:13,14; Deu 16:10 sig.).

Probablemente resultó la practica posterior del arreglo que se hizo en esta ocasión (24:1) para Moisés y Aarón, los hijos de éste, Nadab y Abihu, y los 70 ancianos de Israel. Ellos ascendían a las tinieblas, que todavía cubrían el monte, ante el Señor para observar la comida del pacto en su presencia — aquí también se desempeñaban como representantes del pueblo entero.

Ahora las profundas tinieblas de la nube se convirtieron en pura luz. Se nos dice: “*Y vieron al Dios de Israel; y había debajo de sus pies como un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno*”. Literalmente la última oración se lee así en Hebreo: “y debajo de sus pies (fue) como una estructura de piedra de zafiro y como los mismos cielos en claridad (pureza)”.

Aquí hay peculiaridades notables. Parece extraño, en primer lugar, que no se dice del modo usual: “vieron la gloria de Jehová”, sino “vieron al Dios de Israel”. Sin embargo, esta designación tiene su base especial en esto, que por medio de la ratificación del pacto que acababan de hacer al pie de la montaña, el Señor, Jehová, también formal y externamente se había hecho el Dios de este pueblo, que en forma física estaba descendido del amado Jacob pero que — como él — ahora también se había hecho espiritual. Como tal ahora debería ser considerado y tratado por él. En el pacto ratificado no sólo

había toda la gracia especial prometida a la simiente de Abraham sino también toda obligación moral de una conducta verdaderamente espiritual basada en la fe y un temor sincero hacia Dios.

Además es de notar que aquí se habla de los pies del Dios de Israel, acerca de los cuales no se dice nada en apariencias anteriores del *kabhodh JHWH*. Las palabras indican que esta vez el Señor apareció en forma de un hombre, como se implica en Isaías 6:1 y se dice expresamente en Ezequiel 1:26 y Daniel 7:9,13. Hay muchas opiniones entre los intérpretes en cuanto a por qué el Señor aquí y ahora no se describe ya como apareciéndose en una forma completamente humana, pero éstas no son más que conjeturas. Sólo podemos establecer con seguridad que en el curso de la historia desde Abraham hasta Lucas 2; Mateo 17; Hechos 7:55; 9:3 sig.; y el Apocalipsis de San Juan, la forma del *kabhodh YHWH* se hace más y más clara y completa, como en general la revelación de Cristo.

La “estructura de piedra de zafiro” bajo los pies del Dios de Israel los intérpretes la conciben como un piso de piedras de zafiro, colocado ingeniosamente, *representando el piso de la expansión del cielo*, como Ezequiel 1:26 lo describe, excepto que allí lo sostienen las cuatro “criaturas” o querubines (versículos 22-25). Finalmente el color — el *zafiro o celeste* — no debe pasarse por alto, es el color de la majestad misericordiosa de Dios, ante la cual toda rodilla debe doblarse, de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra (Fil 2:10). Por tanto, sólo los gobernantes y el sumo sacerdote como los supremos representantes de Dios en la tierra tenían permiso de llevarlo en su ropaje oficial.

Para visualizarlo correctamente, se tiene que imaginar el celeste profundo y al mismo tiempo brillante del cielo del sur. La expresión hebrea *latohar* “en claridad” no parece muy apropiada para esto. Tiende a convertir el color en un celeste claro para nosotros, porque así vemos el cielo. Sin embargo, esto no es lo que quiere decir. Es para representar el azul, aunque un azul fuerte, como transparente, lúcido, brillante y radiante, porque aquí no describe ni el profundo azul de la vestidura real y sumo sacerdotal ni el azul purpurino de las “cortinas” del tabernáculo (Éxo 26:1-2) — en otras palabras como se encuentra en cosas terrenales — sino simboliza la misma majestad de Dios.

Dios mismo estaba aquí presente en su majestad infinita y en la serenidad de su gracia para los representantes de la congregación de Israel que ahora había sido recibida en su comunión divina, y les permitió ver, percibir y aprender — no de hecho en su forma esencial como Dios, la cual Moisés quería ver, Éxodo 33:18, sino todavía en el azul profundo, radiante de su majestad que ya no consumía sino embellecía. Esta visión es una imagen y un ejemplo del gozo de corazón, de la paz inefable de Dios, que el Dios majestuoso, reconciliado personalmente con el pecador, se acostumbra a derramar en nuestra alma, cuando nos trae a la consciente seguridad de nuestro estado de gracia. — De ésta la fe de los santos en el Antiguo Testamento y la Escritura del Nuevo Testamento, el salterio, y nuestros himnos de la iglesia triunfantemente cantan teniendo la seguridad de la victoria sobre todo el dolor y la miseria presente, un débil gusto anticipado de la felicidad y gloria eterna.

El versículo que sigue dice: “Mas no extendió su mano sobre los príncipes de los hijos de Israel”. La expresión Hebrea *shalach yad el*, literalmente, “enviar la mano hacia alguien”, significa “extender la mano contra alguien como enemigo”, aquí, para la destrucción de los ancianos presentes. Ellos, los pecadores, vieron al Dios de Israel con sus ojos físicos, aunque sólo parcialmente en la imagen del estrado debajo de sus pies. Sin embargo fue una indicación indecible, celestial de su esencia personal, que sin protección especial los hubiera consumido como criaturas pecaminosas, cargadas de culpa, como hubiera pasado cuando apareció la gloria de Dios que pasó delante de Moisés (33:22).

Dios no permitió que esto pasara. No obstante, la oración misma es un lýtotes y en su forma negativa expresa la contraparte positiva de manera enfática y quiere decir que el Señor extendió su mano sobre los ancianos para guardarlos y protegerlos, a fin de que no fueran consumidos por la gloria de la majestad revelada a ellos.

El final del versículo dice: “*Y vieron a Dios, y comieron y bebieron*”. Por “Dios” tenemos *ha-Elohim* en conformidad con el “Dios de Israel” en el versículo 10. Sin embargo es el Dios de Israel, Jehová, el que es misericordioso hacia su pueblo escogido del pacto, pero todavía es el Dios esencial, la absoluta majestad divina.

La verdadera afirmación del verbo es “ellos” — los ancianos de Israel — “comieron y bebieron”. Estas pocas palabras sencillas contienen un mundo, sí, un cielo de bienaventuranza. Porque fue en el comer y beber que se culminó la presentación de la ofrenda de paz y en que tenía su verdadero significado. Con el holocausto, *olah*, y la ofrenda de paz, *shelem*, frecuentemente se conectaban ofrendas de grano y libaciones (Lev 2:6,14 sig.; 7:9 sig.; 7:29 sig.), dones que, junto con aquellas partes de la ofrenda de paz que no se consumían, eran para que el que ofrendaba los comiera y bebiera en comunión con el sacerdote como siervo del Señor, o cerca del altar como el lugar de la presencia de Dios o en algún otro lugar santo en donde él había prometido estar presente. Así la comida de la ofrenda de paz era para *retratar la bendita comunión del que traía la ofrenda con el representante de Dios y con el Señor mismo*. Pero ahora ya no era la ofrenda como una acción y obra del hombre, sino la cosa ofrecida misma como objeto del goce mutuo de los dones terrenales y celestiales y los favores que fluían hacia ellos de la comunión del Dios reconciliado. El fin y propósito de la comida de la ofrenda de paz era *bendecir a los participantes en el goce de las riquezas del reino de Dios*. En este sentido los ancianos de Israel comían y bebían la comida de la ofrenda del pacto aquí en el monte ante Dios.

Así como en general la apariencia de “la gloria de Jehová” en forma de una luminosidad de fuego dentro de una nube oscura retrataba la gracia del Dios escondido hacia su pueblo escogido, así como al dar la ley su forma como fuego en espeso humo rodeado de truenos y relámpagos y el sonido de una trompeta muy fuerte significaba, como amenaza y advertencia, la terrible seriedad de esa gracia, aquí la apariencia de aquel que tiene su trono sobre el profundo celeste claro y radiantemente brillante del cielo retrata el Dios de Israel en la serenidad de la majestad beatífica de su gracia. Así como en el tiempo de completar la creación, ha llegado a un nuevo descanso sabático al ganar otra vez para sí la humanidad perdida para una bienaventurada comunión con él. En la reunión celestial con los que se habían perdido por medio del pecado y en la restauración de la imagen divina en ellos, la actividad salvadora de Dios había alcanzado su meta. Esta apariencia es un retrato del *palingenesis* (nacer de nuevo) del cual habla el Señor Jesús en Mateo 19:28 y Lucas 22:30, y el Apocalipsis de San Juan en capítulo 21:5. Y esta comida y bebida de paz y comunión señala la afirmación misteriosa del Señor narrada por tres evangelistas (Mat 26:29; Mar 14:25; y Luc 22:18): “No beberé más de este fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino con mi padre”.

Precisamente esta apariencia retrata en su totalidad la consumación de todas las cosas, la terminación de la primera creación, los nuevos cielos y la nueva tierra (Is 65 – 66; 2 Ped 3), la nueva Jerusalén con su bienaventuranza en la comunión perfeccionada de Dios, el tabernáculo de Dios con los hombres, cuando él morará con ellos y ellos serán su pueblo, y él mismo, Dios con ellos, será su Dios y enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá más muerte, tampoco dolor ni llanto. De esto el Alfa y Omega, el Principio y el Fin de todas las cosas dice: “Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente

del agua de la vida” (Apo 21:6), y: “Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida” (Apo 22:14).

No obstante, en la discusión de la comida del pacto que se celebró en esta manifestación de Dios, se necesita poner énfasis especial en un factor que todos conocemos pero rara vez se aprecia adecuadamente. Es el factor de la comunión en la revelación de Dios mismo y de su plan de salvación, la idea de multiplicidad en la unidad, respectivamente, de unidad en la multiplicidad. Éste no es un pensamiento periférico, sino un factor esencial en toda la revelación como se expresa tan enérgicamente, por ejemplo, en la oración sumo sacerdotal del Señor (Juan 17). Está presente ya en la doctrina de Dios. Dios es un Dios, no tres, sin embargo, es tres personas independientes en el único Dios, como si fueran una asociación.

Y la comunión dentro de la esencia de las tres personas se demuestra también como la unidad en todas las obras de Dios. “Todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente” (Juan 5:19). Pero ya es un pensamiento maravilloso que Dios mismo, quien en la tríada de sus personas y la unidad de su esencia seguramente tiene que ser suficiente para sí mismo y no necesita más compañerismo, crea para sí un cielo lleno de varias clases de ángeles y además una multiplicidad maravillosa de seres terrenales, mundanos, y entra en comunión con ellos. En el hombre hizo para sí “una imagen que es como él” (así Lutero en Génesis 1:26), “A imagen de Dios lo creó” (Génesis 1:27), para entrar en una comunión con él que debería permanecer eternamente.

También el mundo multifacético de las criaturas constituye una unidad y una comunión dentro de sí y con Dios y el hombre, y bajo el dominio de éste en un orden coherente único. Y esta comunión no es sólo un concepto, sino algo real, interno del corazón, y activo externamente. Es como si Dios en su soledad no pudiera ser bienaventurado y completo, como si necesitara criaturas — ángeles, pueblo, cielo y tierra con sol, luna y estrellas innumerables — alrededor de él para satisfacer su corazón, y sin cesar tuviera que estar activo en ellos y entre ellos.

Dios ha creado en todas las criaturas entre los ángeles y los seres humanos y hasta los átomos el impulso social o — como ahora se dice in la física — protones y electrones. “No es bueno que el hombre esté solo”, y ahora el hombre busca y encuentra el deleite de su corazón y se goza en la familia, en la amistad y la compañía de otros, en compañerismo con los que de alguna u otra forma tienen una carne y una mente con él. De esto surgen las asociaciones de la humanidad según toda relación interna y externa; de esto también el pueblo, la ciudad, el estado, la nación, y las sociedades más diversas.

Pero lo que más nos ocupa es la comunión que Dios mantiene con la humanidad. Ésta comienza con su conversación personal con el hombre en el paraíso. El hombre por medio del pecado estorba la intimidad de esta comunión, pero no puede disolver completamente la unión que existe entre Dios y él.

También la tierra y lo que sale de ella, junto con toda la creación física, sufre la maldición con la muerte al final, aunque sigue siendo del Señor hasta su transformación, recibiendo poder y siendo preservado por él para sus propósitos. Así es con los descendientes de Caín y los impíos en general. Aun el infierno con sus habitantes no deja totalmente de existir. En cierto sentido todavía es verdad con todo lo creado: “en él vivimos, y movemos, y somos”. La Escritura no conoce ninguna aniquilación absoluta de lo que ha sido creado. Enseña la transformación de la naturaleza de este mundo, la

abolición del pecado, del dolor, de la muerte (véase 1 Cor 15:12-57; Apo 21 – 22), pero no una terminación de su existencia. Enseña una “regeneración” de la creación (Mat 19:28), nuevos cielos y la nueva tierra (Is 65:17 sig.; 66:22; 2 Ped 3:3), la resurrección de todos los muertos — no de todos para la bienaventurada vida eterna, pero de todos para una existencia eterna. También lo último es posible sólo manteniendo algo de una relación real con el Creador y Preservador de todas las cosas, desde donde fluye tormento eterno para éstos, así como la vida eterna en su comunión con los justos (Mat 25:46).

Pero el gran misterio de la piedad es la cosa principal en el anhelo de Dios para la comunión: “Dios manifiesto en carne, justificado en espíritu, visto por los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido en gloria” (1 Tim 3:16). La Escritura enfáticamente enseña el amor, la bondad y la misericordiosa benevolencia (filantropía) de Dios nuestro Salvador, que en Cristo Dios, el eterno espíritu incorpóreo, entra en unión personal con la naturaleza humana que debe perdurar para siempre. Dios ahora es al mismo tiempo hombre “por naturaleza” según alma y cuerpo. ¡El Espíritu ahora es al mismo tiempo carne, lo eterno temporal, lo omnipotente al mismo tiempo impotente, el Padre eterno un niño, todo el ser humano en él ahora “recibido en gloria” para siempre! Y en esta unión tan íntima — uno casi diría esencial — con la naturaleza humana, él es el Mediador entre Dios y la numerosa humanidad, que de hecho fue creada a la semejanza de Dios pero que por una apostasía libremente escogida en cada individuo ha llegado a ser pecadora, carnal, detestable y condenable.

Finalmente: “grande es este misterio, mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia” (Efe 5:32; Col 1; 1 Cor 12). Él es la cabeza del cuerpo, o sea de la iglesia, él por quien y para quien fueron creadas todas las cosas, sí, realmente todas las cosas en el cielo y en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, o dominios, o principados, o potestades, quien es antes de todas las cosas y por quien subsisten todas las cosas. En él según el beneplácito de Dios toda plenitud debería morar, por medio de él todas las cosas en el cielo y en la tierra deberían ser reconciliados consigo mismo y son reconciliados y él hizo paz por medio de su sangre en la cruz por medio de sí mismo. Él ahora se ha presentado a nosotros santo, sin mancha y sin contaminación por medio de la fe en él, ha dado a conocer a nosotros las riquezas de la gloria de este misterio que es desde el principio del mundo. Desde la fundación del mundo ha estado escondido en Dios: Cristo en nosotros y la esperanza de nuestra gloria. Él también nos confirmará hasta el fin en su comunión hasta su consumación bendita en la eternidad como una congregación imperecedera de santos.

Todo esto está retratado en esta revelación de “la gloria de Jehová” en medio camino hasta la cumbre del monte Sinaí, como se describe a nosotros en Éxodo 24:9-11. Éste es *Emanuel*, Dios otra vez con nosotros en la gloria de su gracia, y nosotros, como tales que otra vez hemos sido recibidos en su bendita compañía, gozando los tesoros de su gracia en el tiempo y en la eternidad. En ninguna parte el evangelio es más misterioso que en este punto.

Sin embargo, hay también una lección y amonestación para cada individuo cristiano en esto. Sí, aún por virtud de la creación cada uno somos en nosotros mismos una personalidad independiente ante Dios separado de nuestros semejantes. Pero no estamos en una relación exclusivamente privada con Dios. Aun en la relación que resulta de la creación formamos, con todos los que son como nosotros, una familia fraternal, una *comunidad* humana, por virtud de la cual hemos llegado a ser hijos iguales del mismo Padre ante Dios y participantes de los mismos beneficios y del mismo destino, así como también estamos inseparablemente unidos con ellos por la misma naturaleza pecaminosa.

También sencillamente como seres humanos que somos todos de la misma clase constituimos una hermandad ante Dios, la promoción de la cual es regulada por Dios en los Diez Mandamientos, una fraternidad que jamás podemos negar. “Y no te escondas de tu hermano” (Is 58). Si el mundo hasta cierta medida guardara esta relación de solidaridad social establecida por medio de la creación ante sus ojos, permitiera que sólo un poco de justicia social prevaleciera, no habríamos llegado a nuestra “depresión económica”. En la presunción pecaminosa de absoluta independencia dentro de la humanidad quedan las verdaderas raíces de la calamidad actual. “¿Quién es mi prójimo?” “Acaso soy yo guarda de mi hermano?”

Cada uno somos personalmente redimidos por Cristo, justificados y dotados con el Espíritu Santo, pero no solos, apartes unos de los otros. Como los que somos redimidos, perdonados y santificados, constituimos juntos *la congregación de Dios*. Todos somos miembros del cuerpo de Cristo del cual él es la cabeza, por un Espíritu bautizados en un cuerpo y dados a beber de un Espíritu. Todos por igual participamos de los beneficios grandes, universales, salvadores, aunque cada uno es dotado específicamente con dones particulares para servir a la congregación (1 Cor 12, Efe 4). Somos un cuerpo y un espíritu, así como somos llamados en una esperanza de nuestra vocación, un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos nosotros, quien está por encima de todos nosotros y por todo nosotros, y en todos nosotros.

No somos salvos como individuos solitarios y apartados unos de los otros, sino sólo en comunión unos con otros, aunque estamos separados en espacio por mil km y en tiempo por diez mil años. No hay una comunión en la tierra que es tan completamente una unidad como la comunión de los santos. De esta unidad surge por sí misma, y en ella se basa — no el mandamiento de amor para con el prójimo, sino más bien — el mandamiento especial de *amor cristiano para con los hermanos*, del cual el Señor habla con tanto fervor en sus discursos finales en Juan, especialmente en el capítulo 17, y al cual los tres grandes apóstoles, Pablo, Pedro y Juan se dedican con tanta diligencia en toda su obra, y especialmente en los lugares ya citados.

Éste, sin embargo, también es lo que ha faltado en la cristiandad de todos los tiempos — sólo se tiene que pensar en los corintios y gálatas — y que faltará especialmente en la iglesia de los últimos tiempos. — “Muchos tropezarán entonces”, se está hablando de la cristiandad, “y se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán ... y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos [cristianos] se enfriará... mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo” (Mat 24:10,12,13).

Esto, por supuesto, habla acerca de las circunstancias en medio de la “depresión” o necesidad final y más severa, que vendrá sobre la cristiandad de los últimos días. Pero el enfriamiento del amor fraternal, también aparte de la depresión menor en nuestro tiempo, es muy notable en la iglesia de nuestros días. Y este constituye un peligro particular para la iglesia luterana genuina, que, para no permitir que se desvanezca la pureza de la doctrina, es correctamente un enemigo de todo unionismo, es decir, de todo amor fraternal falso, que en un temor cobarde de cargar cruces y por un espíritu natural o calculado superficial de ser buena gente permite que cualquier parte de la palabra de Dios sea pisoteada por el “hermano”; sin embargo, con esto mismo con mucha facilidad se cae presa de la ambición para el honor personal, de una satisfacción egoísta en su propia prudencia y piedad, de un orgullo tranquilo en el martirio o un orgullo locuaz en el éxito externo. Pero principalmente se ve en la jactancia de una ortodoxia sin par, y según la experiencia se involucra en una exclusividad excesiva en sus contactos con sus compatriotas y otros ciudadanos, pero en especial frente a las iglesias cristianas no ortodoxas.

Sin embargo, este punto que acabamos de mencionar, que especialmente en su práctica es una espina clavada en el ojo de todos los que están afuera, debe recibir un trato profundo por separado en alguna ocasión. Es inevitable que como individuos y como comunidad los cristianos nos separemos de todo lo que sea falso y pecaminoso en nosotros, entre nosotros, y fuera de nosotros, o, como exija la situación, nos limpiemos de él y lo apartemos de nosotros. La comunión de los santos no puede perdurar sin constante disciplina en la doctrina y la vida; por tanto, cada paso del unionismo modernista, que se arremete contra nosotros como una inundación, ahora como siempre tiene que ser y permanecer una abominación para nosotros.

Por otro lado, en estos últimos tiempos no hay una amonestación más necesaria para todos los cristianos ortodoxos que esto, que seamos dignos de la vocación con que hemos sido llamados, con toda humildad y mansedumbre, con profunda humildad, soportándonos unos a otros en amor como los que somos de un cuerpo y un espíritu. Y no hay una advertencia más seria que ésta: “Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os consumáis unos a otros” (Gál 5:15).

Y así como es cierto en cuanto a nuestros contactos con el mundo civil que no debemos por un aislamiento falso privarnos de ejercer una influencia evangélica en ellos, así nuestra mayor preocupación siempre debe ser mantener la unidad del espíritu en el vínculo de la paz unos con otros y, hablando la verdad en amor, crecer personalmente siempre más en aquel que es la Cabeza, Cristo, para la edificación y perfeccionamiento de su cuerpo, la congregación de Dios, que ya aquí en el monte de Sión, a medio camino de subir el monte de Dios, su reino celestial, es llamado al privilegio de gozar de los beneficios eternos de su familia en la serenidad de la majestad de su gracia.

IV

“Te ruego que me muestres tu gloria.” (Éxo 33:18).

Volvemos ahora a una discusión de las otras apariencias principales de “la gloria de Jehová”. Después de su apariencia en el zafiro celeste de la comida del pacto (Éxo 24:9-11), el Señor llamó a Moisés en la cumbre del monte para entregarle “tablas de piedra, y la ley, y mandamientos que he escrito para enseñarles” (24:12). Después de esto Moisés instruyó a los ancianos que habían participado en la comida del pacto con él a no subir la montaña con él, sino más bien a quedarse con el pueblo y ayudar a Aarón y Hur a gobernar al pueblo hasta que él volviera. Entonces subió la montaña con su siervo Josué.

Lo que ahora sigue en los versículos 15 al 18 en el texto no es la narración de una nueva apariencia de “la gloria de Jehová”, como se podría concluir de la traducción de Lutero, sino una descripción de la situación que Moisés encontró en la cumbre de la montaña. “Entonces Moisés subió al monte, y — no una sino — la nube cubrió el monte” (24:15). Y de hecho no ahora por primera vez sino ya por seis días. Y en la nube “repositó” por tanto tiempo que “la gloria de Jehová” cubrió el monte — no a Moisés — con la nube.

Era ahora el día séptimo después de la primera aparición de “la gloria de Jehová” en la proclamación de los Diez Mandamientos. El versículo 17 sólo describe cómo “la gloria de Jehová” parecía a los hijos de Israel, el versículo 18 una vez más recuerda el ascenso de Moisés para agregar la información, que es el énfasis principal que el escritor pone aquí, de que Moisés pasó 40 días y 40 noches con el Señor en el monte. Porque ahora quiere relatar lo que el Señor reveló a Moisés y lo que le mandó hacer durante todo este tiempo. Esta historia luego ocupa los siguientes, capítulos 25 – 31.

En aquellos 40 días el Señor dio a Moisés instrucciones acerca de la construcción del tabernáculo con sus muebles interiores y exteriores. Después que el Señor había terminado su instrucción a Moisés, “dio a Moisés” — así termina la historia — “dos tablas del testimonio, tablas de piedra escritas con el dedo de Dios” (31.18). De este modo el escritor une la recepción de las tablas de la ley por medio de Moisés (el final de Éxo 31) al mandato del Señor (Éxo 24:12) de que subiera al monte para recibirlas.

No tiene importancia directa la legislación que está en los capítulos 25 – 31 para nuestro propósito. Queremos llegar a la porción (Éxo 33:18) en donde Moisés pide ver “la gloria de Jehová” y recibe una respuesta notable. Para entender esta porción tenemos que comprender la situación que motivó esta extraña petición de Moisés. El contexto de la historia en Éxodo 32 y 33:1-6 se la aclara.⁹

Aquí debemos hacer un bosquejo de los sucesos narrados en el capítulo 32 en el orden histórico en que se presentan tomando en consideración Éxodo 33:1-6.

En 31:18 Moisés, al final de aquellos 40 días, recibe las tablas de la ley y se prepara para regresar al pueblo. Mientras tanto el pueblo había caído y cometido idolatría con el becerro de oro. El Señor dice esto a Moisés y le revela su plan de aniquilar a la nación por ser dura de cerviz, un pueblo con el cual no se puede hacer nada, y en su lugar hacer una gran nación de Moisés. Con la intercesión de Moisés se gana al Señor hasta el punto que detiene su plan. Moisés desciende al pueblo, ve la idolatría, rompe las tablas de la ley que ha traído consigo, con enojo quema el becerro, reprende a Aarón, y ordena a la tribu de Leví matar a tres mil del pueblo.

A la mañana siguiente reprende al pueblo, y en esta ocasión probablemente le habrá informado acerca de la ira del Señor por su apostasía y su intención de aniquilar al pueblo por ser duros de cerviz e inservibles para sus propósitos. Al mismo tiempo, sin embargo, también le dice que una vez más irá al Señor y tratará de expiar sus pecados. Lo hace y pide perdón al Señor con la adición: “Y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito” (32:32). El Señor rechaza la oración de Moisés con las palabras: “Al que pecare contra mí, a éste raeré yo de mi libro. Ve, pues, ahora, lleva a este pueblo a donde te he dicho” (v. 33,34) Diles: “en el día del castigo, yo castigaré en ellos su pecado” (v. 34). “Yo no subiré en medio de ti, porque eres pueblo de dura cerviz, no sea que te consuma en el camino” (33:3). Si yo fuera en medio de ti solamente por un momento, tendría que consumirte. Uno de mis ángeles irá

⁹ Es cierto, en la mayoría de las traducciones, también la de Lutero, se ha hecho difícil entender la situación porque se ha considerado 33:1-6 la continuación de la historia que se contiene en el capítulo 32. Según nuestra interpretación, con esto se produce confusión en la sucesión de varios acontecimientos y mandatos de Dios. Para evitar esto, debemos reconocer que esta porción simplemente es una clarificación adicional y suplemento de ciertos acontecimientos relatados en el capítulo 32. No es el lugar para establecer esto en más detalle en base de la naturaleza particular de la composición hebrea. Basta decir aquí que en el 33:1-6 hay dos oraciones complejas, cada una consistente de una prótasis y apódosis, y los imperfectos en las prótasis se deben traducir con el pluscuamperfecto. Son las oraciones del versículo 1-4 y los versículos 5 y 6.

delante de ti. “Quítate pues, ahora tus atavíos [idólatras], para que yo sepa lo que te he de hacer” (v. 5). Cuando el pueblo oyó estas malas noticias, “vistieron luto” (v. 5). “Entonces los hijos de Israel se despojaron de sus atavíos desde el monte Horeb” (v. 6). — Así el Señor hirió al pueblo por lo que habían hecho con el becerro que Aarón había fundido.

De esta forma nos parece el suplemento en 33:1-6 se integra en la narración histórica del capítulo 32. Otros pueden hacerlo de otra manera; sin embargo se tiene que entretener este suplemento, si, por ejemplo, inclusive los versículos 4b y 6 van a armonizar con los sucesos.

Lo que es fundamental en esta historia es el hecho que aterroriza tanto a Moisés y al pueblo de que por medio de la fiesta idólatra había sucedido una separación entre el Señor y su pueblo que ponía todo el futuro de Israel en cuestión. Por el momento la ira de Dios parece haber sido apaciguada. Pero no se les había dado una seguridad del perdón. El Señor había rehusado ir delante de ellos en persona y morar en medio de ellos ya. Enfrentaban una hora de terrible castigo, sí, de aniquilación, si el Señor los acompañaba más. Así concederles un ángel que los guiara en su viaje fue un consuelo muy débil. El pueblo estaba interiormente abatido y decaído.

A esto se agregó todavía otro hecho deprimente. Así como el Señor se había retirado visiblemente del pueblo, Moisés hizo lo mismo. Leemos en 33:7: “Y Moisés tomó el tabernáculo y lo levantó lejos, fuera del campamento, y lo llamó el tabernáculo de reunión”. Eso no fue el tabernáculo; el cual todavía no estaba en proceso de construcción. Moisés tenía en la mano sólo los planes para su construcción. No se construyó ni estuvo en servicio hasta un año después.

Moisés “tomó” y levantó “para sí” (33:7 hebreo) su tienda fuera del campamento a una distancia, la cual como la tienda del líder hasta este tiempo había estado en el centro del campamento directamente al frente de la tribu de Leví. Y ahora Moisés la había sacado fuera del campamento y la había armado allí. ¿Qué significaba esto? Sin duda lo había hecho por mandato del Señor. ¿No sería y no debería ser Moisés ya líder del pueblo? Había llamado la tienda el tabernáculo de la reunión. ¿La reunión de quiénes? Había ordenado que todo el que quisiera consultar al Señor tendría que ir hasta esa tienda fuera del campamento. Luego el Señor necesariamente llegaría a Moisés allí y se asociaría con él allí. ¿Fue esto realmente el caso? ¿Y cuando un individuo saldría para consultar al Señor, significaría una renuncia de su pueblo? ¿Era la intención del Señor no retirarse totalmente de los individuos, pero ya no tener nada que ver con el pueblo como tal?

Todas estas preguntas pusieron al pueblo en tal estado de inquietud que observaban la partida de Moisés a esta tienda (entonces por lo general todavía ha de haberse quedado en el campamento — probablemente en la de los levitas o Aarón — como un ciudadano privado) con el mayor interés. Siempre que Moisés salía a la tienda, “se levantaba, y cada cual estaba en pie a la puerta de su tienda, y miraba en pos de Moisés, hasta que él entraba en el tabernáculo (tienda)” (33:8).

La pregunta era si el Señor otra vez estaba reconciliado con el pueblo o no; en la práctica, si descendía o no la nube, y con ella “la gloria de Jehová” como la gran señal de gracia hacia el pueblo, sobre la tienda de Moisés. Y efectivamente, tan pronto como Moisés entró en la puerta de la tienda vieron la columna de nube descender del cielo sobre la tienda. ¡El Señor otra vez estaba allí! De inmediato todo el entristecido pueblo se postró en tierra en adoración, confesando sus pecados y pidiendo gracia. De

hecho, con su descenso a la tienda de Moisés el Señor seguía asociándose misericordiosa y amablemente con Moisés. Ahora imploraban su gracia también para sí mismos y para que volviera también a ellos como su líder.

Lo que sucedía en la tienda cuando “la gloria de Jehová” estaba presente, el pueblo seguramente sabía. El Señor hablaba con Moisés cara a cara “como un hombre habla con su amigo”; pero cuando Moisés salió de la tienda y volvió al campamento, entonces su joven siervo Josué no se apartaba de la tienda, la vigilaba y cuidaba para que nadie del pueblo entrara y la profanara durante la ausencia de Moisés. Eso otra vez parecía como si el pueblo todavía estuviera excluido de la libre asociación con el Señor. El Señor hablaba muy amablemente con Moisés en persona; hacia el pueblo actuaba de manera fría y distante. ¿Entonces todavía no era decidido si el pueblo sería rechazado y un nuevo pueblo surgiría de Moisés? ¿O todavía estaba en duda si el Señor mismo o sólo un ángel los acompañara e iría delante de ellos?

Aun para Moisés la pregunta quedaba sin resolverse; y fue evidente para él que la dura cerviz del pueblo y la amenaza del Señor de visitar su pecado sobre ellos con el pasar del tiempo (32:33,34) significaría la destrucción de Israel. Además también temblaba por lo que el Señor dijo en 33:5, que la consecuencia inevitable de su permanencia en medio del pueblo, siendo duro de cerviz, tendría que ser su aniquilación. La catástrofe podría comenzar en cualquier momento.

En esta situación desesperada Moisés asedia al Señor con nuevas negociaciones: pero “mira” — no tenemos el *hen* o *hinneh*, sino *r'eh* — “Tú mismo me dices [tú estas insistiendo sobre ello — participio], saca este pueblo; y tú no me has declarado a quién enviarás conmigo [una manera breve de decir: si tú mismo acompañarás o si solamente enviarás un ángel]. Sin embargo, tú dices: yo te he conocido por tu nombre, y has hallado también gracia en mis ojos. Ahora, pues, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que me muestres ahora tu camino [consejo, plan, intención — lo que tienes en mente para el pueblo], para que te conozca, y halle gracia [adicional] en tus ojos: y mira que esta gente es pueblo tuyo” [que no puedes aniquilar sin ser burlado por los paganos] (33:12,15). Entonces él, el Señor dice: “[Sí], *mi presencia* [mi persona, yo mismo] *irá contigo, y te daré descanso*”. Y Moisés le dice: “si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí. ¿Y en qué se conocerá aquí que he hallado gracia en tus ojos, yo y tu pueblo, sino en que tú andes con nosotros, y que yo y tu pueblo seamos apartados de todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra” (v. 15,16). Y repitiendo y confirmando su acuerdo, el Señor le dice a Moisés: “*también esto que has dicho haré, por cuanto has hallado gracia en mis ojos y te he conocido por tu nombre*” (v. 17).

En el repentino cambio de sus emociones, en la exuberancia de su gozo sobre este cambio en los planes de Dios, y con eso la recuperación y la reafirmación del destino de Israel, Moisés exclama: “*te ruego que me muestres tu gloria*”.

¿Que quería decir Moisés? ¿Estaba totalmente consciente de lo que en realidad había pedido, de lo que había querido decir en el fondo de su corazón? No, porque entonces no hubiera hecho esta petición. Lo mismo le sucedió aquí como cuando oró: “Perdona su pecado; — y si no, ráeme, te pido, de tu libro ...” (32:32). Allí la fuerza abrumadora de su dolor interno lo había impulsado a decir palabras que pusieron todo su oficio, sí, su eterna salvación a los pies del Señor. Fueron las palabras de un corazón casi desesperado e indignado, sí, rebelde, que el Señor, según la traducción de Lutero rechazó con profunda indignación.

Aquí fue la exuberancia del gozo y la felicidad que lo llevó a prorrumpir de manera igualmente necia en las palabras: “Te ruego que me muestres tu gloria”. Por esta razón Lutero, que aquí como allí podía sentir la fuerza de lo que sucedía en el corazón de Moisés y del Dios de misericordia, allí agregó el “¿qué?” indignado y aquí agregó a la palabra de Moisés la palabra ilativa “así que”.

No, ni allí ni aquí estaba consciente en fe Moisés de lo que decía su boca. En las dos ocasiones el lenguaje del corazón fue como de un niño, que en estos repentinos cambios de fortuna desde la suprema felicidad hasta la más profunda infelicidad y desde la más profunda infelicidad a la suprema felicidad por el momento había silenciado la razón con sus pensamientos. ¿Fue esto pecado? ¿Fue virtud?

Sin duda lo mismo sucede con nosotros los cristianos en medio de repentinos cambios de fortuna. Tal vez estemos experimentando lo mejor de la buena fortuna externa, siguiendo nuestra vocación terrenal, también nuestro oficio espiritual, con la confianza tranquila de que todo tiene que irnos bien porque nuestro destino está protegido con seguridad en las manos de nuestro Dios misericordioso. Y entonces desde el cielo claro nos sobreviene una tormenta del Todopoderoso que destruye cualquier pensamiento de buena fortuna y de bendición de Dios. Entonces permitimos que nuestro espíritu se hunda o se indigne porque no entendemos “el camino” de Dios.

Lo mismo nos sucede en la otra dirección cuando después de mucho dolor y preocupación y las nuevas experiencias de la bondad de nuestro Dios otra vez volvemos a él con confianza renovada en oración, entonces — todavía a medio camino en la vieja falta de confianza quisiéramos conocer y comprender los caminos de Dios. Quisiéramos saber lo que tiene en mente acerca de nosotros, para poder someternos correctamente a ellos y permanecer en su gracia. Todavía queremos ver y entender y no tener que creer a ciegas. Si de repente por medio de esta o aquella palabra de la Escritura, Dios otra vez nos hace seguros en la fe de su gracia y ayuda, como lo hizo con Tomás que dudaba, y abre nuestros ojos en cuanto al verdadero estado de las cosas, que el monte realmente está lleno de caballos y carros de fuego alrededor de nosotros como alrededor de Eliseo en Dotán (2 Rey 6:17), entonces la fe de veras clama con gozo al Señor: “¡Señor mío y Dios mío!” — y quisiera subir inmediatamente al cielo para ver la gloria misericordiosa de Dios en su iluminación celestial.

Pero no sucederá nada de esto en esta tierra miserable. El Señor dice a Moisés: “Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro, y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti; y tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente”. Estas tres oraciones proclaman la misma cosa, nada más que cada una con mayor precisión. Si en la primera oración otros quisieran traducir “bien” con “hermosura” (la hermosura del Señor) entonces esto es para hacerlo paralelo con la expresión “tu gloria” en la oración de Moisés. El Señor mismo contrasta lo que quiere revelar acerca de sí mismo con “la gloria” de Dios que Moisés también inconscientemente deseaba. En el hebreo la expresión que se usa puede significar las dos cosas. La bondad o la hermosura de Dios es aquello que él proclama acerca de sí mismo en las dos oraciones siguientes y en el capítulo 34:6-7.

El Señor anteriormente lo había resumido (Éxodo 3:14-15) en el nombre único que él mismo reveló, el nombre Jehová como el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Su significado es gracia libre pero nunca vacilante. Se hizo el Dios de Abraham, Isaac y Jacob por su libre elección porque le agradó, no porque ellos de ninguna forma lo hubieran merecido de él. Mantuvo esta gracia hacia ellos y no la quebrantó,

aunque después cayeron en graves pecados.

Así ha tenido misericordia de sus hijos, este pueblo de Israel, por gracia absolutamente inmerecida, aunque sabía de antemano que eran duros de cerviz, y quiere guardar esta gracia hacia ellos a pesar de ello hasta que en ellos se haya cumplido todo lo que él les había prometido. — Ésta es su bondad o hermosura. Moisés debe experimentar esta bondad o hermosura de Dios; él quiere revelársela en toda su plenitud y *él mismo* predicársela. Moisés también debe predicarla al pueblo, y realmente la cumplirá con ellos otorgando amor e ira, bendición y castigo, por la predicación de ley y evangelio.

“(Pero)”, siguió hablando el Señor, “*no podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá*”. Estas palabras en su contexto ahora son claras en sí mismas. No está bajo discusión la manera en que nosotros los pobres pecadores veremos a Dios cara a cara (1 Cor 13:12), cuando algún día seamos exaltados con Cristo a la gloria y veamos al Padre “como él es” (1 Juan 3:2). Quiere decir la visión de Dios que Moisés buscaba en su falta de entendimiento, comprenderlo penetrando en sus caminos, en su consejo secreto divino (v. 13), su mente y sus pensamientos más íntimos.

Acerca de esto Dios dice después por medio de Isaías (40:13,14), Jeremías (23:18), y Pablo (Rom 11:33,34): “¿Quién entendió la mente del Señor?” — que mora “en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver” (1 Tim 6:16; Juan 1:18; 1 Juan 4:12). Conocer en esta forma a Dios, *comprenderlo*, querría decir derrocarlo de su trono y ponerse a uno mismo en su lugar. Ya que esto es imposible, solamente la alternativa podría pasar: el que lo viera tendría que morir. Moisés deseaba ver a Dios en una forma que ninguna criatura finita, ningún ángel, ningún santo en el cielo lo ve. También lo que Israel vio en la llamada “gloria de Jehová”, lo que los profetas y apóstoles, Pablo en Damasco y cuando fue arrebatado al tercer cielo (2 Cor 12), lo que Juan en el Apocalipsis vieron de Dios no fue otra cosa que imágenes y disfraces humanos de Dios.

Sin embargo, el Señor sí quiere permitir a Moisés ver su verdadera gloria. “*He aquí un lugar junto a mí, y tú estarás sobre la peña; y cuando pase mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después apartaré mi mano, y verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro*”.

Sí, hay una manera de ver la gloria de Dios, su camino y consejo, sus pensamientos y planes. Consiste en esto, que se mire detrás de Dios cuando ya ha pasado. Éste es el conocimiento de los caminos y pensamientos de Dios extraído de la historia pasada de las grandes obras de Dios en beneficio de su pueblo y en el de las naciones de la tierra (compárese Hech 2:11). El mundo tiene una historia. No es eterno e inmutable; ha llegado a existir en y con el tiempo; y existe sólo con cambio incesante en todas sus partes y relaciones.

En cierto sentido hablamos muy apropiadamente de una evolución de las cosas, excepto que con nuestra pequeña razón no podemos ver de antemano sus alcances y su meta. Así como el mundo no ha producido su propia existencia, tampoco se desarrolla por sí solo. Hay otro que toma el volante y hace todo lo que ocurre en los cielos, y abajo y arriba de ellos, todas las cosas grandes y pequeñas. Y así como las obras de la naturaleza en la tierra y en los cielos declaran la gloria del gran Dios, así también sus huellas están en todas partes y están impresas inequívocamente en todo tiempo como suyas y de nadie más sobre la historia de la humanidad en cosas grandes y pequeñas. Allí están para todo el que

quiera reconocerlas y pueda leerlas correctamente.

Allí está el problema, por supuesto. La gran mayoría de la gente permite a los grandes, a los sabios, a los eruditos que piensen por ellos y neciamente repiten después de ellos lo que agrada a su corazón malvado. En lo que hoy en día se llama la iglesia, frecuentemente mucho de lo mismo sucede, especialmente en esto que con el lema de “una religión racional de moralidad” la gente toma la teología cristiana y, sin haber entrado en ella, la reviste de siempre nuevas formas de racionalismo abierto, así como se visten las mujeres a la moda y exponen — su desnudez, usando la ropa inadecuada o demasiado ligera de los modernísimos diseñadores parisienses de modas, así volviendo al salvajismo. La carne sigue siendo carne, también cuando se viste de ropa elegante, de la más alta cultura y de la razón humana.

Se necesita un cristiano para comprender la gloria de Dios en la historia, un cristiano que ha llegado a entender el evangelio, la palabra revelada de Dios, en cuanto a ley y gracia en su misma esencia y que lo ha experimentado en su corazón como la gran verdad y sabiduría que es accesible a nosotros los seres humanos, carnales, pequeños, ciegos en asuntos espirituales, solamente por medio del Espíritu Santo. Se necesita un hombre como Moisés, no necesariamente alguien que se le compare como una gran mente humana, sino alguien como él profundamente humilde y que se desesperó de la habilidad de forzar al mundo de Dios y al pueblo de Dios en patrones saludables de pensamiento y formas sociales por sus propias medidas y su propio liderazgo, como presumen hacerlo los dictadores actuales. Incluso Moisés tenía que aprender a abandonar esto.

Dios tiene más de *una* manera externa de gobernar al mundo o de cumplir sus promesas de gracia hechas a Abraham. El que “de estas piedras” pudo levantar hijos a Abraham (Mat 3:9), sin duda alguna también podría hacer esto por medio de Moisés, y podría aniquilar a cada uno de los 600,000 que habían bailado alrededor del becerro de oro sin perderse de nada. Podría también por medio de uno de sus ángeles guiar a Israel sano y salvo a la tierra prometida de los padres sin necesariamente revelar su presencia personal al pueblo en repetidas manifestaciones visibles. Podría, si hubiera sido necesario, también en otras maneras aparte de la columna de fuego y nube que iba delante de ellos ininterrumpidamente haberlo hecho claro a todos los pueblos de la tierra que Israel era algo especial entre las naciones de la tierra. A él nunca le faltan recursos para encontrar caminos y medios para guiar a su pueblo escogido sano y salvo al cielo.

Hay solamente una cosa que Dios no puede hacer: mentir y engañar, quebrantar sus promesas y retractarse de su ley, cambiar ni siquiera un ápice de su palabra revelada acerca de nuestra salvación por medio de la fe en Cristo, el Cordero de Dios inmolato desde la eternidad. Pero puede quebrantar todas las formas externas del mundo humano y la iglesia sin perder ni una sola alma de sus elegidos o ser infiel a ellos y su palabra revelada. No ha prometido existencia continua a las siete congregaciones locales del Apocalipsis de San Juan como tampoco lo promete a los sínodos actuales de la Conferencia Sinodal.

Todo esto tiene que estar claro para quien desea ver a Dios desde atrás y comprender y interpretar su gloria desde la historia. Y además tiene que saber que toda su interpretación no puede desviarse ni a la derecha ni a la izquierda de la palabra revelada, ni disminuirla, ni ir más allá de ella; tiene que saber que hay miles de detalles y relaciones en la historia cuyo significado específico para la ejecución del plan de Dios para la salvación sencillamente no se puede entender con certidumbre aún de la palabra

escrita, ya que la Escritura no dice nada.

Debe ser suficiente saber esto: que todo lo que sucede tiene que obrar para la gloria de Dios y para el bien de los que aman a Dios. Es solamente media verdad decir que la historia siempre se repite. No hay ninguna causalidad natural decisiva en las cosas que suceden. Solamente la incredulidad habla de las leyes inexorables de la naturaleza y el alma humana. La historia nacional de Israel es una historia de milagros desde el principio hasta el día de hoy; así también la historia de la iglesia del Nuevo Testamento. Existe sólo por medio de la obra libre, sobrenatural del Espíritu Santo en la palabra. Y aún la palabra de Dios no obra mecánicamente como una máquina manejada por cierta cantidad de potencia muerta. Dios mismo obra por medio de la palabra en quienes la oyen “en donde y cuando le place a Dios”, (Confesión de Augsburgo, Artículo 5). El es misericordioso con quien quiere ser misericordioso, y clemente con quienes quiere ser clemente (33:19).

El Señor no permite que sea discernido más allá de la seriedad de su ley y la fidelidad de sus promesas. Tiene en su poder el control de todos los hombres (Sal 139) y aún el corazón de los reyes es como ríos de agua en su mano (Pro 21:1). Por tanto, el llamado juicio histórico en su aplicación al presente y como profecía del futuro es, en el mejor de los casos, algo muy incierto. ¿Cuánto de lo que se transmite de manera puramente humana es verdad? Y toda la historia acerca de los juicios de Dios en el pasado, según 1 Corintios 10, se escribió sólo para advertirnos, para que no codiciemos las cosas malas, o para nuestra instrucción, para que por la paciencia y el consuelo de las Escrituras tengamos esperanza.

Lo que existe, podemos hasta cierto punto conocer y juzgar. El futuro Dios en su bondad nos lo ha ocultado misericordiosamente y nos ha dirigido a su evangelio, que por supuesto no nos imparte un “conocimiento” ni divino ni humano del futuro, sin embargo, una fe bienaventurada en su gran *bondad* por medio del Espíritu Santo.

¿En qué consiste la “bondad” del Señor?

“Y Jehová dijo a Moisés ...” (Éxo 34:7). La relación de gracia entre el Señor y su siervo ni por un momento ha sido perturbada por el episodio de las negociaciones acerca de la apostasía de Israel y su guía continua. Al pueblo mismo el Señor ha dirigido su bondad. Él mismo procedió a restablecer el pacto que Israel quebrantó, mandó a Moisés a hacer tablas nuevas en lugar de las que habían sido despedazadas, para que él mismo pudiera escribir en ellas las palabras que estaban en las primeras.

Por invitación del Señor Moisés otra vez subió el monte a la mañana siguiente con las tablas terminadas en su mano. Entonces, el Señor se le acercó en la nube de misericordia, y pasó por delante de él mientras él fue puesto en la hendidura de la peña y cubierto por su mano, y — al pasar ante él, con su propia boca proclamó el nombre de Jehová. Y lo que proclamó fue, en una traducción exacta del texto original, lo que sigue: “*Jehová — Jehová es un Dios misericordioso y clemente, longánime y de gran gracia y fidelidad; y mantiene gracia para miles, que perdona la culpa y la infidelidad y la transgresión, aunque no deja sin castigo; que visita la culpa de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación*”.

Este sermón es único, puesto que el Señor mismo lo predica, que en lo que parece un amontonar

superabundante de palabras derrama su gracia sobre nosotros y lo liga con su nombre Jehová. Este nombre no es un apelativo como la palabra *Elohim*, sino un nombre propio. Él se lo dio a sí mismo con gran solemnidad y lo explicó. Significa el *Dios de gracia* personal, eterno, inmutable. “Este es mi nombre para siempre; con él se me recordará por todos los siglos” (Éxo 3:13-15). Con este nombre y ningún otro toda la Sagrada Escritura lo nombra. Dios de hecho puede encontrar verdadero deleite en esto, que basándose en este nombre se designa como mi esposo, mi amado, mi novio, mi fortaleza, mi roca, y por otras designaciones que *interpretan* este nombre, pero no quiere que sus hijos lo llamen por ningún otro nombre propio de la deidad como Baal, porque Baal es nombre propio de muchos ídolos. Quiere quitar los nombres de los Baales de la boca de quienes él ha convertido, para que ya no los recuerden (Ose 2:16 sig.). El Nuevo Testamento ha traducido el nombre Jehová con *κύριος*, “el Señor”, y así nombra al Dios *Jesucristo* que fue prometido en el Antiguo Testamento y quien se encarnó en la plenitud del tiempo. Por eso, Lutero con regularidad tradujo el nombre propio de Jehová en el Antiguo Testamento con “el Señor” como el nombre propio del verdadero Dios, y las traducciones inglesas y en otros idiomas hacen lo mismo. Acerca de este nombre el Señor dice en Isaías: “Yo Jehová; éste es mi nombre; y a otro no daré mi gloria, ni mi alabanza a esculturas” (42:8). Así como el Señor no quiere ser llamado por el nombre propio de otros “dioses” o sea, de ídolos, así tampoco quiere dar su nombre Jehová a ningún ídolo; porque en este nombre residen sus atributos personales, esenciales, exclusivos e inalienables. No hay ningún otro Dios aparte de aquel que se llama y es Jehová, el Señor.

Cuando en el catecismo contestamos la pregunta: “¿Qué es Dios?” decimos: Dios es un espíritu, eterno, omnipotente, omnisciente, omnipresente, santo, justo, misericordioso, fiel. Esto se puede resumir en pocas palabras. En el capítulo 40 el profeta Isaías reúne todos los atributos esenciales de Jehová (el Señor) en dos. Allí el Señor en un respecto se llama *El* (versículo 18), en el otro *Qadosh* (versículo 25). También en Isaías los dos suenan como nombres propios, porque no tienen artículo. *El* no quiere decir “el fuerte” (Dios), sino Fuerte, y *Qadosh* no significa “el santo” (Dios), sino Santo. Los dos nombres propios juntos son idénticos al nombre único Jehová; en Isaías (capítulo 40) el nombre Fuerte abraza los primeros cuatro atributos en la respuesta del catecismo, y el nombre Santo los otros cuatro. La dogmática, de la cual se toma la definición del catecismo, llama los primeros cuatro atributos “físicos” y a los últimos cuatro los atributos “morales” de Dios.

El catecismo, sin embargo, parece haber concebido “santo” de manera diferente de Isaías. Obviamente significa la santidad de Dios que está detrás de la ley, que amenaza con castigar a los pecadores como transgresores (que de hecho también está bajo discusión en el sermón del Señor acerca de sí mismo en Éxo 34:7, así como en 20:5,7). Pero en Isaías 40:25 el *Qadosh* o Santo no quiere decir santo en primer lugar en cuanto a su aspecto punitivo, sino como una designación enfática para la fidelidad amorosa y providente del Señor hacia los suyos, como demuestran los versículos 26-31 que siguen después del versículo 25. En nuestro texto (Éxo 33:6 – 34:7), el Señor resume todos los atributos esenciales “físicos” y “morales” de Dios en el único nombre Jehová. Jehová quiere decir al mismo tiempo el Eterno (y en esto se comprenden también la omnipotencia, la omnisciencia y la omnipresencia) y el Bien; y el último abarca todos los atributos de gracia que el Señor se atribuye en su sermón.

“*Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro.*” Y ahora no se nos sorprenden los muchos términos individuales con que describe y alaba esta bondad suya.

“*Jehová — Jehová es un Dios misericordioso y clemente*”. Esta expresión doble como tal ocurre en el Antiguo Testamento solamente con referencia a Dios, nunca con referencia a un hombre, ni siquiera en

el Salmo 112:4. Es decir que sólo Dios, ningún hombre, en el sentido pleno de la palabra, es misericordioso y fiel. “Ninguno hay bueno sino uno: Dios”. Mateo 19:17. Los seres humanos, también, todavía tienen algo de misericordia, aún un samaritano (Luc 10); pero no llega muy lejos; frecuentemente el egoísmo la apaga por completo. Nos acostumbramos también a hablar de la benevolencia de un rey o de alguien más que se considera eminente hacia una persona miserable como gracia; pero no merece el nombre, porque siempre al mismo tiempo se mezcla con el desdén y otras faltas y viene de las criaturas que finalmente tienen la misma naturaleza que la del miserable.

Sólo uno puede ser verdaderamente misericordioso, sólo él que es exaltado, todopoderoso, absolutamente independiente, que no necesita buscar el favor de nadie ni temer a nadie más, de quien la gracia fluye sin egoísmo, de pura bondad, amor y misericordia de su corazón. Esto es el caso únicamente de Dios en su carácter como Jehová. Dios es el amor personificado (1 Juan 4:16). Y su gracia compasiva es perfecta, tan infinita como su divinidad o su eternidad y omnipotencia; es libre, es la naturaleza de Dios, no la motiva nada de parte nuestra. “Tendré misericordia del que tendrá misericordia”. El Señor, Jehová, por naturaleza está tan lleno de afecto cordial, favor, bondad y ternura como no lo puede estar ninguna criatura finita hacia otra, ningún padre ni ninguna madre hacia sus hijos. Su corazón se quebranta por Efraín (Jer 31:20); su misericordia es ardiente (Ose 11:8); su misericordia está sobre todas sus obras (Sal 145:8,9. Compárese Sal 103; Is 49).

“*Jehová*” — así sigue predicando — “*Es longánime*”. El texto original tiene “tardo para la ira”. El Señor, Jehová (“y no hay otro Dios”—Lutero), de hecho puede *llegar a estar* airado, tan airado que el fuego de su ira quema hasta lo más profundo del infierno (Deu 32:32); pero la ira no es atributo esencial de Dios, no *mora* en su corazón, es “hecha por los hombres”, motivada desde afuera a causa del desprecio, desdén y el pisoteo altivo, desafiante de su amor y gracia ilimitados. “Ellos me movieron a celos con lo que no es Dios; me provocaron a ira con sus ídolos” (Deu 32:21). Por tanto cesa la ira, se enfría y se evapora cuando termina la provocación. El Señor no es ira, es *tardo* para la ira porque su esencia es bondad, misericordia y gracia; ésta no puede desaparecer.

Además es “*de gran gracia y fidelidad*”. La palabra “gran” aquí no quiere decir muy grande, sino gracia y *fidelidad*, grande en el sentido absoluto, perfecto, ilimitado, que no puede ser ahogado por nada. Por “fidelidad” el texto hebreo tiene *emeth*, una palabra de la misma raíz que *amén*, con la que frecuentemente se intercambia. Es aquel atributo de Dios conforme al cual es invariable en su bondad, amor y gracia. Su nombre es “*El emeth*”, el Dios de verdad (fidelidad) (Sal 31:5). Por esto Moisés lo llama una roca (Deu 32:4,31), y el Apocalipsis de San Juan lo tiene proclamando acerca de sí mismo: “He aquí el *emeth*, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto” (3:14). Pero no se debe pasar por alto que aquí como con frecuencia en la Escritura las dos palabras “gracia y fidelidad”, así como “misericordioso y clemente” que preceden, forman un par que se ligan inseparablemente una con la otra (así en el Sal 89:14; 117:2; compárese Sal 92:2; 89:1,2,24,33). En lugar de fidelidad, en la mayoría de los casos Lutero ha puesto “verdad”. El Salmo 146:6 habla del Señor “que guarda verdad”, o sea fidelidad, “para siempre”. En donde está la gracia del Señor, allí está también su fidelidad; lo que promete en gracia, eso seguramente cumple.

Las palabras que siguen describen la bondad del Señor en su actividad. “*Que guarda gracia para miles*”. La palabra *gracia* aquí es un término comprensivo; incluye la misericordia, la bondad, la longanimidad y el amor del Señor. Se prefiere a las otras porque es la gracia la cual, como disposición del corazón de Dios, lleva directamente a su actividad de perdonar pecados. Leemos que *guarda* gracia, o sea, la mantiene para que en el lugar y tiempo correctos inmediatamente pueda ponerla y mantenerla

en efecto.

No importa si se traduce la expresión hebrea *la'alafim* con “miles” o “mil generaciones”; no debe entenderse aritmética sino figuradamente y significa “para un número ilimitado de individuos y generaciones” (Sal 36; 108:4; Lam 3:22 sig.). Esta gracia no tiene límites en ninguna dirección, es infinita como Dios mismo. Alcanza hasta las nubes, perdura para siempre. Esto en el sentido pleno es lo que hace el Señor: es un Dios que perdona la iniquidad, la transgresión y el pecado. Ésta es su verdadera gloria. Las palabras hebreas tienen que traducirse de manera distinta. No están colocadas en forma de clímax, consideradas de algún punto de vista individual. Éstas son tres clases diferentes de pecados. *Awon* es pecado como culpa ante Dios, que destruye la relación original del hombre de libertad hacia su Creador, como existía en el estado de inocencia, lo detiene ante Dios, lo hace prisionero, y lo lleva al juicio, también ante su conciencia como el juez en su propio corazón. El pecado como *awon* dice al pecador: ¿Qué has hecho? ¡Tú eres aquel hombre! Por tanto, correctamente se ha dicho que la conciencia es la que nos hace cobardes a todos. — *Pesach* es pecado en cuanto se dirige contra la “bondad”, el corazón misericordioso, clemente de Dios, pecado contra la salvación extendida en la gracia. Es infidelidad frente a la fidelidad de Dios, es quebrantar el pacto, la apostasía de la gracia, el pecado contra la obra del Espíritu Santo, que el Señor declara imperdonable cuando haya llegado a su clímax. Y *jattah* es pecado en cuanto se desvía de la ley de la conducta piadosa ante Dios, peca, se desvía, y se pierde de los caminos de Dios. *In concreto*: el pecado diario de los hijos de Dios que procede de la debilidad de la carne que se les adhiere.

¿Con qué propósito se colocan estas clases de pecado en el sermón acerca del perdón de los pecados? No es sólo para instruirnos intelectualmente, sino para enseñarnos a regocijarnos con Lutero:

No desesperes de tu Dios,
¡Oh iglesia redimida!
Andando de su paso en pos,
Verás al fin la vida.
En abundante redención
Demuestra Dios su compasión,
Fidelidad y gracia.

Debemos aprender que la plenitud de su bondad revelada en el nombre Jehová es tan ilimitada que ninguna cantidad ni ninguna clase de pecado la resiste, sino el pecado se derrite ante el brillo todopoderoso, inflamado, como lo hacen la neblina y las nubes ante el sol (Is 44:22); porque de hecho él borra nuestra culpa libremente, no por nosotros, sino por amor de sí mismo (43:25).

Y ahora el otro lado. El Señor continúa su sermón acerca de su gracia maravillosa con las palabras: “y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación”.¹⁰

¹⁰ Lutero traduce: “*Und vor welchem niemand unschuldig ist der du die Missetat der Väter hemsucht auf Kinder und Kindeskind, bis ins dritte und vierte Glied.*” Pieper comenta: Desafortunadamente la traducción de Lutero no es totalmente exacta aquí, al igual como en varios lugares anteriores en el sermón. Lo más serio es esto, que Lutero no ha hecho claro si el Señor o Moisés habla en los versículos 6 y 7. Permite que el Señor hable en segunda persona: *Du bewahrest, du suchst heim* (Tú guardas, tú visitas), aunque el texto original no indica ninguna persona. Opera con sustantivos, adjetivos y participios, sin proceder a ningún verbo finito. Pero por los versículos 5,6 y 8,9 es evidente que el

La palabra “y” de la primera oración hace la transición del fervor de la gracia de Dios al fervor de su ira contra el pecado, a su actitud interna y su trato práctico con la culpa humana. Recordemos una vez más que la palabra que se traduce aquí como iniquidad (“iniquidad de los padres”) no es otra cosa sino la *culpa*. De esto trata la primera oración, que en nuestro lenguaje se debe conectar con lo que precede, no con la palabra “y”, sino con alguna conjunción concesiva. Se debería traducir más o menos así: “Aunque no permite a nadie estar totalmente sin culpa”, o “Sin embargo al mismo tiempo no permite que nada vaya completamente sin castigo”. Es decir, la gracia del Señor, sin considerar su falta de límites y su pleno cariño, no quiere decir la indiferencia hacia el pecado o pasarlo por alto completamente. El pecado es *culpa*, no importa qué clase sea. Finalmente es un ataque contra la majestad de Dios, un abuso y una violación de su divina gloria, su gloria como Jehová, como el Señor acaba de retratarla tan maravillosamente, no sólo un abuso y violación de lo que acostumbramos llamar la santidad e inviolabilidad de su ley. Y cualquiera que es culpable del pecado, sea piadoso o impío, el pecado lo arrastra a la corte para el juicio a fin de que pueda recibir conforme a lo que ha hecho en el cuerpo. El Señor no permite que ningún culpable se quede sin culpa — a pesar de su ilimitable e interminable gracia. Si lo hiciera, tendría que abdicarse como Dios y poner al culpable en su trono. Mientras siga siendo Dios no habrá ningún pecador que no sea castigado. La ira de Dios finalmente es la muerte de todo pecador.

¿Cómo armonizan entonces la gracia y la ira de Dios una con la otra? No lo hacen ante nuestra razón, ni deben hacerlo. Éste es el requisito para toda verdadera distinción entre la ley y el evangelio, que la razón se desespere y se arruine. Ve en su coexistencia sólo una contradicción absoluta y rechaza las dos cosas como necesidad. Construye para sí un Dios conforme a su propio corazón que es un poco severo y un poco bueno y finalmente no condena a nadie. Con él se puede conllevar, si se ejerce un poco de cuidado; pero no con un Dios que es misericordioso sin límite y al mismo tiempo no deja que nadie se quede sin ser castigado.

No puede ser de otra forma. Todo el que mira al sol brillante directamente se ciega para siempre. Y acerca de su rostro divino descubierto, o sea, acerca de su esencia divina y voluntad descubiertas ha dicho: “No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre y vivirá” (33:10). A través de Nabucodonosor nos dice acerca de su majestad divina descubierta: “Él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?” (Dan 4:35). ¡Sí, entiende, comprende a Dios, y hazte ciego, incoherente, loco, necio! Hasta ahora inclusive todos los filósofos y las mentes arrogantes que, basándose en lo que está ante sus ojos, quieren comprender la esencia y la voluntad de Dios con su pequeño entendimiento se han hecho necios. ¿Qué sucederá entonces con los que quieran mirar directamente su rostro? El asunto queda con Isaías 40:12-14 y Romanos 11:33-36.

Señor habla aquí. . También Lutero estaba muy consciente de esto. Ha traducido correctamente estas palabras en conexión con 2 Samuel 23:1-7 (“Acerca de las últimas palabras de David”) y critica la Vulgata porque pone este sermón en boca de Moisés en vez de la del Señor. Compare Keil en su comentario sobre este pasaje (Vol 1, 608). Es difícil imaginar por qué Lutero cometió este error en su propia Biblia o permitió que permaneciera. Tampoco se puede admitir “*Ich will lassen predigen*” (haré que se proclame) en 33:19. Y aquí en 34:7 no se puede traducir el *waw* hebreo antes de la oración “*vor welchem niemand unschuldig ist*” (ante quien nadie es inocente) al alemán con “y” sin que el pensamiento de las oraciones siguientes sufra daño. Pone la conducta del Señor frente al pecado en el mismo nivel de celo en la disposición de su corazón con su gracia ilimitada. El texto hebreo lo pone muy por debajo. Lo que Lutero traduce con “ante quien nadie es inocente” dice “no deja que nadie sea totalmente inocente” en el texto original. La conducta práctica del Señor frente a la culpa de los padres no es un rechazo sino sólo una visitación, y esto no se extiende a “mil generaciones” sino se limita a tres o cuatro generaciones. Todo esto pone el celo de la ira del Señor muy por debajo del de su amor y gracia aquí. Así hay una cláusula circunstancial concesiva involucrada aquí, que nos obliga a traducir la conjunción hebrea *waw*, que puede tener tantos significados, con “aunque”, “aun así”, o algo por el estilo.

Para nosotros los cristianos todos los misterios en la esencia y la voluntad de Dios se resuelven no con nuestro entendimiento sino con la fe. No conocemos a ningún Dios descubierto, ninguna deidad abstracta, sino sólo a un Dios que se llama Jehová, el Señor, el Redentor y el Santo de Israel, que se ha revelado a nosotros y ha entrado en intimidad con nosotros, que con su gracia revelada a Abraham anuncia la ley con la misma voz desde Sinaí en medio de terribles amenazas a sus hijos y al mundo entero, y en el mismo monte proclamó a su siervo Moisés y por medio de él a todas las naciones, su infinita gracia y perdón. En este Dios Jehová su ley y su evangelio, su infinita gracia y su terrible ira, armonizan de un modo tan glorioso como no se armonizan otros dos opuestos en este mundo ni en el venidero, en el tiempo y en la eternidad; ya que las dos cosas son verdad al mismo tiempo: que él perdona “la iniquidad y la transgresión y el pecado” por mil generaciones y al mismo tiempo no permite que nadie quede totalmente inocente y sin castigo, sino castiga la maldad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos. Y el hombre en quien se resuelve esta contradicción en Dios y en todos sus caminos se llama Jesucristo, el Dios-Jehová, la incorporación y la revelación de todos los misterios en el cielo y en la tierra, de la eternidad y del tiempo: *Dios manifestado en carne* (1 Tim 3:16) Él, y sólo él, voluntariamente, con propósito divino fue puesto bajo la ley de los pecadores y castigado bajo ella en nuestro lugar, hasta que ha borrado la última sombra de nuestra culpa, para que pudiera reinar en el mundo de los pecadores sólo la gracia totalmente libre y sin límites, excluyendo toda ira. Ahora él es nuestra paz. *Ya no queda ni una sombra de la culpa del pecado en la tierra ni en el cielo*; porque él fue azotado por Dios en nuestro lugar, fue horadado por nuestra infidelidad hacia la fidelidad de Dios (*mippashaejnu*), fue molido por nuestra culpa (*meawonothejnu*). Mientras nosotros seguíamos el camino del pecado sin preocuparnos de nuestra destrucción, el Dios de gracia echó toda nuestra culpa sobre él (Is 53). El es la propiciación por nuestros pecados. Ahora hay paz para siempre.

Sin embargo no permite que nadie quede sin culpa y sin castigo. No, no *sin embargo*, sino precisamente *por eso* nos castiga a los hijos de los hombres, particularmente a nosotros que estamos en su gracia, no con la ira condenatoria, sino más bien en la gracia salvadora, porque nuestra culpa ahora ha sido pagada y plenamente llevada por medio de él mismo, para que a pesar de esto todavía finalmente no nos perdamos. Es de hecho Jehová, el Señor, Jesucristo, el que llevó los pecados del mundo entero, y está sentado en el trono de la majestad, que reina y hiere a todos los hombres conforme a su consejo de gracia. No atormenta ni entristece a la gente desde su corazón (Lam 3:33), como si tuviera gozo en su dolor. Castiga terriblemente al mundo impío, y aún más a sus queridos hijos (1 Ped 4:17); pero su castigo ahora es pura visitación. Y la visitación nunca es el juicio final para destrucción, sino la acción del Salvador, de nuestro Dios de misericordia, para preservar de la destrucción final. Porque no nos juzgamos a nosotros mismos, somos *disciplinados* por el Señor, para que no seamos condenados junto con el mundo (1 Cor 11:32).

Para rescatar a su nación, Israel, desde Sinaí la ha castigado más terriblemente que a cualquier otra nación en la tierra. También el castigo de la culpa de los padres sobre los hijos debe parecer cruel, sin embargo no es otra cosa sino una demostración de la gracia, el celo de su santidad oculta en la gracia y llevado a cabo en gracia. Aparte del Dios oculto, que para siempre ha velado su “rostro” de nuestro entendimiento limitado y nuestra sabia razón, todo sufrimiento temporal no es otra cosa sino la ira de Dios inflingido sobre el mundo que desprecia toda la plenitud de la bondad (“*khol tubi*”, 33:19) y gracia de Dios, cual ira de Dios tiene la intención de llevar a los pecadores al arrepentimiento y la eterna salvación.

En ninguna parte se expone tan plenamente esto como en el Salmo 90, la oración de Moisés, el hombre

de Dios. “Tú, eterno Dios de gracia, que tienes dominio sobre todas las cosas, a quien el tiempo no toca, tú que pones las *iniquidades* de los hombres miserables ante ti a la luz de tu rostro consumidor, cuya ira ha hecho nuestra vida totalmente vana y dolorosa y sujeta a la muerte — *Tú has sido nuestro refugio en todas las generaciones*, porque tu gracia queda para nosotros sin oscurecerse. Satisfácenos temprano con tu misericordia; para que podamos regocijarnos y alegrarnos todos nuestros días” (Compare Sal 30:5; 117; 118; Is 49:14,15; 54:7-10; Miq 7:18-20; Sal 103). Ésta es la verdadera y bendita armonización de la gracia y de la ira de Dios nuestro Salvador.

V.

“La gloria de Jehová” aparece en y por el tabernáculo

Entre las muchas apariciones de la “gloria de Jehová” durante la actividad de Moisés, la que se retrata en Éxodo 33 y 34 constituye una ocasión notable. Por una parte, allí el Señor explica para Israel su significado en sus propias palabras; por otro lado, al mismo tiempo da a su siervo, quien se ha desesperado de su propio poder, la seguridad de que él personalmente seguirá conduciendo al pueblo a través del desierto.

Ésta fue la preocupación principal de Moisés, porque todo dependía de ello. Ya se había dado cuenta de sobras de lo inestable, infiel y terco que estaba el pueblo. Personalmente se consideraba completamente incompetente para mantener esta generación rebelde dentro de los límites del pacto que el Señor había hecho con él. No se podía gobernar a este pueblo desobediente con autoridad humana. Con efecto alarmante la palabra amenazadora del Señor retumbaba en su corazón: “Pero en el día del castigo yo les castigaré por su pecado”. Moisés habla al Señor lo que casi parece un ultimátum: “Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí” (33:15).

Luego siguió la nueva promesa del Señor y la repetición pública de la ratificación del pacto, el brillo del rostro de Moisés cuando lo proclamaba sirviendo como una confirmación. Ahora la promesa repetida tenía que cumplirse: “Y él contestó: He aquí, yo hago pacto delante de todo tu pueblo; haré maravillas que no han sido hechas en toda la tierra, ni en nación alguna, y verá todo el pueblo en medio del cual estás tú, la obra de Jehová; porque será cosa tremenda la que yo haré contigo” (Éxo 34:10).

Después de una breve amonestación a guardar el pacto y repetir los estatutos principales del pacto, vienen las instrucciones para construir el tabernáculo, el informe de su construcción y finalmente acerca de su dedicación. “Así, en el día primero del primer mes [Nisan=marzo-abril], en el segundo año, el tabernáculo fue erigido” (Éxo 40:17). Moisés mismo lo dedica al servicio del Señor quemando incienso en el altar de oro y sacrificando holocaustos y ofrendas de paz. Cuando Moisés así había cumplido todo lo que el Señor le había mandado, “una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo” (Éxo 40:34).

Entonces sigue la narrativa: “Y no podía Moisés entrar en el tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llenaba” (40:35). En los versículos que siguen la misma nube finalmente se nos describe en su función como una señal para que el pueblo viaje o descanse.

Desde entonces la aparición de la “gloria de Jehová” se vincula estrictamente al tabernáculo y sus alrededores (al altar de holocaustos), y terminan las apariciones que antes se habían dado exclusiva y específicamente a Moisés como el líder del pueblo. Después todavía aparece por el altar de holocaustos cuando Aarón había presentado su primer sacrificio de expiación (Lev 9:23); cuando se dio el Espíritu a los setenta asistentes de Moisés (Núm 11:25. Note el v. 16); cuando María recibe castigo (cap 12); cuando la gente se rebeló después del informe de los espías (14:10); en la ocasión de la rebelión de Coré (16:19,42); por las aguas de Meribá (20:6); cuando Moisés transfirió su liderazgo a Josué (Deu 31:14,15); y finalmente también cuando se dedicó el templo de Salomón (1 Rey 8:10,11). Sólo en el caso de una visión (en Ezequiel) naturalmente no se vincula con ningún lugar en particular.

La vinculación de esta aparición al santuario no debe haber sorprendido a Moisés. El Señor la había prometido inmediatamente después de proclamar los Diez Mandamientos (Éxo 20:24), luego en medio de las instrucciones para la construcción del propiciatorio, el asiento de misericordia (25:22). Por supuesto, esto se aplicaba a la permanencia constante de la “gloria de Jehová” en el lugar santísimo, pero naturalmente no excluía su aparición en lo demás del tabernáculo y por el gran altar si el Señor lo consideraba necesario.

Así la “gloria de Jehová” aquí llena todo el tabernáculo, y mientras permanecía Moisés no pudo entrar en el tabernáculo sin ser matado por ella.

Esta observación nos parece extraña en conexión con la persona de Moisés. Antes había ascendido con tanta frecuencia en medio de la nube y la “gloria de Jehová”; dos veces había permanecido por cuarenta días en medio de ella, y en lugar de ser matado por ella había salido de ella con un resplandor de la gloria en su rostro. La nube lo había visitado en su propia tienda fuera del campamento sin matarlo. ¿Por qué ahora ponía en peligro su vida? Porque ya no tenía un llamamiento a entrar en esta aparición y por tanto tampoco tuvo una promesa de que sería protegido frente a su brillo consumidor. Hasta ese momento había tenido las dos cosas. No había entrado en ninguna apariencia de la “gloria de Jehová” a la cual el Señor mismo no lo había llamado. En cada aparición el Señor tuvo que extender su mano protectora sobre él, así como sobre Aarón, Nadab, Abiu, y sobre los setenta ancianos de Israel (24:10 sig.), para protegerlo de ser destruido. Cuando sin un llamamiento especial del Señor, por iniciativa propia — aunque con gran angustia de corazón — pidió una aparición especial de la “gloria de Jehová”, el Señor se lo negó, dejó que su gloria lo pasara de largo, y luego también todavía extendió su mano sobre él para que no pereciera. Moisés ahora no tenía ningún llamamiento a entrar en el tabernáculo lleno de la “gloria de Jehová” y por tanto tampoco tenía una promesa de protección.

La entrada del Señor al tabernáculo marcó una nueva etapa en la administración del plan de salvación del Antiguo Testamento. Hasta ahora el hombre Moisés había sido todo en Israel: profeta, sumo sacerdote y rey. Con la construcción y dedicación del tabernáculo que Dios había designado con sus dos divisiones y con la santificación del altar de holocaustos, se puso la base para el culto divino regulado en el futuro y para la administración prevista de él por el sacerdocio especial de Aarón y sus hijos.

Moisés no pudo también personalmente encargarse de todo esto además del exceso de funciones administrativas, policiales y jurídicas que pesaban sobre sus hombros. “El hombre Moisés fue muy atribulado (traducción de Lutero), más que todos los hombres que estaban sobre la faz de la tierra”

(Núm 12:3). El Señor ya había visto la necesidad de suplirlo con setenta hombres, dotados especialmente con el Espíritu, para ayudarlo en cumplir sus deberes (Núm 11). Pero la nación ignorante, pecadora y terca necesitaba instrucción a fondo, sacrificio diario, expiación repetida y propiciación renovada. Para esto se habían nombrado Aarón y sus hijos desde el comienzo.

Hasta el momento Aarón no había sido capaz de hacer ningún papel en la nación. Es cierto, su prestigio había sufrido mucho por su conducta en medio de la idolatría con el becerro de oro. Él mismo y sus hijos una y otra vez necesitaban amonestación a la fidelidad y advertencias contra la infidelidad en ejecutar su oficio. El Señor inclusive había tenido que imponer a su familia castigos dolorosos. Así toda la institución de la administración aarónica del culto necesitaba una confirmación pública y santificación con medidas y arreglos especiales que la daban autoridad divina y poder eficaz para sacerdotes y pueblo.

La primera de estas medidas fue la aparición que hemos mencionado de la nube y la “gloria de Jehová” en la morada de Dios, que el Señor mismo había ordenado y ahora públicamente anunció que era santa. Luego vino la otra aparición de la “gloria de Jehová” en, ante y por el tabernáculo para manifestar la intervención de Dios cuando había grave pecado de parte de la nación y de individuos.

El arreglo divino sirvió el mismo fin cuando la misma nube que como columna de nube durante el día y columna de fuego durante la noche se había dado a la nación como señal para que viajara o se alojara. Una y otra vez se asentaba sobre el tabernáculo y lo cubría, y luego se levantaba de él como una columna de nube o de fuego para otra vez guiar al pueblo por el desierto. Así no sólo se manifestó ante todo el pueblo como la presencia de Dios que lo acompañaba, sino también volvió a marcar el tabernáculo como la morada permanente que el Señor había escogido, desde la cual la bendición o el castigo vino al pueblo conforme lo merecían.

Siempre que apareció, fue un testimonio impresionante, visible del Señor mismo de su gracia hacia su pueblo o su terrible seriedad que no permitirá que se burle de su gracia. Levítico 9 y los primeros versículos del capítulo 10 dan evidencia impresionante de los dos aspectos.

En el capítulo 9 se nos dice del primer sacrificio presentado por Aarón. Después que lo había preparado conforme a las instrucciones como un sacrificio expiatorio por él mismo y por el pueblo en su presencia, y lo había presentado en el altar de holocaustos, bendijo al pueblo. Pero la pregunta era si Moisés, como mediador y caudillo de la nación, y si el Señor mismo aceptaría la ofrenda del sumo sacerdote recién nombrado y confirmaría su bendición.

Para atestiguar su aprobación personal ante el pueblo Moisés entró en el tabernáculo junto con Aarón, sin duda para encomendar lo que hacían al Señor en la oración. No se dice que la “gloria de Jehová” o la nube llenó la morada. Pero igual como habían entrado juntos en el santuario, también salieron juntos y bendijeron al pueblo, obviamente para darles testimonio de que no sólo Moisés sino el Señor aprobaba. Al instante “la gloria de Jehová se apareció a todo el pueblo. Y salió fuego de delante de Jehová, y consumió el holocausto con las grosuras sobre el altar; y viéndolo todo el pueblo, alabaron, y se postraron sobre sus rostros”, con la seguridad de que el Señor se comprometía con este nuevo arreglo del ministerio de sacrificios de Aarón y que por medio de él preservaría para ellos su gracia y permitiría que su bendición se derramara sobre ellos también en el futuro.

Sin embargo, en el capítulo 10 también tenemos inmediatamente un testimonio de la “gloria de Jehová” de la santidad de este ministerio. El incidente que queda escrito aquí se debe considerar como algo que sucedió inmediatamente después del efecto de la manifestación de la gloria retratada en 9:23,24. Los dos hijos de Aarón, Nadab y Abiú, que según la ordenanza divina como sacerdotes debían cumplir el servicio en el santuario, no hacen caso a una ordenanza particular del Señor — que el fuego para encender sus incensarios debían tomarlo del altar por cuanto había sido santificado. Llevaron fuego extraño, es decir, no santificado ante el Señor, fuego “que él nunca les mandó”. En el instante sale fuego de la presencia del Señor y los consume de modo que mueren “delante de Jehová”. El mismo fuego, que como testimonio de la gracia había consumido el holocausto y la grasa que Aarón había puesto en el altar, ahora mata a los sacerdotes que han pecado en sólo un punto. “Esto es lo que habló Jehová, diciendo: En los que a mí se acercan me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado”. “Y Aarón — calló”.

El Señor había dado y prescrito en cada detalle todo el culto. Durante las dos permanencias de cuarenta días con el Señor en el monte, Moisés había recibido del Señor una imagen del tabernáculo, su apariencia y adornos, sus muebles y su arreglo, y luego instrucciones para su construcción y las ordenanzas más detalladas por su servicio por el sumo sacerdote, los sacerdotes y los levitas.

No se dejó nada, absolutamente nada, a la elección o discreción del hombre. No sólo la sustancia de los varios sacrificios, sino cada acción y movimiento del que presentaba la ofrenda, cada vestimenta del sumo sacerdote y los sacerdotes, aun cada paso en su preparación para el servicio de sacrificios se prescribía en detalle. Cada lapso — aun el más pequeño — de parte del que conducía el servicio resultaba en la muerte inmediata o al menos el más severo castigo de parte del Señor. Todo desde la persona y las funciones oficiales del sumo sacerdote y los sacerdotes hasta los servicios puramente externos de los levitas respecto al tabernáculo y sus muebles fue santo e inviolable.

Primero sólo señalaremos dos incidentes aquí que están muy separados en la historia. Después de lo que se nos dice en Levítico 9 y 10 la “gloria de Jehová” se retiró detrás del velo interior al lugar santísimo y moraba allí en la oscuridad (1 Rey 8:12) sobre el arca del pacto por encima del propiciatorio, en una nube y luz radiante. Nadie sino el sumo sacerdote se atrevía a entrar en este cuarto si no quería morir, y ni siquiera él “en todo tiempo”, sino sólo una vez al año en el gran día de la expiación “*para que no muera*”; y aun entonces sólo con vestiduras especiales y muchos arreglos especiales (vea Lev 16). Entre éstos lo principal era esparcir sobre el propiciatorio la sangre del toro y el carnero. Pero antes de llegar a esta acción tenía que llenar su incensario al entrar en el lugar santísimo con carbones encendidos del altar de holocaustos, tenía que rociar un puñado de incienso sobre él “*y la nube (humo espeso) del perfume cubrirá el propiciatorio que está sobre el testimonio, para que no muera*”. Aunque todos los demás detalles del procedimiento se hayan cumplido, ser negligente en este único asunto significaría su muerte. Compare aquí Isaías 6.

El otro ejemplo de la santidad del servicio de los descendientes de Aarón está en el tiempo de Samuel. No se permitía que nadie viera el arca del pacto aun fuera del lugar santísimo. Cuando la nación viajaba, el sumo sacerdote mismo y los sacerdotes tenían que cubrirla, tenía que estar envuelta y tenía que ser portada por los Coatitas, sin que éstos la tocaran (Núm 4). Cuando más tarde los de Bet-emes sólo por accidente la vieron, esta vista resultó en la muerte de 75 hombres (1 Sam 6:19).

La historia de *Perezuzzah* ofrece otro ejemplo (2 Sam 6). Uza tuvo que morir porque, aunque con buenas intenciones, había cogido el arca que se caía, de modo que hasta David dudaba en hacer que llevaran el arca a él. Después percibió que el Señor había bendecido abundantemente la casa de Obededom, en donde había establecido el arca. Después hizo que la llevaran a Jerusalén con mucha solemnidad y regocijo, hizo que construyeran un tabernáculo temporal para ella, y mediante el sumo sacerdote hizo que se celebrara el servicio divino prescrito en él — con gran bendición para él y su pueblo.

El santificar el nombre de Dios tenía su lugar en todas las apariciones de la “gloria de Jehová”. El mundo realmente había perdido el conocimiento de Dios. Se dijo entonces como ahora: ¡No hay Dios! (Sal 53). Así se había hecho abominable ante Dios en su maldad. Toda su cultura fue pecado y vergüenza como hoy. No había quien hiciera lo bueno, ni siquiera uno. Si el mundo se fuera a salvar, primero tenía que ser conducido otra vez a la fe en el Dios viviente.

Con este fin el Señor había escogido la simiente de Abraham, su amigo. Esta nación, que se había corrompido totalmente en Egipto, debía llegar a ser su siervo, por medio del cual quería volver a hacer conocer su nombre y su majestad entre las naciones. Pero en realidad esta nación misma había perdido su conocimiento, vivió en la idolatría de los paganos, y fue tan carnal en su actitud y tan terca e inconstante como cualquiera de ellas. Por eso Dios primero tenía que revelarse a Israel como viviente y personal con toda clase de milagros (compare Éxo 34:10); la nación misma primero tenía que ser santificada y hecho temerosa de Dios a través de muchas experiencias de su gracia inmerecida y su santidad inviolable. No se pudo lograr nada aquí con medios naturales ni prudentes medidas humanas. Así Dios tuvo que condescenderse a su debilidad y corrupción y atestiguar su gloria en forma tan impresionante ante sus ojos y oídos físicos que ningún incrédulo entre ellos tuviera ningún pretexto para su incredulidad y desobediencia.

Entre estas señales y maravillas visibles la aparición de la “gloria de Jehová” fue la más gloriosa e impresionante, y ésta como evidencia de su gracia benéfica tanto como su santidad castigadora en todos los arreglos, preceptos y ordenanzas que él proporcionó pertenecientes tanto a los deberes oficiales de Aarón y sus hijos y la actividad real y profética de Moisés. Esta aparición no estaba vinculada a ningún tiempo particular ni una ofensa particular, sólo con el tabernáculo, en que moraba Dios y sobre el que se levantaba en alto sólo como una guía de día y una luz en la oscuridad de la noche. El Señor castigó muchas y graves ofensas de la nación o de individuos también en otras formas; por ejemplo la idolatría con el becerro de oro (Éxo 32); el blasfemo (Lev 24); el que quebrantó el sábado (Núm 15); la murmuración de la nación por falta de agua (Núm 21).

Apareció libre e inesperadamente cuando le plació al Señor; sin embargo, sobre todo cuando individuos o una parte del pueblo o la nación entera se opuso a la autoridad del Señor en su liderazgo por medio de Moisés o en el oficio sacerdotal de Aarón que él había ordenado; por ejemplo en la violación ya mencionada del oficio por los dos hijos de Aarón (Lev 10); la oposición de María y Aarón a Moisés (Núm 12); la rebelión de la congregación entera y de Moisés y Aarón después del informe de los espías (cap 14), que el Señor, persuadido por la intercesión de Moisés dejó sin castigo por el momento, pero después la castigó con una permanencia de 40 años en el desierto no dejando que nadie que había salido de Egipto como adulto llegara a la tierra prometida con excepción de Josué y Caleb. Apareció en la rebelión de la banda de Coré contra el Señor y contra sus líderes Moisés y Aarón a quienes había ratificado muchas veces, la rebelión en que Coré y sus seguidores fueron tragados por la tierra y 250 hombres fueron destruidos por fuego del Señor, y la nación que murmuró por esto fue castigado por la muerte de 14,700 hombres (cap 16:19-50). La nación se quedó tan desconcertada que, después de la

confirmación del sacerdocio de Aarón cuando floreció su vara, clamó en desesperación: “He aquí nosotros somos muertos, perdidos somos, todos nosotros somos perdidos. Cualquiera que se acercare, el que viniere al tabernáculo de Jehová, morirá. ¿Acabaremos por perecer todos?” (17:12,13).

Mucho después vemos el fenómeno una vez más como un medio de castigo, en el desierto de Sin, por el agua de Meribá, cuando aun Moisés y Aarón se debilitaron en su fe y perdieron su entrada personal en la tierra de promesa.

Sin embargo, no debemos olvidar que la “gloria de Jehová” no sirvió principalmente como medio de castigo en la preparación de Israel. Más bien todo tenía la intención de despertar al pueblo para creer, para una confianza en la gracia del Señor como el único Dios verdadero, para confirmarlos en esta fe. La nación debe reconocer su elección inmerecida como su posesión valiosa y su misión mundial de salvar el mundo corrupto. La idolatría de las naciones apóstatas debe ser revertida, y la tierra otra vez debe estar llena del conocimiento de la gloria del Señor como las aguas cubren el mar (Is 11, Hab 2:14, Sof 2:11).

Como en el pacto con Abraham (Gén 15), así la “gloria de Jehová” siempre y en todas partes significaba sobre todo la gracia, y antes que nada gracia y fidelidad misericordiosa para esta nación. Así significaba liberación de la mano de los egipcios y su entrada en Canaán en el llamamiento de Moisés (Éxo 3); protección segura y preservación de la hostilidad de todas las naciones ante el mar Rojo y durante su cruce (cap 14); en el desierto de Sin garantizaba al pueblo que se le proveería con comida y bebida para todo su viaje por el desierto (16:4,10). Luego sus apariciones frecuentes en la ratificación del pacto y su repetición en Sinaí sirvieron para atestiguar y confirmar la gran promesa: “Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, *vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos*; porque mía es toda la tierra. *Y vosotros me seréis un reinado* [reino, RV] *de sacerdotes, y gente santa*” (19:5,6).

Luego vino la explicación del Señor mismo de su significado como la afirmación celestial de su gracia y fidelidad y de su santidad que no deja que ningún pecador quede sin castigo (34:1-7). Se mostró como gracia y santidad en el rostro radiante de Moisés mientras explicaba las leyes del pacto, en el llenar el tabernáculo con la nube y la “gloria de Jehová”, en la guía continua de la nación con la columna de nube y fuego, como gracia en el quemarse del primer sacrificio propiciatorio de Aarón en el altar del holocausto. Se mostró como gracia en la permanencia constante en la nube y fuego sobre el propiciatorio en el lugar santísimo, y al cierre del viaje en el desierto en la transferencia solemne del liderazgo de Moisés a Josué en el tabernáculo (Deu 31:14,15).

Durante las circunstancias difíciles del éxodo y el viaje por el desierto fue una proclamación maravillosa y sobrenatural siempre repetida del evangelio a este pueblo ignorante e incrédulo, que por la revelación directa de Dios ante sus ojos y oídos debía aprender que había un Dios viviente en el cielo y que este Dios estaba entre ellos como su Dios misericordioso y fiel pero también inviolablemente santo. Por amor a él ellos también deberían ser una nación piadosa y santificada y completar su misión con el mundo de naciones.

Por eso Moisés emplea tan ampliamente la “gloria de Jehová” en Deuteronomio para exhortar a la fe, el temor de Dios, la gratitud, la obediencia, fidelidad al Señor, y como una advertencia contra la

apostasía, la infidelidad y la desobediencia hacia la palabra del Señor.

Leemos en Números 12:3: “Pero Moisés fue un hombre muy atribulado,¹¹ más que todos los hombres que estaban sobre la faz de la tierra”. La tarea de Moisés fue sobrehumana. Quitar una nación de 600,000 hombres, sin contar las mujeres y niños, junto con todas sus pertenencias, del dominio de la más fuerte potencia mundial de ese tiempo; darle una ley la esencia de la cual hasta hoy constituye el fundamento de todas las naciones civilizadas, y también en el futuro si no van a ir de inmediato a la ruina; nutrir esta masa de humanidad en un desierto tan desolado por cuarenta años; frenar durante todo ese tiempo al menos para que obedezca externamente a una generación tan insubordinada, infiel y dura de cerviz; vencer a amorreos, moabitas, madianitas y amonitas con esa nación y tomar posesión de sus dominios — cómo todo esto fue posible todavía es un enigma la historiografía no puede explicar.

Moisés mismo con frecuencia ante Dios se declara incompetente para esto, y una y otra vez está listo a desesperarse bajo esa carga. Finalmente sólo se puede explicar el hecho de que no se quebrantó bajo esta carga, que como un anciano de ochenta años pudo mantener la fe y la confianza, la valentía y la fuerza y cumplir esta tarea sobrehumana hasta la edad de 120 años, el hecho de que el Señor se reveló a él como no lo hizo a ningún otro hombre, tampoco a ningún profeta, ni a David ni a Juan el Bautista, ni se revelará a ningún otro hombre en el futuro: *en la aparición de la “gloria de Jehová”*.

No una o dos veces, sino repetidamente el Señor se le había aparecido y le había permitido ver su gloria; dos veces por cuarenta días lo había instruido en cuanto a todo lo que debería ordenar en Israel, cómo debía guiar y gobernar y enseñarlo. Y el Señor había hablado “a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero” (Éxo 33:11); “Cara a cara hablaré con él, y claramente, y no por figuras; y verá la apariencia de Jehová” (Núm 12:8, compare Deu 34:10). — Así este hombre, que al comienzo tan enérgicamente rehusó desempeñar la obra que le fue puesta delante (Éxo 4; 5:22; 6:12), por las apariciones de la “gloria de Jehová” que experimentó se convirtió en uno que fue voluntario, fiel y fuerte, uno que, fiel en toda la casa de Dios (Núm 12:7) hizo las cosas que ningún hombre es capaz de hacer, confiando en la fidelidad de Dios y la seguridad de su presencia omnipotente.

Confiando en esta fidelidad por su oración ferviente, renunciando completamente su propia glorificación, en realidad la salvación de su propia alma, varias veces evitó la aniquilación de Israel por la ira del Señor, y con su intercesión libró a su hermana María de su terrible castigo. Durante la rebelión de la banda de Coré la confianza en esta fidelidad le había permitido decir al Señor: “ni aun un asno he tomado de ellos, ni a ninguno de ellos he hecho mal” (Núm 16:15), y le había dado la habilidad, enfurecido por la malicia de este calumniador desvergonzado, de orar: “No mires a su ofrenda”. Se había hecho divinamente seguro de la gracia y fidelidad del Señor hacia él y hacia Israel.

Cuando llegó a la llanura de Moab con el ejército victorioso de Israel con la dolorosa certeza de que aquí terminaría su carrera y que no pondría pie en la tierra anhelada al otro lado del Jordán, además de añadir varias ordenanzas para la residencia futura de la nación en Canaán, le quedaban dos tareas todavía: la instrucción y amonestación reiterada a la nación para que se obedeciera fielmente la ley que había recibido, y también a confiar en la promesa que el Señor había dado, y finalmente transferir

¹¹ No tenemos que preocuparnos por la corrección de la traducción de Lutero en vista de la traducción moderna “manso” (sanftmütiger). Se hace en interés de la crítica bíblica escéptica que quiere probar con esta traducción que Moisés no fue el autor del Pentateuco porque no se podría haber designado como el más manso de los hombres. La traducción de Lutero no puede criticarse.

públicamente su oficio a Josué, a quien el Señor desde hacía tiempo había designado como su sucesor.

En casi ninguna parte del Antiguo Testamento encontramos un discurso más largo de exhortación a la fidelidad al Señor tan universal, bien fundado, cordial y solemne basado en el evangelio y una advertencia contra la apostasía como el discurso de este hombre de Dios que se ha escrito con tanto cuidado aquí. Aquí Moisés utiliza todas las fuerzas de la predicación efectiva a los cristianos creyentes. Habla tan sencilla y claramente que cada oyente y lector siente su fuerza en su conciencia; con tanta terrible solemnidad y fuerza amenazadora, que todo corazón tiene que temblarse; y al mismo tiempo en una forma tan cordial y atractiva que nadie puede ofenderse por nada; al mismo tiempo, sin embargo, con tanta confianza y gozo que todo oyente tiene que convencerse de la verdad divina y autoridad de sus palabras.

Si agregamos a este discurso el de su despedida a la nación y la bendición de las varias tribus (cap 32 – 33), y luego también su único salmo que se ha preservado por nosotros (Sal 90), que debe haber sido compuesto en los últimos días de su vida, tenemos discursos e himnos que no pueden ser igualados por ningún orador o poeta secular en plenitud de sabiduría, profundidad de su comprensión de la vida, y en hermosura retórica.

¿Cómo llega este hombre a este lenguaje maravilloso y su poder penetrante? Es, pues, la palabra del gran Dios que él presenta. A esta joven generación que sólo ha visto poco de las grandes obras del Señor él les está contando la historia anterior de Israel; les está retratando las grandes obras de Dios hechas a sus padres con gracia tan ilimitada e ira santa, y la desobediencia y la caída miserable de esos padres; y entre las grandes obras del Señor una y otra vez las varias apariciones de la “gloria de Jehová” que él y los padres habían experimentado.

Se refiere en su primer discurso no menos de 10 veces a este fenómeno y en medio de esto su corazón se ensancha y rebosa su boca con los temas de la gracia y la fidelidad del Señor, su santidad y su asombrosa seriedad. Así predica correctamente la palabra de Dios, y la palabra toma posesión de los corazones con poder divino. Tenemos que refrenarnos de citar ejemplos de sus discursos aquí. Narra y enseña; señala la fidelidad del Señor y la infidelidad y falta de gratitud de sus padres; abre a ellos el futuro y profetiza su futura desobediencia, apostasía y destrucción; advierte, reprende, suspira; implora al Señor gracia y misericordia para ellos; alaba la fidelidad de su Dios y muestra al penitente el camino de la gracia y los consuela con la victoria futura. Lea su discurso de despedida (cap 32), y la conclusión de su bendición sobre las tribus (33:26-29). Una vez aquí señala la “gloria de Jehová” morando en las nubes. Y cierra con la más alta alabanza de Israel: “Bienaventurado tú, oh Israel. ¿Quién como tú, pueblo salvo por Jehová, escudo de tu socorro, y espada de tu triunfo? Así que tus enemigos serán humillados, y tú hollarás sobre sus alturas” (33:29).



**Multi-Language
Productions**

Bringing the Word to the World

The Glory of the Lord - Spanish
MLP Catalog Number: 387141